

KARADIMA EL SEÑOR DE LOS INFIERNOS

María Olivia
Mönckeberg



DEBATE

MARÍA OLIVIA MÖNCKEBERG

KARADIMA EL SEÑOR DE LOS INFIERNOS

DEBATE

INDICE

Morir sería aún más difícil si supiéramos que subsistimos,
pero obligados a guardar silencio.

ELIAS CANETTI, *LA PROVINCIA DEL HOMBRE*

CAPITULO I	1
Una ciudad imaginaria	1
CAPITULO II	17
La ciudad imaginaria	17
CAPITULO III	31
El solitario imaginario	31
CAPITULO IV	51
El desierto y el hombre	51
CAPITULO V	67
El desierto y el hombre	67
CAPITULO VI	81
La ciudad imaginaria	81
CAPITULO VII	97
El desierto y el hombre	97
CAPITULO VIII	111
El desierto y el hombre	111
CAPITULO IX	127
La ciudad imaginaria	127
CAPITULO X	141
La ciudad imaginaria	141

ÍNDICE

CAPÍTULO I

Un e-mail inesperado 11

CAPÍTULO II

La iglesia colorada 39

CAPÍTULO III

En ambiente dictatorial 61

CAPÍTULO IV

El demonio y el Seminario 83

CAPÍTULO V

Juan Carlos y el tejado de vidrio 109

CAPÍTULO VI

Cantera de vocaciones 127

CAPÍTULO VII

El infierno de Jimmy Hamilton 157

Capítulo VIII

Matrimonio intervenido 181

CAPÍTULO IX

La carta de Consuelo 209

CAPÍTULO X	
Invitado a los doce años	225
CAPÍTULO XI	
El «reciclaje» de Murillo	253
CAPÍTULO XII	
Monseñor, su genio y su oro	283
CAPÍTULO XIII	
La liberación de Prochaska	329
CAPÍTULO XIV	
Acusaciones sacerdotales	355
CAPÍTULO XV	
La mente del perverso	393
CAPÍTULO XVI	
La tramoya de la Pía Unión	425
CAPÍTULO XVII	
Detrás de los silencios	461
CAPÍTULO XVIII	
En la hora de las víctimas	495
ÍNDICE ONOMÁSTICO	537
AGRADECIMIENTOS	555

Capítulo I

UN E-MAIL INESPERADO

UN E-MAIL INESPERADO

Estimada María Olivia:

Sin duda debe ser una sorpresa el que le escriba pero en un ejercicio de asociación libre entre queridos recuerdos y derroteros de vida me he tomado esta libertad.

Me encantaría poder contactarla y conversar con usted acerca de vivencias que quisiera compartir.

Su búsqueda incesante de la verdad y la seriedad en su trabajo me dan la confianza para acudir a usted.

Muchos saludos y recuerdos,

JAMES HAMILTON SANCHEZ

No habría podido imaginar todo lo que vendría tras ese e-mail del 25 de marzo de 2010. El mensaje que llegó solo unas semanas después del terremoto, procedía de un pasado muy lejano, cargado de recuerdos. De amigos y gente cercana de épocas pretéritas. ¿Por qué me escribía?

Pensé que James quería saber algo de su propia historia o, mejor dicho, de la de sus padres, que yo tan bien conocía. De sus desencuentros y de la tragedia que afectó a su familia. Creí que podría preguntarme sobre los años jóvenes de su madre. De la separación de ellos... Casi medio siglo había pasado desde todo eso. Cuatro décadas hacía que no veía a ningún integrante de su familia. Les perdí la pista, inmersa en otros afanes. Solo sabía que este hijo mayor del abogado James Hamilton Donoso y de la

paisajista Consuelo Sánchez Roig era un destacado médico cirujano. En efecto, la casilla del correo electrónico dejaba esa huella: «Doctor James Hamilton Sánchez».

Con cierta curiosidad mezclada con un lejano afecto por el niño que conocí desde la cuna y que de chico iba a los primeros cumpleaños de mis hijos, le respondí amistosamente, aunque el encuentro se atrasó. Intercambiamos más correos y pactamos una conversación que al final se concretó tres semanas después.

El mismo lunes 12 de abril, horas antes de que yo le confirmara la reunión, me encontré en mi computador con un texto que no alcancé a procesar. No concluí entonces que el firmante de este nuevo correo electrónico era una de las principales víctimas de esta cruda historia de poder, sometimiento y abuso psicológico y sexual que estremecería a la Iglesia Católica chilena y al país entero:

Estimada Maria Olivia:

Quisiera darte algunos antecedentes previos. Durante veinte años participé en una parroquia de Santiago donde su cura párroco de manera sistemática abusó de muchas personas, de manera física y psicológica, las edades fluctúan entre los cincuenta y algo más y adolescentes actuales.

Ya al menos cuatro personas hemos hecho denuncias repetidas de los hechos ante la Iglesia y, como es costumbre, sin respuesta; sin embargo, a raíz de un proceso canónico de nulidad se inició una investigación paralela, que por motivos a detallar en nuestra conversación, siguió adelante. Son estos algunos de los motivos que han hecho que Bertone esté en Chile y que están generando una crisis de magnitudes al centro de la Iglesia.

En este momento existen decenas de personas afectadas y parte de la Conferencia Episcopal está involucrada en el círculo de protección.

Sé que es de no creer, pero ya hemos acumulado algunas pruebas y sobre todo los testimonios de personas honestas que necesitan que esto se detenga para sanar y liberar a otros.

Un abrazo y gracias,

Janet

James Hamilton Sánchez me esperaba en mi casa el lunes 12 de abril cuando llegué de la universidad. Afectuoso, se levantó a saludar apenas me vio entrar. Buenmozo, rubio, grandes ojos azules de mirada intensa, ese hombre alto y amable me recordó de inmediato al niño que conocí. En la actualidad, tiene cuarenta y cinco años, la misma edad de mi hijo mayor, con quien fue compañero de curso cuando entraron al colegio Saint George en 1971, el año siguiente al asesinato del general René Schneider y a la llegada de Salvador Allende al gobierno.

Su bisabuelo, Charles Hamilton, fue el fundador de ese colegio, que traspasó después a la Congregación de Santa Cruz, la Holy Cross. La misma de la que el sacerdote Fermín Donoso, quien en 2009 se hizo cargo de la investigación canónica de este caso, fue superior en Chile hasta hace pocos años.

Pero James Hamilton no continuó sus estudios en el Saint George. En medio de las tormentas familiares, él y su hermano Philip fueron trasladados a la Alianza Francesa, donde continuó la enseñanza básica y media. Ya egresado, estudió un año de Tecnología Médica y luego Medicina en la Universidad de Chile, donde se tituló en los ochenta.

«Yo fui abusado»

Esa tarde de abril, el doctor James Hamilton vestido de sport cargaba una mochila roja —en la que lleva su notebook— de la que no se suele desprender.

Desde el primer instante la conversación fue cordial. Me explicó por qué me había contactado. Era una mezcla —dijo— de esos recuerdos de su primera infancia, cuando me veía como amiga de sus padres, y de un aprecio profesional a la distancia. Le inspiraba confianza, me señaló. Puso su Blackberry en silencio, pero la miraba cada cierto rato. Cuatro pacientes operados entre ese día y el anterior podían requerir alguna consulta. Sin anestesia, el cirujano gástrico fue acercándose poco a poco a la confesión, motivo de su visita.

«Yo fui abusado... pertenecía a un movimiento religioso en una parroquia de Santiago y fui abusado por el cura», espetó. «De manera sistemática, abusó de muchas otras personas. Viví en ese infierno cerca de veinte años y no me atrevía a dejarlo.»

Quedé atónita. Mientras escuchaba sus primeras palabras de denuncia y la referencia al movimiento religioso en una parroquia de Santiago, una idea fugaz pasó por mi cabeza. Como un rayo, antes de que él lo pronunciara, se me cruzó el nombre del cura de El Bosque, del que tanto había escuchado hablar desde mi juventud. Tras recobrar el aliento, atiné a preguntar:

—¿Por qué no te atrevías a dejarlo?

—Por miedo...

—¿Quién es el abusador?

—Fernando Karadima.

Cuando Jimmy Hamilton lanzó el nombre, sentí una mezcla de estupor y coherencia. Desde el primer momento tuve una fuerte percepción de que la acusación tenía sentido.

Siendo estudiante de colegio, en varias ocasiones concurrí a la misa de las once o doce los domingos a esa iglesia colorada con su característico torreón. Otras tantas, pasé frente a su fachada o la divisé a lo lejos. Me tocó asistir después a matrimonios y ceremonias fúnebres, y desde hace décadas escuché versiones que con entusiasmo hablaban de la oratoria y el carisma del cura Karadima. Sobre todo entre la gente de derecha. Desde otra mirada, ya hacia fines de los sesenta se veía a esa iglesia como un enclave

conservador, en tiempos en que los aires progresistas posteriores al Concilio Vaticano II impregnaban a la Iglesia Católica chilena.

Interesada en los nexos entre los movimientos religiosos y el poder económico y político, observé más adelante el crecimiento de ese grupo que llegó a manifestarse en la existencia de media centena de sacerdotes y cinco obispos integrantes de la Pía Unión del Sagrado Corazón. Así es conocida la red sacerdotal constituida en torno a Fernando Karadima y la iglesia El Bosque, que tras el veredicto del Vaticano formulado por la Congregación para la Doctrina de la Fe el 10 de enero y convalidado el 18 de febrero, sería sometida a «visita apostólica», lo que equivale a una investigación especial.

Todos los miembros de la Pía Unión integran al clero diocesano y pertenecían —y pertenecen— a diversas parroquias de la Región Metropolitana. Algunos incluso tienen altos cargos en la curia. Este movimiento no tenía réplica en otros países como las demás congregaciones.

Más de alguna vez conversé con sacerdotes conocidos sobre este curioso movimiento distinto de otros grupos conservadores como el Opus Dei o los Legionarios de Cristo, pero que se percibía cada vez más fuerte en la Iglesia chilena o, más precisamente, santiaguina. Sin duda, Karadima era un personaje influente desde hace muchos años, que proyectaba un innegable poder en la sociedad local. Y su fama como «torijador de vocaciones» llegaba hasta el Vaticano, donde tuvo los suficientes contactos para que sus discípulos fueran consagrados obispos.

Círculo de protección

El rostro de Jimmy Hamilton refleja una mezcla de impotencia y fuerza. Asegura que son muchas las personas que han sufrido de abuso físico y psicológico en las últimas cuatro décadas. Y por miedo seguramente no lo confesarán. Las víctimas serían desde niños de doce o quince años hasta hombres de algo más de cincuenta,

reitera: «Y así sigue ocurriendo hasta hoy». Esto es posible, a su juicio, porque «un grupo influyente del episcopado está involucrado en el círculo de protección».

En esa primera oportunidad, Jimmy Hamilton me relató algunos escalabrosos detalles de lo vivido mientras estaba «embrujado» por el cura, aunque en esa conversación surgieron solo algunos de los titulares de su dramática historia. Me habla del abuso experimentado, de su matrimonio dominado por el «director espiritual», que también absorbió bajo su influencia a su mujer, de su proceso de nulidad religiosa, de las denuncias y de sus inquietudes del presente.

Tras más de dos horas de conversación, quedé tan impactada que ni siquiera era capaz de hacer preguntas. Durante días y noches rondaban por mi cabeza todas las interrogantes que no formulé.

Los casi cuarenta años de experiencia periodística y los horrores conocidos en dictadura no fueron suficientes para atenuar la impresión que me provocó esta conversación. Era uno de los testimonios más brutales que me había tocado escuchar.

Aunque había leído sobre abusos sexuales de curas en diferentes países, era distinto saber que estas cosas ocurrían aquí en Chile, en Santiago, en la tradicional parroquia de El Bosque. Y que una persona que está sentada frente a ti, a quien conociste de niño, haya sido durante veinte años víctima de abusos por parte de un poderoso cura que dentro de los círculos católicos era admirado y entre sus amigos proclamado «santo», con cientos de seguidores... Que este personaje fuera a la vez el principal impulsor de «vocaciones religiosas» en el país, en tiempos en que estas habían menguado en forma considerable... Todo era maldito.

El gran predicador, el carismático y convincente orador, el famosísimo sacerdote forjador de obispos y de medio centenar de curas, el que abogaba por una moral rigida, era un hombre de doble vida, un abusador.

¡Dadas! Debo reconocer que no las tuve. Desde aquel primer momento en que converse con Jimmy Hamilton sentí que mi

...docente era veraz. Su tono de voz y su forma de mirar directos a los ojos. La expresión corporal, el movimiento de sus manos y los gestos que acompañan su hablar. La emoción y la firmeza, pero a la vez había verosimilitud en el insólito relato. Las preguntas y las respuestas que fui haciendo en las sucesivas conversaciones y entrevistas me llevaron a la convicción de que decía la verdad. ¿Por qué iba alguien a poder aparecer con una historia de esta índole? El doctor James Hamilton, un médico prestigioso, padre de tres hijos, con una buena posición económica y respetado en su medio, solo podría tener mucho que perder y nada que ganar al ser personal con este brutal testimonio.

Después fui conociendo a los otros acusadores y a una serie de personas con las que he conversado directamente, con algunas de ellos más de una vez. Tras los chequeos y verificaciones de antecedentes, no he percibido ni detectado mentiras, contradicciones ni exageraciones. Solo las voces — cada vez menos y con menos fuerza — de los defensores más cercanos al ex cura pírrico de El Basque, sostienen que los hechos relatados nunca ocurrieron. Y que todo sería una maquinación o una versión antipadiza motivada por extraños fundamentos.

Las semanas y los meses de investigación periodística, y el seguimiento de los pasos dados por el fiscal regional Xavier Armada, así como las indagaciones canónicas, respaldaban mi percepción inicial después de conocer los testimonios de las víctimas.

Historia de mentiras y abusos

Ya antes de conocer el fallo del Vaticano, al leer, revisar, cruzar y analizar los testimonios entregados a la justicia civil y algunos documentos vinculados a la causa religiosa que han logrado traspasar las cortinas del silencio eclesial, mi conclusión era nítida: Karadima es un personaje perverso que hizo de su vida sacerdotal

una historia de mentiras y abusos. Las víctimas son muchas y los daños que les ha provocado, profundos. Todo apuntaba en la misma línea. Salvo, claro, cuestiones jurídicas que aparcarán más bien terminales, como la eventual prescripción de los hechos denunciados por haber sucedido en tiempo pasado. O el precipitado cierre del proceso por parte del juez suplente del Decimo Juzgado del Crimen, Leonardo Valdivieso, sin que siquiera aceptara catear a Karadima con los acusadores. O las tensiones internas, dadas y dadas, que tuvo la jerarquía de la Iglesia Católica para investigar y dar a conocer el resultado de sus investigaciones.

Hubo signos elocuentes que fueron dando progresivamente más respaldo a las denuncias iniciales: el testimonio del canciller del Arzobispado, Hans Kast, ex integrante de la Pia Unión de El Bosque, que marcó un hito en la investigación del fiscal Xavier Armendariz, las declaraciones de otros sacerdotes, como Eugenio de la Fuente, anterior vicario de la parroquia El Bosque, y los hermanos Andrés y Fernando Ferrada, integrantes de la Pia Unión, la división generada dentro de esa organización sacerdotal; la posterior intervención de la parroquia y de la asociación por parte del Arzobispado de Santiago, mientras el ex cardenal Francisco Javier Errazuriz — después de casi siete años — enviaba en 2000 los antecedentes sobre Karadima al Vaticano; el desentarse del juicio de nulidad matrimonial de James Hamilton que consideró atendible el argumento del abuso por parte de su director espiritual. Todo eso formaba una cadena de hechos irrefutables. Un puzle donde todo encajaba.

Y cuando ya los qarrellantes parecían perder la paciencia y la esperanza ante la justicia nalgua, tras el sobreseimiento decretado por parte del joven juez Leonardo Valdivieso en noviembre de 2000, apareció, en pleno febrero recién pasado, la voz de María Loreto Gutiérrez, la fiscal de la Corte de Apelaciones, que en la misma línea argumental de Xavier Armendariz recomendaba a la Corte de Apelaciones proseguir la investigación en la justicia criminal.

El informe de la fiscal solicitaba todo lo que hasta ese momento se le había negado al fiscal regional cuando debió deprimir indagaciones.

Tras un concienzudo análisis de la documentación, Mario Loreto Gutiérrez planteó a la Corte una amplia serie de catorce diligencias que incluyen acceso al proceso de la Iglesia, nuevos interrogatorios, careos, citaciones al tribunal para los obispos de la Pía Unión y al abogado del defensor Juan Pablo Bulnes, y hasta pedir a la brigada de delitos sexuales de la Policía de Investigaciones (PII) que tome cartas en el asunto. En otras palabras, la rapidez del sobreesamiento dictaminado por Valdivieso, que parecía ser uno de los pocos signos contrarios tanto en un caso que cada vez tomaba más cuerpo quedaba en entredicho dentro de la propia Corte.

Pero la gran sorpresa vino a la semana siguiente, cuando en conferencia de prensa el 18 de febrero de 2011, el nuevo arzobispo de Santiago, Ricardo Ezzari, con voz solemne y acento italiano, leyó el fallo del Vaticano: Sobre la base de las pruebas adquiridas, el reverendo Fernando Karadima Farfán es culpable de los delitos mencionados en precedencia y en modo particular, del delito de abuso de menor en contra de más víctimas, del delito contra el sexto precepto del Decálogo cometido con violencia, y de abuso de ministerio a norma canón 1389 del CIC [Catecismo de la Iglesia Católica].

Mas adelante, Ezzari indicó que «en consideración a la edad y del estado de salud del reverendo Fernando Karadima Farfán se considera oportuno imponer al inculpado retirarse a una vida de oración y de penitencia, también en reparación a las víctimas de abusos». Puntualizó también que el arzobispo de Santiago evaluaría el lugar de residencia «dentro o fuera de la diócesis, de tal modo de evitar absolutamente el contacto con sus ex parroquianos o con miembros de la Unión Sacerdotal o con personas que se hayan dirigido espiritualmente por él».

El arzobispo Lazzari especificó, sin embargo, que se imponía a Karadima la pena expiatoria de prohibición perpetua del ejercicio pastoral en cualquier acto de ministerio, en particular la confesión y la dirección espiritual de toda categoría de personas. Además se le impuso la prohibición de asumir cualquier cargo en la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón. Y advirtió el arzobispo que en caso de no observar las medidas impuestas el malpadre podría recibir penas más graves, no excluida la dimisión del estado clerical.

Aunque Karadima siga negando todo, pocos argumentos le quedan incluso a sus más tímidos y fieles seguidores para continuar defendiendo su inocencia. La operación que decidieron presentar parece poco más que un saludo a la muerte en esta hora de la verdad.

La visita de Bertone

Ese lunes de abril, cuando sostuvo la primera de una larga serie de entrevistas con Juanes Hanlon, estaba en Chile el secretario de Estado del Vaticano, Tarcisio Bertone. El día antes Bertone había pronunciado las quemantes palabras que daban vuelta al mundo, al relacionar a pedofilia con la homosexualidad en medio de las denuncias sobre abusos de curas en diferentes partes de Europa y Estados Unidos. Han demostrado muchos psicólogos, muchos neurólogos que no hay relación entre celibato y pedofilia, pero muchos otros han demostrado, y me han de demostrar, que hay relación entre homosexualidad y pedofilia. Esta es verdad, este es el problema, sentenció Bertone, el hombre más importante del Papado después de Benedicto XVI en conferencia de prensa en Santiago.

¹ El papa Juan XXIII, el papa Pablo VI y el papa Juan Pablo II, entre otros, han sido acusados de haber cometido actos de pedofilia. En 1984, el papa Juan Pablo II fue acusado de haber cometido un acto de pedofilia. En 1985, el papa Juan Pablo II fue acusado de haber cometido un acto de pedofilia.

² El papa Juan XXIII, el papa Pablo VI y el papa Juan Pablo II, entre otros, han sido acusados de haber cometido actos de pedofilia. En 1984, el papa Juan Pablo II fue acusado de haber cometido un acto de pedofilia. En 1985, el papa Juan Pablo II fue acusado de haber cometido un acto de pedofilia.

Mientras sus afirmaciones eran rebatidas por amplos sectores tanto en Chile como en Europa, sus dichos eran relatados e incluso en diversos sectores de la Iglesia Católica que estaba en la ola de denuncias en el mundo, tenía que admitir que la relación efectuada por el secretario de Estado había sido fortuitada.

Según James Hamilton, uno de los motivos principales de la caída de Bertone habrían sido las acusaciones que pesaban sobre Fernando Karadima. El médico había denunciado en 2009 al papa por parte de su director espiritual como causal en el fracaso de su unidad de matrimonio religioso. Esto se sumaba a las denuncias efectuadas ante la Iglesia por su ex mujer Verónica Schild por el mismo Hamilton, por Juan Carlos Cruz y antes por José Andrés Murillo.

El caso Karadima explotó en Chile cuando el escándalo internacional estaba cargado de acusaciones por abusos de sacerdotes católicos y cuando desde la cúpula romana se empezaban a pronunciarse palabras de sentencia severas de algún mal culpa en el mundo diferente al «histórico». Se amplificaron nuevas formas de encarar los abusos con más preocupación por las víctimas.

El curial en el Vaticano

Los curiales estaban sensibles. El caso del fundador de los Legionarios de Cristo, Marcel Maciel y su escandalosa vida sexual por años, había despertado interés en Chile, donde era conocido con amigos, colegas, una universidad y estrechas conexiones con el empresariado y sectores políticos de derecha. Al momento arzobispo de Concepción y vicepresidente de la Conferencia Episcopal, el salesiano Ricardo Ezzini, le había escrito la recomendación encomendada por Roma de ser uno de los responsables del caso del cura mexicano.

Poco a poco —globalización mediante— se abría la comunicación del secretismo de la Iglesia Católica y las expectativas

ocurridas en otros lugares eran conocidas en Chile. Acusaciones y retenciones corrían por el mundo en forma instantánea.

El año 2000 se había iniciado con la manifestación de una fuerte preocupación del Vaticano por los abusos de sacerdotes en distintos países. La ola de denuncias ocurrida en Estados Unidos y después en Irlanda, Alemania, España, Austria, Holanda y Bélgica, llevó al Vaticano a difundir por primera vez un documento en el que definió sus directrices sobre el tratamiento de estas situaciones.

El 19 de marzo de 2000, el papa Benedicto XVI dirigió una carta a la Iglesia de Irlanda que fue leída en las misas de Dublín. Era el primer escrito pontificio dedicado en forma exclusiva a la pedofilia, la candente palabra que alude a los abusos sexuales contra menores. El texto incluyó una pena de suspensión para trece de estos casos, como ya se había instaurado años antes en Estados Unidos. La carta se orientó, además, a otros países europeos, donde durante los últimos años se han venido destapando situaciones de abuso que involucran incluso a obispos.

No obstante, mientras el Papa mostraba medidos signos de preocupación, circuló también en los medios de todo el planeta una carta escrita en 1985 por el entonces cardenal Joseph Ratzinger a quien se le responsabilizaba por haber defendido a un sacerdote acusado en la década de los ochenta en California. La Santa Sede reclamó al respecto, argumentando que la misiva hacía falta en su contexto, y precisó que la suspensión de un sacerdote cuestionado es competencia del obispo local y no de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dirigida por Ratzinger antes de ser Papa.

Un mes después de la carta a los irlandeses, el 17 de abril, cuando cumplía cinco años como máximo jefe de la Iglesia católica, Benedicto XVI lloró en un encuentro en la isla de Man ante un grupo de personas que le relataron sus traumáticas experiencias. Aunque no usó el término «abusos», les dijo sentir «terribles penas», y les prometió justicia¹.

¹ El País, 19 de abril de 2000. Papas en primera persona: con estos errores de ortografía, ¿cómo de duros? Señala de manera jocosa el mismo periódico la relación que el 2000 le existió a los católicos con los tribunales, que, al

Nombres del Episcopado

El otro motivo que se le atribuye a la visita de Bertone es el análisis de la situación antes de designar al nuevo arzobispo de Santiago. Originalmente se prevía que ese nombramiento sería programado, dado que el cardenal Francisco Javier Errázuriz va haber sobrepasado los setenta y cinco años. Sin embargo, poco julio, agosto, y también septiembre, octubre y noviembre, hasta que en diciembre se anunció el nombre del nuevo arzobispo, el italiano Ricardo Ezzai, quien poco antes había sido elegido por los obispos presidente de la Conferencia Episcopal.

Monsieur Ezzai nació en Italia y pertenece a la congregación salesiana, tal como el cardenal Raúl Silva Henríquez, quien fue uno de sus maestros, y como el propio latviano Bertone. Tiene sesenta y dos años y es una de las figuras gravitantes de la jerarquía chilena. Hasta ese momento estaba a cargo de la Arquidiócesis de Concepción y asumió en Santiago el 15 de enero de 2011. Sobre sus manos cayó al día siguiente —según se supo después— el quemante fallo de la Congregación de la Doctrina Fidei, basado en las investigaciones de los procuradores eclesiales, es Eliseo Escudero y Fermín Domoso.

La demora en la designación del nuevo titular, el reconocimiento eclesial a la causal de prescripción del juicio de nulidad matrimonial de Hamilton, así como la investigación efectuada por el ecuatorador eclesástico Fermín Domoso que fue enviada finalmente por el cardenal Errázuriz al Vaticano, son muestras elocuentes de que Roma había puesto el foco en lo ocurrido en torno a Fernando Karadima. La importancia que el ex párroco de El Estero tenía en la Iglesia chilena justifica tan alta preocupación.

Justo después de la visita del secretario de Estado Vaticano, Tarcisio Bertone, la Conferencia Episcopal chilena —que hasta ese momento nada había dicho sobre este asunto— preparó su propia declaración: «Reconstruir desde Cristo la mesa para todos».

¹ El primer caso hasta ese momento en la historia reciente. En Mario Araya, *El caso Karadima y la crisis de la Iglesia católica*.

señalaba al ex párroco de El Bosque, pero por esas extrañas coincidencias, justo el 21 de abril, cuando en los diarios apareció el documento episcopal, reventó en los medios el caso Sordani.

Nuevas acusaciones

Como la jerarquía de la Iglesia Católica chilena tomaba cartas en el asunto no había sido un proceso fácil. Por lo que se ha podido conocer, en las primeras señales de que algo extraño ocurría en El Bosque, las dio en 1983 un grupo de jóvenes, entre los que estaba el entonces Javier Gómez Barronillet, hoy pubicenta de cuarenta y cinco años. En una carta dirigida al entonces arzobispo de Santiago, Francisco Javier Fresno, los firmantes hablaban de anomalías en el trato del cura de El Bosque. Pero sus palabras fueron a dar al cesto de los papeles. Según supo años después Gómez, e hoy ya se constata, Juan Barros Madrid, integrante de la Pía Unión Católica, era el secretario de Fresno y él se habría encargado de hacer desaparecer la acusación.

Más de veinte años después —en 2005—, José Andrés Murillo, disgustado por lo que había vivido en la década del noventa, denunció al arzobispo y cardenal Francisco Javier Errazuriz. Las palabras tuvieron acogida. Incluso posteriormente visitó al entonces arzobispo Ricardo Ezzati en 2006 y al obispo auxiliar de Santiago Andrés Arteaga Manieu. Las denuncias continuaron en los siguientes por parte de James Hamilton y su ex mujer Mariana Miranda. Más tarde, hizo lo propio Juan Carlos Cruz Chedevy. Los oídos de la jerarquía seguían sordos. Al menos, no había ninguna señal que dijera lo contrario.

Tras esperar por un largo tiempo el resultado de la investigación eclesástica y ante la falta de acción del ex arzobispo de Santiago, cardenal Francisco Javier Errazuriz, el médico James Hamilton, el periodista Juan Carlos Cruz, el filósofo José Andrés Sordani y el abogado Fernando Butte se pusieron en contacto

con el abogado Juan Pablo Hermasella para evaluar las posibilidades de iniciar algún tipo de acción legal.

Sorpresa gigantesca

En la primera conversación que tuvimos, Jimmy Hamilton me habló de su escepticismo frente a la acción de la Iglesia y me contó de una primera reunión «de diagnóstico» con Hermasella. También me informó que se estaba elaborando un reportaje para el programa *Infante Especial* de Televisión Nacional para la temporada que se iniciaría en junio. Pero él aún no había sido entrevistado. Antes de hacerla quería conversar con sus tres hijos — los dos mayores, ya adolescentes — para explicarles lo vivido y prepararlos para su aparición en la televisión. Tampoco había certeza de que el canal difundiera el reportaje.

Durante abril continuamos el contacto por e-mail y teléfono. Quedamos de vernos de nuevo la semana siguiente. El encuentro sería el miércoles 21. Pero ese día, una filtración, en apariencia de fuentes cercanas al propio Arzobispado, publicada a través del diario *La Jirafa*, cambió de manera abrupta la agenda de los denunciados. Los acontecimientos se anticiparon.

Por su parte, *La Jirafa* fue la primera en sacar al mundo el caso Karadima: el sacerdote aparecía acusado por abusos, pero no se identificaba a las víctimas. Fue una gigantesca sorpresa para quienes nada sabían de esta historia. La información tenía el título «Iglesia investiga ex párroco de El Bosque por abusos reiterados», venía al lado de la referida al documento episcopal: «Obispos piden perdón y llaman a denunciar abusos de sacerdotes». La noticia señalaba que en la visita de Lucio Bertone — entre el 6 y el 14 de abril — se había abordado la situación de Karadima y que el representante del Papa había conversado el asunto con algunos obispos.

En la tarde, *La Segunda* dedicó en su portada un titular en el que Juan Pablo Huelves Cerda, abogado del cura, sostenía: «La denuncia no tiene fundamentos». Una fotografía de Fernando

Karadima ilustraba el llamado Y además un artículo a dos páginas donde, con nombre y apellidos, se mostraba al doctor James Hamilton, también con todo a todo calor. Y añadió una serie de afirmaciones sin fuentes, intentando amañar su denuncia: «Creo que detrás de esto hay un interés de esta persona en un lavado de su imagen, porque él ha tenido otros problemas, varios problemas», sostenía Rufus Cenda.

En el interior, el vespertino sumaba voces de apoyo a Karadima. En la misa de El Bosque algunos feligreses lo defendieron a toda voz, destacaba en otro titular. Mientras Juan Esteban Morales Mena, el partero y discípulo del acusado, hizo una férrea defensa de su mentor: «El es un hombre de Iglesia, conocido personalmente el padre Hurtado, toda su vida ha sido de trabajo y fidelidad a la voz del Papa, una vida muy transparente, todos sabemos quien es, dónde está y qué hace», alegaba. «Estoy con el absolutamente», concluía.

La Segunda recogió también la opinión del diputado de la Unión Demócrata Independiente (UDI), Alejandro García Huidobro, quien, según el diario «se formó espiritualmente al lado del sacerdote» y la canoniza hace más de cuarenta años: «Simplemente no lo puedo creer... Es nuestra padre espiritual. Es una persona que lo único que nos inculcaba eran valores... Para mí es algo imposible de creer. Aquí puede haber otro tipo de interacciones, desprestigiar a la Iglesia», comentó el atómico parlamentario.

Su testimonio se sumaba al del general del Ejército en retiro Eduardo Aldunate, quien también aseguró al vespertino de Agustín Edwards que conoció a Karadima hace cuarenta años, cuando estaba en la Escuela Militar: «Me casó a mí, conoce a mi familia, ha generado un movimiento de mucho cariño a la Iglesia». Por lo mismo, reiteró Aldunate: «Me ha causado mucho dolor y extrañeza esta acusación. Es un sacerdote tremendamente dedicado a su vocación. Irasista, jamás vi en todos los años que lo conozco, nada».

¹ Véase, sobre el sacerdote, a quien Alberto Hurtado bautizó como «el primer santo chileno», el artículo por el padre Riquelme XVII (13) 6 octubre de 2005.

En los medios

La reacción no se hizo esperar y el abogado Juan Pablo Hermosilla concurren hasta la Fiscalía Oriente esa misma tarde para presentar ante la justicia civil las denuncias del doctor James Hamilton-Sánchez, el periodista Juan Carlos Cruz Chelbow, el filósofo José Andrés Murillo y el abogado Fernando Batte. El caso quedó en manos del fiscal regional Xavier Armendáriz, quien asumió la investigación en persona.

Dos días después, el diario *The New York Times* impactaba desde Estados Unidos con un reportaje donde aparecían entrevistados Hamilton y Juan Carlos Cruz. Ambos acusaron al influyente sacerdote de abuso sexual y psicológico. Sus palabras recorrieron el mundo y rebotaron en Chile.

El martes siguiente, Televisión Nacional, tras un intenso trabajo de una semana para poner al día su investigación iniciada unos meses antes, difundió uno de los más importantes programas periodísticos que se hayan visto en el país. El entonces director de prensa Jorge Cabezas y la editora Pilar Rodríguez apoyaron el reportaje realizado por la periodista Paulina de Allende Salazar y lograron difundirlo antes de que las presiones se hicieran sentir.

El abogado Luis Ortiz Quiruga, coautor del petalista de la plaza, quien ese mismo día asumió la defensa del sacerdote, intentó evitar la transmisión del programa a través de un recurso de protección. Pero mientras el requerimiento legal cumplía su trámite, ya el programa estaba en el aire.

Es posible especular que si todo eso no hubiera sucedido, distinta sería la suerte que correría Fernando Miguel Salvador Kaduna Fariña. La valentía y decisión de las víctimas fue acompañada del golpe del diario estadounidense que por cierto logró romper barreras que hasta ese momento parecían impenetrables para los acusadores. La magnitud del impacto generado por el reportaje de TVN con sólidas entrevistas e impecables imágenes, provocó una fuerte reacción entre los

denes. La verosimilitud de los testimonios hizo posible ganar una batalla contra los muchos intentos por ocultar los hechos.

«El gran actor»

De noche, la vida de los denunciantes empezó a cambiar. Al comienzo fue el desmoriento por encontrarse al desnudo ante millones de personas. Fueron días tremendamente difíciles, oscuros, mientras algunos cercanos a Karadima los descalificaban bajo variados argumentos.

«Jaimey Hamilton es un gran actor, debería irse a Hollywood», fue la reacción ante las cámaras de Canal 13 de Pilar Capdevila, Señora de Elindoro Matte, el dueño de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, uno de los principales beneficiarios del cuestionado cura de El Bosque.

A la salida de la misa de dulce, al día siguiente del programa *Como Especial*, el sucesor de Karadima en la parroquia El Bosque, Juan Esteban Morales, manifestó: «Estoy con él absolutamente. Esta es una cosa inmundada, nosotros lo vamos a apoyar siempre, porque esto va a esclarecerse con el favor de Dios, por mientras rezamos por él (...) Nunca recibí una presión de mi padre espiritual, nunca recibí una presión para que fuera sacerdote al contrario, de manera que estoy con él».

La incondicionalidad de Morales se ha mantenido desde entonces tanto en los medios como en sus declaraciones en el proceso judicial. Cuando tras el fallo del Vaticano, Karadima fue confinado en el convento de las Siervas de Jesús de la Caridad, en la calle Bustamante, logró un permiso del arzobispo para salirlo. Y de su boca no ha salido, al menos en términos públicos, ni una palabra de duda.

El empresario José Saal, accionista principal de la Embotelladora Andina, del Parque Arauco y la Isapre Cruz Blanca, alegaba: «Me parece increíble que se desprestige a un sacerdote que

na hecho tanto por la Iglesia, sin haber concluido las investigaciones y sin un juicio justo».

Más tarde llegó el alcalde de Puente Alto y vicepresidente de Renovación Nacional, Manuel José Ossandón, también asiduo feligrés de El Bosque, quien no titubeó en aseverar: «Aquí hay muchas negras que pretenden lavar la imagen de alguna parte de la Iglesia a costa de un hombre inocente, que más encima no puede defenderse».

Incluso en ese primer momento, Ossandón se mostró enojado con el cardenal arzobispo de Santiago Francisco Javier Errázuriz por haber decidido al final efectuar una investigación canónica, pese a que para muchos — y desde luego para las víctimas — esto había sido demasiado tarde.

Dos meses después, cuando Errázuriz envió los antecedentes ante el Vaticano, el alcalde Ossandón se arrepintió de sus dichos. Y en esa oportunidad, tras respaldar al cardenal, admitió: «Si existiera alguna víctima y se sintió atacada o poco comprendida por mi, voy a pedir disculpas, porque no era mi idea, yo dije y he dicho siempre que voy a ser el más duro si es culpable».

Tras el fallo de Roma, Ossandón fue consecuente con sus palabras anteriores, y suspendió sus vacaciones en la carretera Austral para pronunciarse: «Estoy satisfecho, porque fue un juicio justo y que marca un precedente para este caso y para el futuro de la investigación criminal. Lo único claro y lo que me tiene tranquilo es que Karadima empezará a pagar sus delitos», dijo a *La Tercera*. Incluso agregó que debería dimitir de su cargo de sacerdote porque «él es una vergüenza para la Iglesia y para quienes confían en él. Y me refiero a toda la gente que fue engañada por una persona que mostraba una cara amable, pero que en el fondo estaba escondiendo uno de los peores delitos de la humanidad».

Y cuando le preguntaron si el caso debía verse en la justicia civil, su respuesta fue: «Por supuesto, una pena de delito sexual debe ser

¹ Ver nota del 25 de abril de 2010.

² *La Nación*, 17 de junio de 2010.

³ *La Tercera*, 20 de febrero de 2011. «Por una de las estadísticas más alarmantes: los abusos y delitos sexuales cometidos por sacerdotes católicos en Chile», María José Pizarro.

«... con cárcel. Por eso, digo que la justicia civil debe reabrir este caso con los elementos que la Iglesia ya reveló. Hablar de prescripción cuando hay menores involucrados es una falta de respeto».

«Lleva mi confianza»

Las denuncias se conocieron públicamente menos de un mes después de que el cardenal Errázuriz afirmara que en Chile solo había «poquitos casos» de abuso sexual por parte de sacerdotes. Muchos se habrían imaginado que entre esos «poquitos» había uno de tal envergadura.

Pero la habitual cautela del cardenal Errázuriz se mantuvo durante 2010, exasperando los ánimos de quienes seguían el caso, particularmente en particular de las víctimas que no sentían ningún gesto de aproximación por parte de las autoridades eclesásticas. Incluso cuando el 21 de abril el entonces arzobispo admitió que había decidido iniciar una investigación eclesástica, se preocupó de asegurar: «Muchas veces [las investigaciones] pueden tocar a un sacerdote que se le conoce como una persona muy meritoria, que ha trabajado a muchos. Entonces hay que proceder con cuidado».

Temiendo presente que una persona, desde su dolor le parece necesario hacer una denuncia y temiendo el cuidado de no hacer el nombre de otra persona de la cual nadie supone que podría haber sido causante de ese dolor¹, señalaba el prelado.

Mientras el cardenal Errázuriz reconocía la existencia de una investigación, uno de sus lugartenientes, el obispo auxiliar de Santiago y vicerrector mayor de la Pontificia Universidad Católica, Andrés Arteaga, manifestó con hechos y palabras su total respaldo al cuestionado cura. Arteaga, desde 1989 director de la Pía Unión Sacerdotal, acompañó a Karadima punto de partida de El Bosque Juan Esteban Morales en la misa de despedida ese miércoles 21. Y ante el templo repleto de feligreses

¹ Véase el caso 22 de abril de 2010 «Cardenal: «cultura indagatoria» en el clero», en *La Nación*, 22 de abril de 2010, <http://www.lanacion.com.ar/1007233-cardenal-cultura-indagatoria>.

Anteaga expresó rotundo: «El padre Karadima tiene toda mi confianza».

El sacerdote jesuita Antonio Delaun, director de la revista *Mensaje*, manifestaba en sintonía a las expresiones del obispo Anteaga: «Me parece de la máxima gravedad que el vicerector-canciller de la Universidad Católica, que de alguna manera representa al Papa, tome esta postura tan fuerte, antes de que el proceso siga su curso. El hecho de que un grupo de obispos blinde al padre Fernando Karadima, incluso si es inocente, a mí me parece de la máxima gravedad».

Algo más tenue en su tono, el obispo de Ica, Horacio Valenzuela, también integrante de la Pía Unión y discípulo de Karadima, declaraba: «Nunca he visto nada extraño. Espero que sea una gravísima equivocación».

Otro de los integrantes de la Pía Unión, el ex rector del Seminario Mayor y actual vicedecano de la facultad de Teología de la Universidad Católica d U, Rodrigo Polanco, juzgó duramente a los denunciantes con palabras que dieron el título a una entrevista en *El Mercurio*: «La una calumnia en su fundamento y grosera».

Polanco, quien vivió con el sacerdote acusado en la parroquia El Bosque y fue su vicario entre 1980 y 1994, argumentaba: «Conozco al padre Karadima hace treinta y cinco años. También mis padres, hermanos, primos y sobrinos y jamás vi u oí algo siquiera sospechoso».

Según el vicedecano de Teología de la UC, todo en su vida es transparente. La casa parroquial es abierta y a él le gusta que todos la sientan como su casa. No hay puertas con llave, es una comunidad, una fuente de mucha vida espiritual y oraciones. Con posterioridad al fidei del Vaticano, el incondicional Polanco guardó silencio.

Con

el Mercurio, 27 de febrero de 2001, de una columna de Fernando Valenzuela.

El mismo día aparece en el matutino una carta firmada por el abogado Andrés Sechtling Herrera, quien había sido solicitado por uno de los denunciantes para incorporarse al grupo que acusaba a Karadima. Ex miembro de la Acción Católica y cercano al hoy castigado sacerdote Sechtling aparece mencionado en otros testimonios y fue citado a declarar en la audiencia del fiscal Xavier Armendáriz, donde negó cualquier papel en la anomalía.

En la carta Sechtling en su carta pública que hizo ver a los otros denunciantes «las graves consecuencias morales y jurídicas que esa columna de esa naturaleza comportaba». Y en alusión a la *Life* de Hamilton, escribir «Por el conocimiento personal que tengo del denunciante principal, llego a la conclusión de que esta persona persigue otros fines, como por ejemplo, llevar su asunto a que su alejamiento de la parroquia se deba a graves problemas personales».¹¹

Antes el hoy abogado del BBVA «Soy testigo de cómo el padre Fernando vivió su vocación de manera ejemplar, de cara a todos y a todos los jóvenes que lo acompañaban. Fue siempre muy cercano en su trato, cuidándose de nunca estar solo sino acompañado de dos o más personas (muchos niños). Sechtling fue un buen hermano sacerdote ligado a la parroquia El Bosque, que estaba junto a Karadima, a Juan Esteban Morales y a Diego Ossa Hernández cuando estalló el escándalo.

Con el correr de los días, mis voces se sumaron a un debate que circulaba en diferentes espacios privados y públicos. «Los viceresponsables de abusos sexuales deben ser de inmediato expulsados. Los procedimientos para juzgarlos al interior de la Iglesia deben ser rápidos y transparentes. El secreto pontificio dispuesto en 1901 constituye una evidente aberración», reclamaba en carta a *El Mercurio* el abogado y ex diputado Hernán Boscchi.

Y agregar: «Las autoridades eclesásticas deben actuar sin temor a ninguna especie, exponiendo los hechos a la opinión pública

¹¹ Mercurio 22 de abril de 2010. Carta al director de Andrés Sechtling Herrera.

Los católicos debemos ver que las autoridades eclesásticas verdaderamente han dado un golpe de timón. Los infractores deben ser sancionados. Los laicos no podemos guardar silencio. Este, en materias de tanta trascendencia, se convierte en complicidad».

Las cartas a los diarios y los blogs se transformaron en una sutil vitrina de la medita polémica que se suscitaba en el país. La Iglesia Católica, tan dura en sus juicios morales hacia los laicos en los denominados «temas valóricos», aparecía envuelta en un escándalo mayúsculo, donde el eje del conflicto detonaba en medio de la élite conservadora. Y el protagonista era uno de los sacerdotes más influyentes de ese sector.

El mismo cardinal Errázuriz, en la esperada carta que se leyó en las iglesias el fin de semana del 24 y 25 de abril, destacó la labor «dextera y generosa» de Karadima en la parroquia El Bosque: «Dios se ha valido del padre Karadima para despertar numerosas vocaciones al sacerdocio, al episcopado y a la vida consagrada».

«Una acusación contra su persona tenía que remecer a la Iglesia», admitió Errázuriz, y justificando la demora del proceso eclesial, señaló: «Casos de esta naturaleza son tan excepcionales que consideramos necesario consultar a peritos de la Santa Sede en este campo».

«Un príncipe de la Iglesia, tentado por el demonio», como diría meses después la ex directora de la Junta de Jardines Infantiles (Junji), Ximena Ossandon. La frase, lanzada por el twitter de la supernumeraria del Cipos Dei y hermana del alcalde de Puente Alto, fue una de las famosas creaciones verbales de quien debió dejar el gobierno de Sebastián Piñera en diciembre de 2010 tras calificar de «reguleque» su sueldo de más de tres millones setecientos mil pesos. Pero, en el fondo, Ximena Ossandon dijo lo que muchos de quienes seguían a Karadima sentían y quizás algunos sigan sintiendo: Karadima había sido una figura gravitante, un personaje central en las vidas de generaciones de católicos desde que se instaló en 1958 en El Bosque Y, como el mismo cura les enseñó, «hay que cuidarse del demonio porque está siempre al acecho y mete su

en los lugares más insospechados. ¿Por qué no en la propia parroquia El Bosque?

Lo que no les dijo Karadim en ese entonces, es que si había que realizar una representación viva del señor de las infiernas, él mismo era el mismo.

Capítulo II
LA IGLESIA COLORADA

después del remezón que implicaron las denuncias y las primeras conversaciones con los protagonistas principales volví al barrio donde se originó gran parte de esta historia. Buscaba encontrar en territorio lo que pudo suceder en esa iglesia y sus alrededores. Percibí ahí como un respetable templo orgulloso y silencioso, ahora estaba en el epicentro de una increíble historia.

La avenida Elodoro Yáñez, conocida hasta hace unos años como Los Lirios, corta en dos una gran extensión de áreas verdes que lleva su antiguo nombre. Esta vía de la comuna de Providencia cruza uno de los barrios más tradicionales de Santiago, que se extiende entre cuatro avenidas principales: Carlos Antón por el norte, Pucuro por el sur, Tobalaba por el oeste y avenida El Dorado por el poniente. El paisaje se observa muy distinto al de muchos años que saltaban a mi memoria.

Las calles interiores —aunque con menos ramito— mantienen el quieto propio de un día de semana. Dentro de la forma rectangular verde, está el parque Los Lirios, comprendido entre las calles Las Hortensias, República de Cuba, Juan de Dios y Carlos Silva Vildósola. Resulta un respiro entre rascos y contaminación de los alrededores. Un pequeño letrero metálico negro, casi oculto por el follaje de los árboles, identifica el espacio que se extiende entre Elodoro Yáñez y Las Hortensias plaza La Olla. Allí, se alcanza a leer:

En los Yates del sector se observa a mujeres con sus niños, algunas que podrían ser profesionales, una que otra con aspecto de estudiante universitario y a señoras de la denominada «tercera edad» probablemente vestidas. Luce bien peinadas, algunas con

algunas medianas, otras mantienen el color castaño y un poco de este color sobre cruza que suele acompañar a muchas con los años. Fueron jóvenes de aquella década del cuarenta, cuando se construyó la iglesia El Bosque, y es probable que la comenzaran desde entonces. O de los cincuenta cuando Las Lilas era uno de los barrios preferidos de la aristocracia capitalina. Más de alguna debe haber sido antigua feligresa y quizá conocido de cerca al adorno de la iglesia. Es posible.

Al costado sur de la plaza están los juegos para los niños. Hay estructuras metálicas de color azul por donde trepan y logran. Entre los alrededores, hombres y mujeres de entre treinta y cuarenta años trotan, pasean a sus perros, caminan por los senderos de macillo y empujan el carrito a la sombra de los árboles. Pocos adolescentes transitan por la plaza. Solo se divisan algunos alumnos del San Ignacio, el colegio jesuita ubicado a unas seis cuadras, en Pío XII con El Bosque.

La vida continúa en este espacio público a las espaldas de la iglesia colorada.

Un polémico edificio

La arquitectura del sector sin duda ha variado. Edificios modernos de poca altura, no lujos, algunos sí, colindan con unas casitas y casas de uno y dos pisos que van quedando aisladas entre las construcciones más nuevas.

El cambio más radical en el panorama se observa en el sitio que ocupaba el tradicional cine Las Lilas al otro lado de Elrodora Yáñez. Los residentes del sector se sintieron orgullosos durante años de pertenecer a uno de los pocos barrios que hubo logrado conservar los antiguos teatros con funciones de marionetas, varietal y rancho. Como antes. Pero al final, el signo del mercado se hizo presente, dejando algunas ganancias para los antiguos dueños con la venta a una sociedad de nostalgia.

Fue un hecho que determinó que las cosas no fueran más así. En 2004, la amenaza de un megaproyecto de la inmobiliaria Penta, controlada por uno de los más poderosos grupos económicos del país —de Carlos Alberto Delano y Carlos Enrique Evarín—, movilizó a los vecinos. Se formó el movimiento ciudadano «Defendamos la plaza Los Lirios», que buscó por todos los medios impedir que se levantaran dos torres en la manzana comprendida entre Ecuador Yáñez, Juan de Dios Vial, Marcel Quint y El Bosque.

Los residentes no pudieron evitar la demolición del teatro, pero el movimiento logró que se rediseñara el proyecto original para el apodo de algunos personajes del espectáculo que vivían allí. Por fin, captaron la atención de los medios de comunicación y consiguieron que se redujera en siete pisos la altura del edificio más elevado. La batalla ciudadana permaneció digna sin efecto, porque la construcción de un centro comercial y de un nuevo cine subterráneo. A pesar de eso, el resultado no luce una estética armónica ni guarda armonía con el entorno.

Las torres —A y B de dieciséis y nueve pisos respectivamente— confirman el proyecto inmobiliario Plaza Los Lirios que consiguió el tributo de recepción por la Municipalidad de Providencia en 2008. En el lugar exacto donde se encontraba el cine, hay una especie de plazoleta de pastelerías con seis árboles, distribuidos en estricto orden en maceteros de cemento. Una pileta rectangular, algunas pintas y un linero alrededor y unos bancos completan este acceso común a los edificios.

Comprando departamentos

Los valores de los departamentos fluctúa entre los cuatro y siete mil Unidades de Fomento (UF), y tienen dos a tres dormitorios con servicios. Los de los pisos altos que miran hacia el norte miran hacia la Parroquia El Bosque. Según cuenta una de las ejecutivas de venta de la inmobiliaria, gran parte de sus propietarios

bodegas, ellos cancelaron con un vale vista por 15.158 UFs, con Ciper. Pero quedaron a nombre del sacerdote Antonio Izazola Iñeza, concepto y pieza clave de la estructura financiera de la Unión Sacerdotal.

El reportaje sobre las propiedades controladas por Katadina segna, asimismo, que la Pía Unión es dueña de dos departamentos en la comunidad Los Apóstoles, frente a la parroquia, y otra casa en la calle Carlos Antunez.

Bienes terrenales

En posterioridad tuve acceso al informe¹ realizado por la Brigada Criminal de Providencia de la Policía de Investigaciones de Chile (PII), el 18 de octubre de 2010. Entre las cercas de varias personas que declararon en el procedimiento investigativo puestro por el fiscal regional Xavier Armendáriz —a propósito de los pagos a personal de la parroquia— figura la corredora de propiedades María Josefina Echaurren Meyerholz.

Ella había llegado a El Bosque en 1996 «cuando escuché desde mi departamento las campanas de esa iglesia Sagrado Corazón por lo que decidí concurrir hasta dicho establecimiento por lo que sucedía. Ahí conocí al padre Juan Esteban Muras —con quien comparto muchos temas espirituales, fue enrona que me fui integrando a las distintas instancias en la iglesia

¹ Informe PII 10.18.2010.0000, Providencia, 18 de octubre 18, 2010. Policía de Investigaciones de Chile. Brigada de Investigación Criminal Providencia 401812. En la base de datos de la abogacía María de los Angeles Bello, y del Jefe de la Oficina de Asesoría Jurídica, ambos con sus obligaciones. En la distribución del fiscal Xavier Armendáriz sobre la PII toda la diligencia que se le requirió con respecto a la fin de determinar si en la casa que se agita en el fondo de María Josefina Echaurren Meyerholz, S. B. Torres y C. se por abono sexual, matrimonio, o que el mismo o en otros casos de relaciones sexuales y/o de otro tipo, y otros, muchos de los dichos aspectos, no fue capaz de determinar, según los antecedentes forma de realizarlos, y en general toda la información, tanto a que se le pague a personas o a otras.

² Declaración de María Josefina Echaurren Meyerholz ante la Brigada Criminal de la Policía de Investigaciones (PII) 1 de septiembre de 2010.

Posteriormente el padre Fernando Karadima me ofreció trabajo para hacerme cargo de los inmuebles de la parroquia. Desde hace cinco años ella se dedica al corretaje de propiedades, según declaró.

Josefina Echaurren advirtió a la PDI en agosto de 2010: «Debo señalar que en una reunión con el consejo de la parroquia hace dos meses, estando en presencia del señor Francisco Cuvabul, el abogado Juan Pablo Bulnes y el párroco y representante legal de la parroquia Juan Esteban Morales Mena, me señalaron que solamente exhibiera los documentos de arrendamiento, sin hacer entrega o dejar copia de ellos».

En la entrevista policial, Josefina Echaurren explicó que en ese momento tenía cuatro propiedades con un cliente la parroquia Sagrado Corazón de El Bosque. Todas están en arriendo. La primera, según declara, la tiene desde 2005 y está ubicada en avenida El Bosque N° 915, departamento 602. Figura como propietaria de este y los demás bienes inmuebles mencionados por la corredora, la Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso; ese sería el nombre oficial de la conocida como Pía Unión Sacerdotal de El Sagrado Corazón, o Pía Unión de El Bosque.

Llama la atención que el Rut 82.115.700 es el mismo de la parroquia El Bosque y ambas tienen como representante legal al párroco Juan Esteban Morales Mena. La arrendataria de ese inmueble es María Josefina Bertelone Jara.

La segunda propiedad mencionada por la corredora es el departamento N° 702 del edificio de avenida El Bosque 957, cuyo contrato de arriendo data del 1 de enero de 2010. Está arrendado a Inversiones Rayen S.A. La misma Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso figura como dueña del departamento 801 en la torre A de Rhodora Yáñez 2631. Este, según Josefina Echaurren en su declaración a la PDI, está arrendado a César Augusto Gómez Viveros, quien pagaba por el 550 mil pesos mensuales.

El cuarto inmueble mencionado por la corredora es una casa ubicada en la calle Carlos Ardáñez N° 2072, también en

una de Providencia, a pocas cuadras de la parroquia. «Se firmó el contrato el 12 de abril de 2010, pero comenzó a regir el 1 de mayo de 2010, entre la Unión Sacerdotal del Amor y la Caridad (Rut 82.415.704-6), representada por don Juan Carlos Morales (párroco), y se arrendó al señor Ricardo Esteban Pizarro Ramírez, cuyo canon de arrendamiento es de ochocientos mil pesos».

Pero el valor de esos bienes —aunque se le sumen los que están a nombre de otros sacerdotes del movimiento, como es el caso de Antonio Fuenzalida— no da la medida del verdadero poder que alcanzó a tener Karadima y su Unión Sacerdotal. Aún si se considera que el terreno que ocupa la iglesia El Bosque y sus dependencias hoy podría tener un valor comercial del orden de los cientos de miles de dólares, de acuerdo a estimaciones de mercado, su influencia trasciende los millones de pesos —o de dólares— de esas pertenencias. Su dominio va mucho más allá de las propiedades que figuran a nombre de la Psa Union o de algunos de sus integrantes. Y sus redes de influencia y protección sobrepasan todo eso.

Regalo de doña Loreto

Al pasar el parque o el desaparecido teatro Las Lilas, lo que desde siempre ha marcado una impronta del barrio es su iglesia colorada. Pero minutos antes de llegar se divisa el imponente campanario de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús.

El terreno en el que se instaló tiene cerca de quince mil metros cuadrados. Fue donado por Loreto Cousiño Goyenechea, viuda de Ricardo Lyon Pérez, al sacerdote Alejandro Haneagu, quien fue el brazo derecho del arzobispo de Santiago José María Errázuriz (el primer cardenal chileno).

¹ El cardenal José María Errázuriz, nacido en Pantofo, Chile, obispo de Santiago de 1970 a 1978, cuando murió. Fue designado cardenal en mayo de 1980 por el papa Juan Pablo II. Asumió entonces el título de Obispo de la Iglesia Católica y se convirtió en el primer cardenal chileno.

La iglesia, edificada en 1944 con planos del arquitecto Carlos Bressani, ocupa solo un cuarto de esa superficie; el resto se reparte entre salas de reunión, edificaciones que incluyen habitaciones, oficinas, corredores, patios y jardines.

Prominente figura de la Iglesia Católica chilena de mitad del siglo XX, Alejandro Huneeus Cox nació en Santiago el 21 de enero de 1900, estudió en el colegio San Ignacio y teología en Roma. Fue ordenado sacerdote en 1924. Fue párroco del Avío del Carmen, en el sector Santiago Centro, y de la Asunción, en la plaza Pedro de Valdivia, una de las más concurridas parroquias de Providencia en aquella época. Huneeus fue también rector del Seminario, canónico de la Catedral y secretario general del Arzobispado entre 1959 y 1961. Posteriormente, fue fundador y primer párroco de El Bosque.¹

La Pía Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso fue fundada por Huneeus y un grupo de desterrados sacerdotes en 1928. Pero Loreto Cousiño Goyenechea, quien también donó los terrenos de la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles en el Coque, en 1945, hizo posible la construcción de la iglesia El Bosque y se tornó su párroco. Y junto al templo, un recinto que dio albergue a sacerdotes diocesanos y en especial a curas mayores. En esa época la parroquia como tal aún no existía. Fue creada el 13 de junio de 1945, por decreto del Arzobispado de Santiago, y los edificios se levantaron en 1946.

Loreto Cousiño era una de las hijas de Luis Cousiño e Isidora Goyenechea, dueños de las en ese entonces prosperas minas de carbón en Lota que había fundido Matías Cousiño. Se casó en París con Ricardo Lyon Pérez, quien llegó a ser uno de los personajes más poderosos de Chile a comienzos del siglo pasado.

Nacido en 1863, Ricardo Lyon fue un hábil y prospero negociante que compró fundos y chacras en Providencia, y Los Condes —La Bravo, Los Leones y San Luis en Providencia y La

¹ Datos del *El Bosque* en *Historia de Chile* editada en 1981. El presidente Alejandro Huneeus Cox figura en el listado con respecto a El Bosque 82.

tercera en Las Condes—, con lo que llago a ser el mayor y más poderoso propietario de tierras de Santiago, para luego venderlas en paños y parcelas, señala un artículo del Museo de Historia Natural de Valparaíso.⁶ Lyon fue también diputado y alcalde de Providencia-Mutua en 1932, hoy una de las principales avenidas de la comuna, precisamente donde estaba su fundo Los Leones, hoy su nombre, mientras que un salón del Club Providencia y la plaza en el parque Las Lulas recuerdan a Loreto Conaño.

El templo de Karadima

En la avenida El Bosque N° 822 se encuentra la entrada principal de la iglesia, que durante años destacó por ser una de las más modernas de Santiago. Tres elevadas arcos estilo neorrománico con el mástil y tres puertas —la central, elaborada en metal con vitrales— que conforman la entrada principal del templo. Sobre las puertas se extiende una gran pintura de Jesucristo rodeado por cuatro apóstoles, evocando su ascensión a los cielos después de la resurrección. «Padre nuestro que estás en los cielos», se lee sobre la imagen.

La estructura de la iglesia forma una cruz con su nave central donde nacen dos laterales. En medio de ellas se ubica el altar en el cual el ex párroco Fernando Karadima habría celebrado misas y predicó innumerables homilias durante medio siglo. El altar con sus grados se eleva sobre el resto de la planta. Entre los bancos se ubican unos bancos en forma de semicírculo, donde se sentaban algunos feligreses y los jóvenes de la Acción Católica.

Sobre un crucifijo de madera y un mural con imágenes de santos se alza imponente y vigilante la imagen de Dios: podría ser un niño de pelo blanco y larga barba del mismo color, con una aureola elevada por el aire. O quizás un Dios de cuentos infantiles, pero semblante serio, algo severo. Un Dios al que hay que temer pero no perder su gracia.

⁶ Museo de Historia Natural de Valparaíso, 1990, p. 119.

Delante de este escenario, más cerca de los feligreses, una Virgen se levanta sobre un gran arreglo floral de frescas rosas blancas en el costado izquierdo de la nave central de la iglesia. Alumbra su rostro desde las púas una suave luz instalada en un lugar privilegiado, seguramente por indicación del ex dueño y señor de El Bosque que proclamaba su devoción a María; se ve algo misterioso en esta guardianía que observa a los feligreses con su mirada atenta.

En la parte alta del templo, frente al altar, se ubica un gran órgano. Consta, forjado en madera y boquillas de viento metálico, que llegan hasta el techo, este instrumento medieval —en perfecto estado— marca los tiempos de la Eucaristía. Un joven dirigente de la Acción Católica, Francisco Márquez, oficia de cantor en la ceremonia, acompañado de las armónicas notas del órgano. En su tiempo cumplió ese rol Juan Barros Madrid, el actual obispo castrense, uno de los más cercanos de Karadima, como recuerda antiguos feligreses.

Los grupos juveniles con guitarras y alegres cantos populares que se instalaban en las iglesias católicas desde los años sesenta, no caben en la solemnidad que invade la iglesia del Sagrado Corazón. Lo sacro pareciera estar en el alma de El Bosque, dentro de una estética un tanto lugubre que se extiende a los pasillos y corredores que unen el templo con la residencia parroquial.

La iglesia es oscura, con sus altos muros de un papeete coralino —como su exterior—, tapizados con pinturas de distintos paisajes de la Ullta del chileno fray Benjamín Subercaseaux. Las ventanitas, pequeñas y orientadas hacia el cielo, dejan apenas pocos tenues rayos de sol en las mañanas.

La tumba y la sacristía

En el ala sur de la iglesia se han reunido por años los jóvenes de la Acción Católica, además de los más cercanos y devotos feligreses.

A Karadima —cuentan— le gustaba la denominación «Acción Católica» porque evoca a la agrupación homónima que a

El papa de la década del cuarenta impuso con fuerza en todo el país Alberto Hurtado Cruchaga, el santo chileno, en calidad de patrono nacional de ese movimiento. No obstante, poco o nada se pudo tener el sentido de la Acción Católica, en cuanto orientaciones y trabajo social que dio el padre Hurtado, con este conjunto de jóvenes formados décadas después bajo la guía espiritual y las enseñanzas de Karadima.

Una capilla integra este sector de la parroquia: el sagrario y sacristía y la sacristía. Casi una hora antes de empezar la misa, comienzan a instalarse en los bancos del altar que guarda las hostias, personas de diferentes edades. A las misas de ocho de la mañana y a las de media tarde asisten niños, jóvenes y adultos. En la de las ocho de la noche son los jóvenes quienes se toman el lugar.

Las pinturas de encendidos colores que recrean el nacimiento de Jesús cubren los muros de esta pequeña capilla. Aquí llegan también algunos feligreses que buscan pasar más malverridos, como el presidente de Renovación Nacional y actual senador, Carlos Kuschel, supermanteriano del Opus Dei, quien frecuentaba durante 2010 al mediodía la misa de El Bosque. Pero el abogado evita cualquier contacto con sus visitantes.

Al lado del sagrario, a mano derecha de la nave central, está la tumba de la benefactora Lorena Cousiño y su marido Ricardo Cousiño. Resalta impactante la sepultura de mármol blanco con las fechas de nacimiento y muerte de ambos en números romanos, rodeando las antiguas tumbas de señores del neoclasicismo europeo. El sepulcro está resguardado por una rosa negra, siempre cerrada. Es un sitio de oración constante. Cada vez que los jóvenes de El Bosque pasan ante este sitio, bajan sus cabezas y se persignan. Es el momento obligada desde el templo para llegar a la sacristía.

El presbitero literal lleva al sector donde ellos y los sacerdotes se reúnen antes de empezar cada liturgia. Sus paredes están cubiertas de pintura color roba, al igual que un gran mesón y las sillas.

Esta sacristía, antes y después de cada misa, es el lugar de encuentro entre el cura y los fieles. Ahí Karadima, instalado en un

gran confesionario dispuesto en la esquina, los atendía, confesaba a unos, impartía dirección espiritual a otros y sostenía conversaciones con algunos feligreses.

A un costado de la sacristía, un ventanal la conecta con un hall interior rodeado de ventanales arqueados con pequeños cuadrados, donde hay otra Virgen con abundancia de flores fluyendo desde sus pies.

Recorrido por la manzana

En la céntrica avenida El Bosque, entre Efraodoro Yáñez y Las Hortensias, hay otras dos puertas que dan al interior del amplio recinto. Una lleva al estacionamiento del Centro Médico El Bosque, que tiene su acceso por Efraodoro Yáñez 2530. Sus dependencias ocupan casi todo el lado sur del terreno. La parroquia lo arrienda a un grupo de médicos de diversas especialidades, constituyendo un importante ingreso para sus arcas.

Por El Bosque, pasado Efraodoro Yáñez hacia Las Hortensias se llega a la manización 888, un pequeño portón negro anidado con el mismo distintivo que las demás puertas de la parroquia: un cuadrito de mosaico con la imagen de San José. Mirada desde la calle, esta sólida construcción de tres pisos parece estar destruida. No se advierte movimiento. Cuatro altos pilares y un portón color celeste componen la entrada visible, lo que le da un aspecto de mausoleo. Su destino original era para hospedar a religiosas.

Una reja negra con latones impide la vista hacia el interior de ese antejardín, pero se advierte que hay un conjunto de algarrobos. Otra reja y un cerco verde separan este lugar del patio de acceso a la iglesia. Hasta el frontis, entre árboles y arbustos de diversos tipos, se abre un arco que —al finalizar el invierno— destaca por sobre los demás: un magnolio de flores blancas con púrpura.

Una puerta con reja lleva a uno de los sectores más frecuentados de la iglesia. Un patio de piedrecillas con bancos de plástico funciona como una especie de sala de espera abierta para que

de la parroquia o requieren alguna información. Mientras en la mañana son señoras mayores quienes deambulan por este espacio, los domingos se convierte en sitio de reunión de niños y jóvenes. El corredor que lo circunda, al que dan las oficinas parroquiales ubicadas a la entrada, continúa su camino hasta las puertas de la iglesia. Las oficinas parroquiales se conectan a su vez con la sacristía.

Hacia el otro lado, un extenso jardín con pequeños arbustos plantados uno al lado de otro bordea, por Las Hortensias, el caserío al norte del recinto. En medio de ellos hay una estatua de San José con el niño Jesús en los brazos. Unos metros más allá está una de las entradas a la iglesia, que lleva a una pequeña nave, a un lado del altar.

Después de conocerse el fallo del Vaticano, fui un día de paseo a dar una vuelta por la manzana de la iglesia. El Bosqueño Riquelme Sepúlveda es uno de los jardineros encargados de mantener en orden los prados y arbustos. Estaba trabajando junto al costado de San José. Hace tres años desempeña esas labores con su hermano Hugo Herrán para una empresa contratista que presta el servicio de mantenimiento del jardín a la parroquia. Sepúlveda me declaró a la Policía de Investigaciones por el asunto de los pagos a los empleados.

Aparte de su sueldo de 250 mil pesos que le cancela la firma, la parroquia nos da aportes de dinero en las fiestas del Sagrado Corazón, Fiestas Patrias y Navidad, que ascienden a la suma de ochenta y cinco mil pesos», declaró a la PDI. Indicó también que habló con Francisco Costabal —el presidente de la Acción Católica y asesor de la gestión económica de El Bosqueño— para pedirle un préstamo, porque su mujer había sido operada de hernia, lo que le significó más de cuatrocientos cincuenta mil pesos. Por esa razón —dice—, «el señor Costabal me entregó un sumo en efectivo, en el sector de las piezas de los empleados».

¹ Entrevista con Luis Humberto Riquelme Sepúlveda ante la Brigada Criminal de Investigación el 17 de agosto de 2000.

Luis Riquelme siente que lo ocurrido en los últimos meses ha sido muy duro, pero se mantiene leal a Karadima, a quien considera que le debe mucho. Es más, el padre —dice— tenía como costumbre saludarlo todos los días —no como otros curas— y dadas esas gratificaciones extra de vez en cuando. Se le llaman los ojos de lágrimas cuando recuerda que el padre mandó pagar la cuenta cuando su mujer fue operada. Y, por eso, manifiesta que es capaz de pelear con quien se le cruce en el camino que hable en contra de Karadima. No cree en su culpabilidad ni en el fallo del Vaticano, e incluso dice que no le gusta el papa Benedicto XVI.

Por esos mismos patios transitan jóvenes almas, impecablemente vestidos un jueves por la mañana, antes y después de la misa diaria del mediodía. Y lo hacen rodeados de mujeres que sobrepasan los sesenta años y hombres que se escapan de sus brazos de otomía para rezar. Todos se van rápido, porque la iglesia cierra. Solo permanece abierta poco antes de cada misa.

El párroco dice que ya nada es como antes, esto ha cambiado mucho desde que pasó lo que pasó.

Piezas y pasillos

Por la calle Juan de Dios Vial se puede ver la parte trasera de la parroquia. Al lado de la iglesia, hacia Las Floresistas, un elevador blanco impide la vista hacia el interior. En ese sector se encuentra la caseta sacerdotal. En el segundo piso está el pabellón que alberga las habitaciones de los curas y jóvenes que residen allí. Muchas de ellas están vacías. Hacia el final del largo pasillo, con una pequeña ventana hacia la calle, está la pieza de Fernando Karadima Farina. Un lugar donde durante años el ex párroco recibía por las noches a los jóvenes de la Acción Católica, que solían quedarse hasta altas horas de la madrugada. Un sitio donde protagonizó muchas de las escenas de abuso sexual que lo llevaron a ser condenado por el Vaticano.

En el primer piso de esa construcción está el comedor, otras salas donde transcurre una parte importante de esta vida oculta de la parroquia y la cocina. Los jóvenes elegidos por el sacerdote para quedarse a comer después de participar en la misa vespertina (especial los miércoles, Kiraduma congrega a sus discípulos) van a su mesa. Por esos salones y pasillos semioscuros tras la caída de la tarde se vive el extraño ambiente que hoy describen con tantas y que en esos tiempos les parecía tan natural.

El edificio está conectado por dentro con el resto de las dependencias parroquiales. Si se llega por la parroquia, se accede al templo principal. Y hacia el fondo, al amplio comedor y a la cocina, se accede desde el templo por el gran pasillo que colinda con el interior. Todo un laberinto de salas, corredores, patios y jardines. Quienes frecuentan El Bosque saben hasta dónde pueden ir. Incluso los jardineros tienen prohibido entrar al quinto patio "Virgen" en el interior del recinto, salvo el día que tienen que hacer sus labores, cuando les abren las puertas para después cerrárselas con llave de nuevo.

Otra vez en la calle Juan de Dios Vial, llegando a El Bosque Yá, se ven unas casas de color blanco que tienen dos numeraciones: 955 y 959, además de una entrada y salida de vehículos que forman el estacionamiento del recinto parroquial, con el número 957.

En Juan de Dios Vial 959 vivió la madre del cura. Elena Barrios hasta su muerte en 1997. Ahí también residió su hermano Juan Kiraduma. La otra, más hacia El Bosque Yáñez, es la casa que el párroco le cedió a su hermana Patricia hasta que fue desalojada por orden del Arzobispado.

Un hombre anciano riega el pasto de la orilla que da a la calle y contesta con monosílabos cuando le intento hacer alguna pregunta. Y sólo responde que lleva muchos años trabajando en la parroquia y que las casas están deshabitadas. En la esquina se ven los dos últimos pinos con anchos troncos que muestran su antigüedad. Muchos testigos de lo que ocurría en este templo de Kiraduma.

La orquesta azul

Durante el invierno y la primavera de 2010, los procesos ante la justicia civil y eclesiástica que involucran al ex párroco estaban en marcha. No obstante, el ritual de sus jóvenes discípulos se mantenía riguroso. Es lo que se podía observar durante el tiempo al visitar la iglesia. El párroco Juan Esteban Morales y el entonces vicario Diego Ossa Enríquez utilizaban las ansas. En algunas oportunidades aparecía Rodrigo Polanco, el vicerector de la Facultad de Teología, en las eucaristías de la tarde. Ya Karadima había sido alzado de las celebraciones en público, aunque todos no creían sobre el las estrictas prohibiciones que llegaron después del fallo del Vaticano.

El siguiente es el relato de lo que pudimos ver en ese período con la colaboración de la periodista Andrea Domínguez, quien se transformó para los efectos de este libro en una asidua feligresa.

Querer estar acostumbrados a las iglesias de barrio tradicionales, a las capillas de colegio o a las catedrales de ciudad de diversa importancia, todo el movimiento y la estructura que se observa en El Bosque llaman la atención. Pero quizá lo más notable era observar en acción a sus discípulos: no son esos típicos niños —muchachos— vestidos con túnica blanca que acompañan al sacerdote que uno vio desde siempre ayudando en las misas. Aquí son jóvenes y algunos adultos vestidos todos con chaquetas de color azul marino, corbata azul o color naranja y pantalines beige.

Aunque dependiendo del horario y del día de la misa, se podría ver a hasta treinta jóvenes ubicados detrás del cura para la celebración del mes del Sagrado Corazón de Jesús en junio. Se mantiene el «perfil ABC1» entre los miembros de la Acción Católica, aunque no son todos de tipo claros y tan «primos» y otros como recuerdan quienes conocen la parroquia desde hace años.

La multitud, chaqueta azul, como la formalidad en sus movimientos, movimientos y gestos, son sus características comunes. Nadie se sale del estricto protocolo establecido. Todos muestran saber al dedillo lo que deben hacer, cuándo y cómo ejecutarlo.

Las conversaciones de pasillo antes de cada misa son escasas. Solo el recogimiento. La naturalidad es algo que se guarda para los espacios fuera del templo, como las reuniones con los jóvenes en los patios interiores. Se ve a algunas mujeres que también participan del movimiento parroquial, pero tienen mucho menos protagonismo, y no se ciñen al ritual que se les exige a los hombres. Ellas tienen solo la misión de pedir la colecta en la misa del domingo, cuando la concurrencia aumenta considerablemente, llegando a unas quinientas personas.

Las edades de los integrantes de esta «orquesta azul» van entre los quince y hasta más allá de los treinta años. Quien parece ser el maestro de ceremonias es uno de los que más destaca dentro del grupo. De ojos azules y pelo castaño casi rubio, Francisco Márquez es el encargado de abrir la misa con un cántico, después de iniciada la melodía del órgano.

El lugar establecido en el altar para este personaje de alrededor de treinta años es a un costado de la tarima donde se lee el Evangelio, junto a un pilar. Desde allí está atento a cada uno de los movimientos del resto.

Un joven muy alto, robusto, moreno y de anteojos, de entre veinte y veinticinco años, tiene la misión de sostener y mover el incensario cuando se trata de misas solemnes.

Llama la atención también un hombre de alrededor de cuarenta años que luce en su cabeza algunas canas. Pese a que no tiene una labor tan específica, es, junto con los anteriores, uno de los responsables de retirar las hostias del sagrario y entregar la comunión. No todos los jóvenes pueden hacer esto, ya que algunos permanecen más el altar.

La lectura del Evangelio no recae en uno solo, pero hay jóvenes que cumplen esa misión con mayor frecuencia que el resto. Es el caso de un integrante de esta «orquesta azul» que bordera los dieciocho o veinte años y sobresale por su gran formalidad. Tiene un frondoso cabello castaño oscuro peinado hacia un lado y su postura es siempre de recogimiento: camina con las piernas

buenas puntas con pisos muy cortos. Sus ojos claros miran siempre hacia arriba en cada oración del sacerdote. Él también es uno de los que debe llevar las hostias y el cáliz con el vino al celebrante, así como el paño que utiliza para secar sus manos.

Los jóvenes se sitúan a cada lado del cura, en las sillas especialmente dispuestas para ese momento de la misa durante la lectura del Evangelio. Los mayores son quienes en general ocupan ese lugar.

Los menores casi siempre deben repiquear las campanillas durante la consagración, mientras el sacerdote levanta el pan y el vino.

Cada cierto rato, y en distintas partes de la misa, todos se movilizan en perfecto orden como piezas en un ajedrez. Cambian sus posiciones hacia delante y atrás, entre grupos de a tres. Se mueven alrededor del altar según los tiempos definidos.

A veces la formalidad de la vestimenta del grupo se ve alterada por algunos jóvenes que suben al altar con ropa corriente. Pero los más antiguos o claves dentro del grupo muy rara vez dejan la chaqueta azul. Son los que tienen las tareas de mayor responsabilidad.

Los curules de cada uno de los miembros de Accion Católica presentes en la Eucaristía son casi exclusivas para el sacerdote, y a veces sirven para observar a un compañero o incluso para hablar con el del lado. Se sienten protagonistas del rito en estricto silencio.

Cuando se aproxima el momento de la Eucaristía, los encargados de dar la comunión entran hacia el sagrario y regresan con varios copones llenos de hostias consagradas.

Durante toda la ceremonia sus rostros se ven siempre muy serios, no hay sonrisas, sólo concentración absoluta. Es difícil imaginarlos en otras actividades con más interacción dentro de la parroquia. Más bien parecen buscar la contemplación y la espiritualidad.

Al observar a estos jóvenes, la imaginación vuela en el tiempo hacia el pasado, cuando Jimmy Hamilton, Juan Carlos Cruz, José Andrés Morán, Fernando Baille, Luis Lira y tantos otros que con

habían cantado sus víncenas, estuvieron en ese lugar. Cuando terminaron sus chaquetas. Cuando con ese recogimiento en busca de Dios, con la ayuda de la Virgen María, seguían religiosamente los consejos e instrucciones de su confesor, el sacerdote Karadima. Cuando él, en nombre de Dios, les imponía la penitencia y dominaba sus vidas.

La «orquesta azul» permaneció en El Bosque durante todo el mes de mayo de 2000. Allí estuvo presente en junio para el día del Corpus Christi y la Virgen, principal festividad de la parroquia, aunque ya había pasado dos meses desde que sobrevinieran las denuncias de abusos sexuales que afectan al ex párroco Fernando Karadima.

Después de la intervención de la Pía Unión y de que —en palabras de uno de los cuestionados sacerdotes— se viera obligado a abandonar El Bosque, el panorama era algo distinto. En muchas misas ya no iban los jóvenes asistentes. Aunque no había aún un veredicto final de la justicia ni del tribunal eclesiástico, algo había cambiado.

En la siguiente de conocerse el veredicto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, la «orquesta azul» estuvo ausente.

Capítulo III
EN AMBIENTE DICTATORIAL

ando surgen los primeros recuerdos de Luis Lira Campino sobre la parroquia El Bosque. Fernando Dattle Tachrop, el joven de los denunciantes de Fernando Karadima, no había nacido. Tampoco había llegado al mundo José Andrés Murillo, abogado y ex seminarista jesuita, que nació en 1975. Y James Hamilton y Juan Carlos Cruz apenas entraban al colegio Santiago, a principios de los setenta.

Aunque Luis Lira no presentó denuncia, concurrió voluntariamente a declarar como testigo ante el fiscal Xavier Armendáriz cuando supo que Hamilton y Cruz habían planeado sus crímenes. Por la misma razón, con el objetivo de aportar antecedentes sobre lo que él vio y vivió años antes, accedió a figurar en el programa *Informe Especial* de Televisión Nacional. Fue a raíz de eso que conoció a los demás.

Simpático, abierto y con sentido del humor, pelo largo y calvo, Luchito Lira —como le dicen sus amigos—, hoy de cincuenta y tres años, evoca más la figura de un lappie de los años sesenta que de un ex seminarista formado en El Bosque. Él sabía de la existencia de Fernando Karadima «desde siempre».

La abuela paterna, María Monte, vivía en el barrio, en la manzana de La Uralanzon a una cuadra de la manzana que ocupa la casa colorada y su torreón. Los Lira Campino iban a almorzar los domingos donde la abuela y escuchaban hablar de Karadima, quien por ese entonces era vicario de la parroquia.

Cuenta que el fundador de El Bosque, monseñor Alejandro Rodríguez, había sido «compañero de curso del padre Alberto Montecinos y de mi abuelo».

Hasta séptima preparatoria, Luchito estudió en el colegio San Ignacio, en la avenida El Bosque con Poyuro. Después, sus padres lo trasladaron al Tabancura, adonde entró a séptimo año. Perteneció así a la segunda generación de ese liceo — como se le llama originalmente — ligado al Opus Dei, que partió con enseñanza media en 1970.

El país experimentaba en esa época cambios fundamentales: era el último año de la Presidencia de Eduardo Frei Montalva y en septiembre fue elegido el socialista Salvador Allende, asumió en noviembre. En los colegios particulares se vivían fuertes tensiones, debido a la posición progresista, comprometida con los cambios sociales adoptada por los obispos y la mayor parte de los movimientos católicos.

Aunque la familia de Luis Lira no pertenecía al Opus Dei, tampoco nutría con simpatía a las congregaciones más conocidas de aquellos tiempos. «A mi papá no le gustó la mezcla que hacían los jesuitas de traer alumnos de esos sectores, el estilo "Machuca" que también nutrió el Saint George», comenta Lira.

Llegó así al Tabancura, que se nutrió de alumnos que provenían precisamente del Saint George — donde se generó una división entre los padres de familia —, del San Ignacio, del Verbo Divino y de los Sagrados Corazones de Manquehue.

Su padre, Luis Lira Muñiz, es abogado y corredor de Bolsa, socio principal de la firma Luis Lira y Compañía, fundada por el abuelo Luis Lira Vergara. Y con madre, cuando le iba mal a su papa en la Bolsa, hacía huecos de matrimonios, cuenta el hijo. Él es el cuarto de seis hermanos. La mayor, María Josefina, ingeniera comercial, es hoy la gerente de la corredora de Bolsa.

¹ Se refiere a la película *Machuca*, dirigida por el cineasta Andrés Wood, que muestra el extremo de intolerancia de estudiantes de sectores populares en el colegio Andrés Bello, cuando se niega a tener contacto con los alumnos que pertenecen al Saint George y sus amigos católicos.

«Yo quería ser monje»

Según Luchio Lira, su papa y su familia «son muy monjos. Para ellos Purochet era estúpido. A mi casa llegaba solo *El Mercurio* y antes, *El Diario Ilustrado*, hasta que desapareció. Mis hermanos de información eran absolutamente «seguidos». Pero él no tenía conflicto con sus padres. Si una profunda inquietud religiosa que lo hacía soñar con ser monje, quizás en algún lejano país.

En 1971, cuando cursaba tercero medio, se comenzó a acercarse a El Bosque. Tenía dieciséis años. Iba solo, sin nadie de su curso. «No era un asunto de amigos ni invitaba yo a alguien a la parroquia, sino que me acerqué por mi cuenta. Otros iban del San Ignacio, del Verbo Divino y algunos de Santa Gertrudis».

Cuando egresó del Liceo en 1973, «era una persona muy ignorante de lo que pasaba en el mundo, muy mundano, dín. Aunque afectivamente siempre he sido bastante independiente, muy autónomo», confiesa Lira hoy. En ese tiempo se acercó más a El Bosque. El párroco de la iglesia de El Sagrado Corazón era el padre Daniel Iglesias Beaumont, un cura «muy tradicional, muy callado, no se metía mucho». Fernando Karadima, como vicario parroquial, ya era un hombre fuerte en El Bosque.

Luchio Lira se entusiasma con las charlas de Karadima, con el ambiente de oración que había en la parroquia, con las chiguitas que eran bien bonitas. Y todo eso me atraía.

En paralelo, entró a estudiar Ingeniería en la Universidad de Chile. Estuvo dos días en la facultad de la calle Beauchef, pero no le gustó y se cambió a Decima, en la misma universidad. Recuerda con cierta aprensión el ambiente de fines de los setenta con la universidad intervencionista. «Todo el mundo estudiaba, todos calladitos y nadie levantaba un lápiz, nada. Esa presencia intimidatoria era una cosa espantosa».

Continuaban las dudas sobre lo que quería hacer de su vida. «Me daba cuenta de que no era ni vocación ni la ingeniería ni el diseño. Yo en primera instancia quería ser monje. Me atraía la

espiritualidad, se crecieron hasta el día de hoy y confundí una religiosidad muy fuerte con una vocación sacerdotal».

Fernando Karadima era su confesor y director espiritual desde 1977. «Yo me decía a lo mejor tengo vocación de monje, más que de cura. Y se lo dije a Karadima. Pero él me indicó: «No, andate al Seminario mejor», cuenta Lira.

En esos tiempos en que las vocaciones sacerdotales habían disminuido en forma crítica, para Karadima era importante contribuir a su «producción». Dentro de su lógica, que lo llevó décadas después a la notable cifra de «cien treinta sacerdotes y cinco obispos», de los que se enorgullecía y con los que ostentaba poder, le interesaba más un cura que un monje. Por eso, no suenan extrañas las palabras que recuerda Lira. «Me respondió sin mirarme ni reflexionar, sino que era como un hecho de la causa que no me podía ir a otro lugar sino al Seminario», comenta Lira, quien en ese momento aceptó sin discutir el veredicto de su director espiritual.

Dejó la carrera de Diseño y partió al Seminario Pontificio Mayor, cuyo rector era el sacerdote de Schoenstatt Benjamin Pereira.

Los compañeros obispos

Por esos años, Fernando Karadima mandaba a otros jóvenes al Seminario. Entre sus compañeros había varios de los que décadas después llegaron a ser «los obispos de El Bosque»: Andrés Arteaga, el obispo auxiliar de Santiago, estaba en su curso, lo mismo que el hoy párroco de La Barnechea, Cristóbal Lira. Y entre los mayores, unos cursos más arriba, estaban Juan Barros Madrid, el obispo chileno; Horacio Valenzuela, obispo de Talca; y Juan Delgado, actual párroco de la iglesia María Madre de la Misericordia, en La Delfina. «Él era discriminado por Karadima, porque era gordo, con anteojos», afirma Lira.

Describe al cura como «una persona muy dominante, insistía en la obediencia como una virtud del alma, pero se trata de una obediencia hacia él, pues no toleraba que se le cuestionara,

menos que se le contradijera. Y reitera lo que dejó escrito en su declaración ante el fiscal Armendáriz: «Solo se debía hacer lo que el disponía para no mentir en su pólika».

—¿Cuándo empezaste a captar cosas raras?

—Es que yo era muy ingenuo. Hay crisis que pasaba por alto, que no las ponderaba, así es que no me daba cuenta de nada especial. De manera que cuando empecé a tener problemas con mi vocación, comenzaron las dificultades con el cura. Porque yo le decía que tenía dudas que había cosas que para mí eran importantes y que yo no podía asumir, como era el tema del celibato.

Explica Luchito Lora que según el modo de pensar de Karadima, «yo no podía predicar la pureza sexual si es que no me la podía. Y eso me causaba un conflicto tremendo. ¿Cómo iba a estar predicando algo que ni siquiera yo era capaz de hacer? Y ese fue mi conflicto siempre».

—Te atraían sus predicas. ¿De qué hablaba?

—Fue mucha libia. Hablaba de acercarse a Dios, del padre Hurtado, de la nación, ese tipo de cosas. Pero, visto hoy, no tenía un compromiso social ni mucho menos.

—¿Nunca mostró nada en esa línea?

—No, nunca, jamás. Ni compromiso con los pobres, como ha dicho después Caro. Yo creo que el padre Hurtado en su tarjeta de presentación, pero no debe haber tenido mayor vinculación con él.

El amigo Sergio Rillón

Pero si las dudas sobre los verdaderos alcances de la amistad de Fernando Karadima con el padre Hurtado, no las hay con otros personajes del escenario político-religioso chileno de los años setenta y ochenta. Entre los conspicuos telégrafos y amigos de Karadima, destaca uno que desde el golpe militar tuvo un papel

¹ Entrevista con Luis Antonio Lora y Luchito Lora, ante el fiscal regente, Víctor Armendáriz Sotomayor, 14 de marzo de 2011.

Ya años antes, en el libro *La historia oculta del régimen militar*, los periodistas Ascanio Cavallo, Oscar Sepúlveda y Manuel Salazar attacharon a esa reunión en la cual surgió la idea de levantar un acta de instalación del nuevo gobierno, y el almirante José Toribio Merino le encargó al auditor de la Armada, Rodolfo Viox, que redactara el borrador. El auditor a su vez «traspasó sobre la marcha el encargo al capitán de navío Sergio Rullón».

El texto de una carilla, elaborado directamente en una máquina de escribir por Rullón, incluía los considerandos y un artículo único por el cual «los comandantes en jefe se constituían como Junta para asumir el Mando Supremo de la Nación ("el poder total" fue la instrucción que recibió Rullón), con el compromiso de "restaurar la plenitud, la justicia y la institucionalidad quebrantada"», como se lee en *La historia oculta*.¹

Pero esa tarea del abogado fue solo la primera de una larga lista. Tras el asesinato de Orlando Letelier en Washington en 1976, Sergio Rullón prestó su asesoría al Ministerio de Relaciones Exteriores ante la aguda polémica internacional por los atropellados derechos humanos en Chile.

En la sala del nuncio

Por ese entonces, Sergio Rullón frecuentaba ya la Iglesia El Bosque. Poco tiempo después se convirtió en una pieza fundamental en las relaciones entre la diáspora chilena y el Vaticano. En 1977 llegó a Santiago el nuncio Angelo Sodano, quien estuvo en el país como embajador de la Santa Sede hasta 1987. Fueron diez años clave para generar un cambio en los altos mandos de la jerarquía católica chilena, como lo buscaba el gobierno militar.

Durante ese tiempo, las relaciones entre la Iglesia chilena y el gobierno eran tensas, sin embargo, las que sostiene Sergio Rullón

¹ Ascanio Cavallo, Oscar Sepúlveda, Manuel Salazar, *La historia oculta del régimen militar*, Editorial Sudamericana, 1998. La primera versión de este libro fue publicada durante 1980 en el diario *La Tercera* a través de una serie de reportajes. Los tres autores eran columnistas generales, como periodistas y editores, aunque luego se dedicaron a la

con el nuncio Sodano eran cada vez más estrechas. Un gran logro para el abogado minero en momentos en que la Iglesia Católica, encabezada por el cardenal Raúl Silva Henríquez, era «la voz de los sin voz» y defendía con energía los pisoteados derechos humanos.

Entre las iniciativas que emprendió Rillón estuvo el intento de instaurar el sistema de «patronatos» para la designación de los obispos, esto significaba que las autoridades eclesásticas contaran con el beneplácito del gobierno. Para ella, montó una operación que incluyó un *dossier* de cada uno de los obispos que llevó al Vaticano, como relatan Cavallo, Sepúlveda y Salazar en su libro. Aunque esa «moción» no fructificó, y poco a poco las designaciones episcopales fueron cambiando el perfil de la jerarquía chilena.

Angelo Sodano y Sergio Rillón solían reunirse con Fernando Karadima en la parroquia de El Bosque. Con el correr de los años, la presencia de Sodano fue tan constante, que sacerdotes y jóvenes de la Acción Católica conocían una de las habitaciones del lugar como «la salita del nuncio», precisamente porque allí recibía Karadima al representante del Papa.

James Hamilton, quien había llegado a El Bosque en 1980 y fue uno de los más cercanos a Karadima durante veinte años, fue testigo directo de esos encuentros. En más de una conversación, cuando hablamos del ambiente que se vivía y de figuras públicas que tenían nexos con el cuestionado sacerdote, el médico recordó a Rillón y al nuncio.

«Karadima era ultrapinochista. Era amigo de Sergio Rillón, de Rodrigo Serrano, que había sido de Edduza. Rillón se juntaba con Karadima y con el nuncio Angelo Sodano e iban definiendo que obispos iban a ser los nuevos obispos de la Iglesia chilena. Ese nivel de influencia tenía», sostiene el médico.

—¿Le consta eso?

—Me consta y de hecho había una salita dentro de la parroquia que la llamábamos la «salita del nuncio». Hasta ahí llegaba Angelo Sodano a conversar con Karadima, quien le iba diciendo

los aprehendidos de ciertos sacerdotes para que no fueran nombrados obispos. Lo principal que hacía él era vetar personas.

Según Hamilton, durante todo el tiempo que Sodano fue nuncio existieron esas reuniones. «Por algo llamábamos así a la salita, la la que está al lado de la capilla de dentro, en la casa parroquial. En ese mismo lugar Andrés Arteaga y todo el resto de los curas nos agarraban a nosotros para decirnos que estábamos con "la mafia" y con el demonio, porque el padre alegaba que ya no rezábamos, que estábamos alejados», agrega.

Cuentos de reyes

En 1980 apareció por la parroquia de El Bosque Juan Carlos Cruz Chellev, un joven de dieciséis años, cuyo padre acababa de morir. Era el mayor de los tres hijos del economista Roberto Cruz Serrano, quien se casó con Lorraine Chellev Vergara, ambos de veintidós años. Tuvierón tres hijos: Juan Carlos, Felipe y Roberto. Y en tiempos de la Unidad Popular se fueron a vivir a España.

Desde España, los Cruz Chellev viajaron por toda Europa y después, ya en el régimen de Augusto Pinochet, el padre se vino de representante de lo que era en ese momento el Banco de Vizcaya —antes era el actual Banco Bilbao Vizcaya Argentaria, BBVA—, a abrir el banco en Argentina y Chile. ayudado un poco por el gobierno de la época, en tiempos del boom económico, en 1978.

Los tres hijos volvieron al colegio Saint George, donde Juan Carlos había cursado kinder y primero medio. Al regreso, en el establecimiento particular intervenido —aunque ya estaba Hugo Morales de rector, no el capitán de la FACH— recuerda que «teníamos que hacer los actos cívicos a cada rato. Pero en ese tiempo, por influencia de mi casa, creía que Pinochet era la salvación de Chile. Mi familia es muy conservadora, muy de derecha», cuenta Juan Carlos. «Después, por mis propios medios me di cuenta de que no era así y fui antiPinochet y todo lo que representa», señala.

Periodista y hoy director de comunicaciones de la empresa Manpower, Juan Carlos Cruz vive en Milwaukee, sede de la compañía, pero ha estado viniendo a Chile periódicamente en los últimos meses. En estas visitas tuvimos varias oportunidades para conversar en profundidad sobre lo vivido por él en la parroquia de El Bosque y sobre ese submundo del que formó parte. Recuerda también haber visto a esos influyentes amistades de Karadima: «Cuando iban a cambiar al cardenal Raúl Silva Henríquez, estaba toda la pelea porque Pinochet quería un arzobispo nuncio. Por esos días, se muchó a Rilloa por El Bosque y se rumoreaba también que Rodrigo Serrano quería ser el embajador en el Vaticano», señala Cruz. «Por esa época, tenían mucho contacto con Sodano. El nuncio se confesaba con el padre Daniel Iglesias, que era el párroco anterior a Karadima».

Juan Carlos Cruz recuerda a Rodrigo Serrano Bombal como visitante frecuente. «Era jefe de gabinete del entonces ministro de Justicia Jaime del Valle, quien había sido vicerrector de la Universidad Católica, y después fue ministro de Relaciones Exteriores de Pinochet».

A Serrano —cuenta— le decían «el rey pequeño, porque a Karadima le decían el santo o el rey Tommy Kulgar», el actual obispo de Luján, le decía rey». Y, según Cruz, «se comentaba que “el rey pequeño” tenía unos contactos increíbles en el gobierno, y Karadima gozaba con eso, porque se enfrentaban a cualquier táctica».

Sistema controlador

De profesión psicólogo y licenciado en filosofía, Rodrigo Juan Serrano Bombal tiene sesenta y un años y es secretario general de la Bolsa de Comercio de Santiago. Conoce al padre Fernando Karadima «aproximadamente desde 1980, cuando participaba activamente en la Acción Católica de la parroquia, lo que hice durante unos veinte años», relató ante el fiscal Xavier Armendáriz cuando

lo llamo a declarar en junio de 2010. Durante ese período iba varios días de la semana a misa y los miércoles a las reuniones de la Acción Católica, en las cuales participaban unas ciento veinte personas», agregó.

En muchas oportunidades —dice Serrano en su declaración—, después de la misa, participaba de una cena que tenía lugar con un grupo más reducido del círculo más cercano al padre (unas diez personas). También asistía a estas cenas semanales de la misma parroquia. Los temas tratados variaban, ya que se trataba de reuniones de camaradería.

Confirma Rodrigo Serrano que «parte importante del discurso del padre se enfocaba en la finalidad de obtener vocaciones». Aunque él se aleja de El Bosque —según expresa—, porque «mi intención era conocer otros enfoques pastorales». Añade que «durante todo el periodo en que fui cercano al padre jamás escuché, vi, y ni siquiera sospeché sobre alguna conducta indebida de él. Mis años de experiencia fue muy satisfactoria y enriquecedora en lo espiritual».

Añade a que «el padre tenía un gran ascendiente en su comunidad religiosa, cosa que se reflejaba en su grupo más cercano, ya que gustaba de tener un control sobre ellos». Y agrega: «Quiero decir que aun cuando yo no estaba de acuerdo con su sistema controlador, me parece que es un método legítimo para sus fines de conducir a sus dirigidos a Dios».

Por último —indica Serrano—, «debo decir que todo esto resulta para mí un gran misterio, ya que conozco a los señores Hamilton, Lira y al padre Kast, los cuales me parecen personas razonables, equilibradas y, por cierto, normales, y no puedo explicarme por qué actuarían injusta y arbitrariamente en un tema tan delicado como este».

Diego López González Errázuriz

En 1983, el mismo año de la visita de Juan Pablo II a Chile, el papa argentino Sodano dejó el país para asumir en Roma el cargo de secretario de Estado Vaticano, el más alto cargo después del papa.

La relación de Karadima con Sodano y la proliferación de sacerdotes fueron factores determinantes para afianzar la posición de los jesuitas Karadima en la parroquia de El Bosque y para convencer a los sacerdotes de obispos de la confianza del hoy papa polaco. Cuando Sodano se fue de Chile, pasó a ser el papa de los jesuitas con laianza de Juan Pablo II durante el resto de su pontificado. Los recientes testimonios de víctimas en diversos países del mundo, como la señal en hoc como un personaje decisivo de la política eclesialismo de Roma frente a los abusos sexuales de sacerdotes, son el más claro el ex secretario del Vaticano, apareciendo en el caso de Marcel Maciel en México, como una mujer periodista mexicana Carmen Aristegui en su reciente libro *Maciel. Historia de un criminal*.

Karadima, que al que recibió Karadima de la jerarquía católica en Chile, en diversas situaciones, el solo hecho de que nunca se haya ido de El Bosque desde que se ordenó sacerdotado en 1958, una diferencia notable con el resto de los diocesanos que generalmente son cambiados de destino.

La influencia de Rullón fue paralelamente en aumento en La Moneda durante la dictadura. En 1984 Pinochet le ofreció ser ministro de Interior general de Gobierno, pero ante su negativa pasó al cargo a un joven abogado considerado discípulo de Rullón, Francisco Javier Cuadros, quien después de dejar el cargo fue enviado como embajador al Vaticano y estuvo en Roma hasta el término del régimen militar, entre noviembre de 1985 hasta marzo de 1990.

¹ *Maciel. Historia de un criminal*, Carmen Aristegui, Debate editorial de México.

La oficina de Asuntos Especiales, encargada de las relaciones con la Iglesia que dirige Sergio Rillo, funcionaba a mediados de los ochenta en La Moneda, al lado del Ministerio de la Presidencia, cuyo titular era el general Jorge Ballerín.

Otro de los grandes amigos de Sergio Rillo es Ricardo García Rodríguez, ministro del Interior de Pinochet entre 1985 y 1990, quien desde el inicio de la transición a la democracia en 1990 hasta hoy tiene uno de sus centros de operación en la presidencia de la privada Universidad Mayor.

Después de asumir Patricio Aylwin la Presidencia del país, Augusto Pinochet permaneció como comandante en jefe del Ejército y Sergio Rillo continuó como colaborador del comité asesor de la Comandancia en Jefe, que encabezaba Ballerín.

En agosto de 2000, *La Tercera* señalaba, refiriéndose a Rillo: «Es uno de los conocidos y amigos más cercanos al general (R) Pinochet, quien se ha caracterizado por el trabajo constante de mantener al tanto de la contingencia al senador vitalicio. Cuando este recién se encontraba detenido en Londres, Rillo asistió a las sesiones del Congreso y tomaba apuntes sobre la actividad parlamentaria para después convocarlos a Inglaterra. Tiene acceso "estratégico" a las oficinas de calle Maipo, lugar donde se toman algunas de las importantes decisiones del Ejército».

Muy cercano a Rillo, en la oficina de Asuntos Especiales, era el hoy obispo de San Bernardo Juan Ignacio González Errázuriz, en ese entonces abogado y numerario del Opus Dei, quien llegó en comisión de servicios desde la oficina de personal de Carabineros. Esta vinculación fue revisada en los últimos meses en El Vaticano, tras las críticas de sacerdotes y obispos chilenos que advirtieron lo que podría significar haber nombrado arzobispo de Santiago a alguien que colabore tan estrechamente con el régimen militar y que para es un candidato firme para suceder al cardenal Francisco Javier Errázuriz.

No obstante, tras salir el excomulgado al templo, Fernando Karadima González Cruzuriz fue una de las primeras figuras eclesiales que quiso separar aguas, a través de una declaración aparecida en el diario *La Segunda*: «No se — no se — les reñente. Los testimonios eran verosímiles, creíbles», dijo aludiendo a los acusaciones de James Hamilton, Juan Carlos Cruz, Fernando Batlle y José Andrés Muallo, difundidas en el reportaje de *Informe Especial* de TVN. Algo más diferente a la actitud de su antiguo jefe Sergio Rellón, que en ha denunciado privada y públicamente a Karadima.

Noche está exento de pecar»

En un artículo para el director de *El Mercurio*, de junio de 2010, titulado «Los evangelios», Sergio Rellón escribió al iniciar la defensa del sacerdote: «En los momentos en que la comunidad cristiana se divide por los conflictos y múltiples problemas frente al caso de padre Karadima en la liturgia de la mesa de estos últimos días se convoca a los hermanos, que en lo pertinente, siento necesidad de contar con el apoyo y una acertada mediación».

El papa en su misiva a diferentes citas de los apóstoles, haciendo gala de su amplio conocimiento del Nuevo Testamento: «No juzgaréis, y no os juzgarán; porque os van a juzgar como juzgáis vosotros, y la medida que uséis, la usará con vosotros». «No juzgéis a nadie en el punto que tiene tu hermano en el ojo y no te fijarás en la viga que llevas en el tavor». Tras una larga lista de citas bíblicas, citó el versículo de San Mateo que citó: «Por sus frutos los conoceréis». «Un árbol sano no puede dar frutos malos, así como el dañado dar frutos buenos».

Finalmente, en sus sentencias Sergio Rellón argumentó: «La acusación contra el padre Karadima ha sido injusta, y muy al contrario, precisamente en su capacidad para responder vocaciones sacerdotales, las que se cuentan decenas y decenas ellas ocupan los altares de los santos sacerdotes».

Sin embargo, al tenor de sus palabras, alguna duda debe haber pasado por la cabeza del mismo abogado mientras escribía: «Sea lo que fuere, nadie está exento de pecar. Recuerdese que a San Pedro, Jesús lo increpó: "¡Apartate de mí, Satanas!" por pretender contradecir la voluntad de Dios y que San Pablo, el arquero de Apóstol, sufrió fuertes embates de tentaciones en la carne».

Escondite en el torreón

Ya antes del 11 de septiembre de 1973 Fernando Karadima tenía en su registro algunas bazanas que él consideraba legendarias. «Protegió a Juan Luis Bulnes, uno de los involucrados en el asesinato del general Schneider lo metió en la iglesia, o escondió en el torreón», afirma Juanes Hamilton.

Juan Luis Bulnes Cerda, hermano de Juan Pablo, actual abogado y consigero de Karadima por décadas, efectivamente perteneció al grupo ultraderechista que, con el apoyo del gobierno de Richard Nixon y la CIA, en octubre de 1970 presionó al entonces comandante en jefe del Ejército, René Schneider Chereau.

Dos días después del atentado que costó la vida al general, el fiscal militar Fernando Lyon inició un proceso que culminó con sentencia del juez militar general Orlando Urbina, el 16 de junio de 1972. Urbina condenó a cuarenta y dos personas, entre militares y civiles, encabezadas por el general de Ejército Roberto Vaux Maramba Vaux había sido el cabecilla de la sublevación militar contra el gobierno de Eduardo Frei Montalva en el movimiento conocido como El Estazo.

Algunas de las órdenes de detención por el asesinato de Schneider no pudieron hacerse efectivas porque los reos ni siquiera concurrieron a declarar en el proceso y se fugaron del país. Fue el caso de Juan Luis Bulnes Cerda, condenado a diez años. Pero Bulnes volvió a Chile en 1974 y se le redujo la pena a siete, y al final no la cumplió gracias a la Ley de Amnistía dictada por Pinochet. Junto a él fueron prófugos de la justicia los hermanos Diego

y Pablo, conocido como Mazarandez — quien murió de país en Perú —, integrando el mismo grupo.

El diario electrónico *El Morante* recoge en un reportaje de 2011 la historia resumida del periodista René Schneider Aedo, uno de los que fue asesinado, quien en aquellos días escuchó con asombro el relato del acontecimiento. Recuerda que tras el crimen de ese periodista, los culpables desaparecen y se van de Chile. «No quedaban más en esa etapa fueron ocultados, concretamente Karadima y los otros Karadima».

— El día siguiente le delí escríbele y crea que sería un viaje de trabajo para ir a James Hamilton.

— ¿Y después de que Karadima fue asesinado por un grupo conocido como Patria y Libertad en el cual participó Juan Pablo? ¿Ese grupo fue el que mató? Quizá no desaban la muerte de Schneider pero no mataron. ¿Qué ocurrió? Que Juan Pablo, cuando él se escondió en la iglesia El Bosque y lo protegió Karadima. Después él mismo se encargó de sacarlo al extranjero y lo mató en Paraguarí. Todo es así que Karadima lo iba a ver a Bogotá, pero le hizo una serie de viajes por Latinoamérica, recorriendo diferentes países y llegando al día siguiente a Bogotá.

— ¿Y cómo se fue el asesinato?

— ¿Y cómo se fue el asesinato?

— Bueno, claro, obvio. «Mira cómo yo cuando a Juan Pablo, cuando él me lo contó es que una cosa tan delicada le contó que me iba a ir de su círculo privado».

— ¿Y después de Juan Pablo, también Karadima es muy amigo de alguien como Carlos Cordero...? — le digo a Juan.

— Sí, Carlos de Mazarandez, que es abogado, y es compañero de universidad de la Universidad Católica de Juan Carlos Herrero, casado con María Elena Bulnes que lo invitaban a su fondo en Residencial y también grandes benefactores.

¹ El diario electrónico *El Morante* recoge en un reportaje de 2011 la historia resumida del periodista René Schneider Aedo, uno de los que fue asesinado, quien en aquellos días escuchó con asombro el relato del acontecimiento. Recuerda que tras el crimen de ese periodista, los culpables desaparecen y se van de Chile. «No quedaban más en esa etapa fueron ocultados, concretamente Karadima y los otros Karadima».

Juan Carlos Cruz también recuerda haber escuchado la historia del «caso» de Juan Luis Balnes: «Karadima siempre decía que había escondido a Juan Luis Balnes. Y que los Balnes lo querían mucho, porque le debían mucho».

Militares, médicos y empresarios

Jimmy Hamilton confirma la estrecha relación existente entre Karadima y altos oficiales del Ejército que se venían frecuentemente en El Bosque. «Al que tenía como protector y contacto en la parte militar era a Eduardo Aldunate», dice refiriéndose al general retirado, que fue jefe de la misión en Huti, quien lo destituyó en los primeros días después de las denuncias. «Desde sus tiempos de teniente y capitán, estuvo muy vinculado a Karadima. Y es un gran amigo de Juan Pablo Balnes, el abogado».

«A su vez, Aldunate y Balnes —próximos Hamilton— son muy cercanos a Dominga Jimenez, el gerente de la empresa Coloso, quien también sacó con declaraciones de apoyo estructural. Jimenez está casado con la hermana de Francisco Javier Manterola Covarrubias, sacerdote de la Pío Unión, que fue quien firmó toda esta cuestión de los doctores que firmaron esa carta en la que decían que yo era mayor cuando entré a El Bosque», según Hamilton.

El error de los firmantes de la carta estuvo quizás en no recordar que Jimmy Hamilton —a los diecisiete años— estuvo en Tecnología Médica un año antes de entrar a Medicina, donde estaban ellos. En su momento «hizo juramento» los médicos Guillermo Eduardo Flores Ugge, Antonio Becker Remesuel, Juan Carlos Méndez Nielsen, María del Pilar Covarrubias Ferreira, José Fernando María Narango y Julio Mario Valenzuela.

Asegura Hamilton que uno de sus colegas habló posteriormente con él, avergonzado por lo que había hecho. Y me mostró los e-mails en que Francisco Javier Manterola le pedía disculpas por haberlo engañado, por haber hecho toda esta armadura, después que él lo increpó.

Desde joven, Mantecola ha tenido importantes responsabilidades en la Arquidiócesis de Santiago: fue secretario del cardenal Errázuriz y era el vicario de la zona centro cuando estalló el caso.

Otro militar amigo de toda la vida de Karadima era Santiago Smolkin, quien fue ministro, vicescomandante en jefe del Ejército y secretario general de la Presidencia de Pinochet en dictadura y después senador designado al comienzo de los noventa. «Lo invitaba a comer e iba, para acá o para allá», indica Hamilton.

—¿Ustedes lo venían?

—Sí, todos los domingos que iba a misa a El Bosque, Santiago Smolkin iba a saludar a la sorrista a Karadima.

—¿Era el tiempo en que tenía cargo en el Ejército o en el gobierno de Pinochet?

—Siempre —durante todos esos períodos era íntimo amigo de Karadima.

Enviado de Dios

En un reportaje de la revista *El Periodista*, publicado en junio de 2003, bajo el título «Lo que la Dma escribió sobre Jaime Guzmán», Francisco Martorell revela un informe de la Brigada Puren de la temida Dirección de Inteligencia Nacional, en que alude a Juan Luis Bulnes y a la iglesia El Bosque.

Señala Martorell que el director de la Dma, Marcel Contreras —hoy preso en Puotapenco—, «consciente del peso de Jaime Guzmán en la derecha chilena, no escatimó esfuerzos para seguir sus pasos, intervenir en teléfono, investigar a sus amistades y crear un perfil político de su principal adversario».

Aparecen en ese contexto Juan Luis Bulnes, Allan Leslie Cooper, y los hermanos Izquierdo Menéndez citados en el informe de la Brigada Puren. Primero se refieren a Jaime Guzmán, en el tiempo en que militaba en Patria y Libertad, durante la Unidad Popular: «Si bien es cierto que no estuvo cerca del general Viaux

por su repulsa al nacionalismo, si participó activamente con sus grupos de fanáticos religiosos que estaban en el gremialismo de FEUC, y se reúnen en el departamento de Guzmán, en la iglesia de El Bosque o en las sedes del Opus Dei Juan Luis Bulnes Cevala, Allan Leslie Cooper, los Izquierdo Menéndez, todos estos eran del grupo de Jaime Guzmán.¹

Durante años, el líder del gremialismo vivió en un departamento en la plaza Las Lilas, a dos cuadras de la iglesia colorada, adonde acudía a misa de doce con frecuencia. Esa costumbre lo mantuvo hasta su muerte en 1991.

En El Bosque, Fernando Karadima impuso un discurso conservador en lo religioso, en lo valórico y en lo político. Un espacio a la medida de los sectores conservadores que se sintieron «muertitos» cuando la Iglesia porfiriana salió a las poblaciones y practicaba el compromiso con los pobres y con las víctimas de los derechos humanos.

Según James Hamilton, «era un discurso hecho por Karadima sobre la base de su nueva moralidad. Y esa nueva moralidad señalaba que Pinochet era un hombre enviado de Dios, porque la autoridad estaba puesta por Dios».

—¿Decía eso?

—Claro, permanentemente. Y, además, indicaba claramente que todo lo que había pasado después del golpe y la gente que había muerto eran cosas necesarias. Que el orden establecido era algo más importante, y que si Pinochet era la autoridad establecida por Dios, citaba la frase de Cristo de que «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Y decía, por lo tanto, que había que respetar la autoridad y esa era una buena autoridad.

—¿Eran todos pinocheristas en El Bosque?

—Sí, claro. Eramos de derecha.

—¿Tú venías con esa mentalidad desde tu casa?

¹ El *Corredor* dijo que la Dina escribía sobre Jaime Guzmán, Francisco Martorell, 22 de junio de 2003.

—Todos en mi casa estuvieron de acuerdo con el golpe. Después fueron cambiando un poco las cosas, pero había un manejo de información tal, que nosotros entre los jóvenes en el ambiente en que circulábamos nadie creía que estuvieran torturando ni asesinando personas. Se decía que todo era una maquinación del comunismo y del periodismo de izquierda.

Similar recuerdo tiene Juan Carlos Cruz, quien señala que él ha tenido una «evolución total». Como Jimmy Hamilton, en El Bosque era pinochetista. «Yo vengo de una familia de derecha. Mi mamá se ha puesto más conservadora con los años. Pero mis hermanos han evolucionado. Somos producto de la dictadura. Llegué a El Bosque y obviamente fui monarca recalcitrante en términos de espiritualidad y de política», dice Cruz. Su cambio empezó en el Seminario y continuó en Estados Unidos.

—¿Y en qué momento te divorciaste de esa manera de pensar pro Pinochet? —le pregunto a Jimmy Hamilton.

—En la vida política mi evolución se empezó a dar esencialmente cuando ganó el No, y después cuando se inició el gobierno de Aylwin. Descubrí que los de la Concertación no eran el tipo feo, sino que actuaban en una praxidemocracia con un respeto por la gente que no me había tocado ver. Internamente yo siempre fui un democrata y hasta una especie de socialista educado en la Alianza Francesa, tenía una formación muy universal, muy tolerante. Pero el ambiente social de la época del círculo en que vivía era favorable a Pinochet y en El Bosque se me confirmó que Pinochet era la autoridad. ¿Se en las predicas Karadima lo alababa?

Capítulo IV

EL DEMONIO Y EL SEMINARIO

Cada vez que el seminarista Luis Luis Campos andaba sus dedos sobre el celibato y la incertidumbre respecto de su vocación a su director espiritual Fernando Karadima, el cura le decía: «Son cosas del demonio».

El joven quedaba aterrado.

Plantearse las dudas significaba que el demonio me estaba tentado y confundiendo. Hoy le parece una afirmación sin peso ni fuerza, pero en ese tiempo lo angustiaba y lo sumía en la confusión. «Uno quiere hacer luz en su vida personal y se entrega sin condiciones a una persona para que lo oriente y no entendía cómo podía haber una manifestación demoníaca tan espantosa».

La inquietud sin respuesta continuaba para el joven. Sus sacrificios de ser monje habían quedado atrás, por consejo de Karadima pero en el Seminario no se sentía convencido de su vocación sacerdotal.

Estaba ya en tercer año, en 1981, cuando hubo un retiro. Terminaba la fase de noviciado que son tres años y pasábamos a la etapa de estudios de teología. Y como Dios es grande conmigo, resistí que hizo el padre un padre jesuita, dice Luis Luis.

El sacerdote era Fernando Méndez, el actual rector de la Universidad Alberto Hurtado. Los seminaristas efectuaron los ejercicios de San Ignacio en la sede de los jesuitas, en Calera de Tango. «Una casa antigua colonial preciosa, en un ambiente muy grato, muy campesino, muy agradable. Al empezar el retiro, estaba muy sumamente preocupado porque no podía concentrarme en lo que nos decía el padre Méndez para que meditáramos. La hablaba con él y le explicaba lo que me ocurría».

—¿Que te pasa, tienes algún problema? —le preguntó el rector.

—En realidad sí, padre, tengo dudas sobre mi vocación —le respondió Luis Luca, un tanto cohibido.

—Mira, lo único que tienes que hacer es concentrarte en eso, y a la luz de lo que yo voy diciendo, tu vas a ir discerniendo —le indicó el sacerdote.

Los padres reportaron una nota de optimismo al concluir la semana: «¡Imagínate lo disunto y lo alentador que fue para mi hijo! —comenta.

Luis siguió el consejo del padre Montes. En una primera instancia discernió que no tenía vocación. Pero todavía estaba un tanto dudoso. Por eso, le hizo caso a San Ignacio que dice que en tiempos de confusión no hay que hacer meditaciones. Y siguió en el seminario un año más para hacer la prueba y ver una formación en dirección espiritual y todo desde este punto de vista.

Escarnimento público

El grupo que siguió yendo a El Bosque dos veces a la semana, los miércoles y los domingos, como otros de sus compañeros. Pero cuando le contó a Karimem que había hablado con el padre Montes de haber el hermitaño más espiritual. Nos tenía prohibido hablar con otros sacerdotes. Me dijo que cómo se me ocurría "ir a contarle mis cosas personales a otro cura cuando él era en dirección espiritual y solo tenía que hacerle caso a él. "Yo soy el que decido las cosas, y si no me haces caso a mí, estás endemoniado", me contó. Y me hizo un escarnimento.

—¿En qué consistió?

—Hicimos una reunión a los seminaristas de El Bosque y puse un caso de ejemplo: manifestar que cómo se me ocurría hacer está, desobediendo e ir a contarle cosas personales a otro cura que no tiene nada que meterse.

—¿Ante quienes hizo ese escarnimento?

—Ante todos los seminaristas de El Bosque, compañeros nuevos estaban Andrés Arteaga, Cristóbal Uma, Juan Barros, Horacio Valenzuela, Tommie Kolpatik, Juan Tecornal y Rodrigo Palencia. Algunos estaban un poco más abajo en el Seminario.

—¿Dónde ocurrió, en la misma parroquia?

—Sí, en esa sala grande de El Bosque. Fue espantoso.

—¿Lo sentiste como un juicio?

—Sí... Yo me quise ahí, me puse a llorar, fue una cosa terrible. Y después me invito a almorzar a su casa con su mamá. Y mientras yo sollozaba frente a un plato de no sé qué cosa, ellos dos comían como heliogábales.

—¿Mucho era de venganza por haber sido expuesto ante los demás?

—De impotencia. Me preguntaba angustiado cómo resolver mi problema si el camino que me estaba indicando mi director espiritual y el que yo había optado se contraponían. ¿Qué hacer? Entonces era un callejón sin salida. No tenía opción de discernir si no era buena su dirección espiritual.

—¿Qué sentías tú frente a él en ese momento?

—Mucho respeto, desde luego.

—¿Todavía mucho respeto?

—Sí, mucho respeto.

—¿Y la mamá, como era, además de comer como heliogábalo?

—Era una señora espantosa. Muy dominante, muy arrabista. Nunca me cayó bien, la encontré siempre muy crítica, de mucha sonrisita, y muy tenecona la pobre.

—¿Se metía en la vida de ustedes?

—Sí, claro. Y había que hacerle reverencias. Era una cosa horrible.

Toqueteo revelador

Un año después, cuando estaba en cuarto año del Seminario — en total son siete más el diaconado —, Luis Uma vivió una experiencia

que marcó su punto de quiebre definitivo —aunque no instantáneo— con Karadima. «Me pasó algo bastante extraño que me da vergüenza contártelo, pero ya se lo conté al fiscal y al tribunal eclesiástico. Y fue a partir de eso que se me cayó Karadima.»

Pese a su pudor, relata el episodio. «El asunto es que un día se me ocurrió, por alguna razón que no me explican bien, afeitarme los vellos pubicos. Debe haber sido por el ambiente muy erizado en general que se percibía. Y quede muy confundido: fui donde el padre Karadima y me confesé con él por eso. De una cosa que ni siquiera es pecado. Imagínate, afeitarse... Pero no me dijo nada, absolutamente nada. Solo me indicó que rezara un Ave María».

Eso —recuerda con nitidez Luis Lira— fue a las siete de la tarde en un confesonario de la sacristía de la parroquia. En la noche, el joven se fue a despedir del cura a su pieza, como acostumbraba hacerlo antes de volver al Seminario. «Deben haber sido las diez u once de la noche de un día miércoles o domingo, que era los días que iba».

Lo que ocurrió al entrar en la habitación de Karadima lo tomó totalmente desprevenido: «Resulta que sin decir "agua va", él me metió la mano por el pantalón para adentro, debajo del calzoncillo, y me tocó la zona pública, queriendo corroborar seguramente lo que yo le había contado en confesión. Quizá se habría excitado con eso. Yo no tenía idea de que él fuera homosexual ni me "cayó la teja" en ese momento. No sé por qué razón no me di cuenta aliro. Pero salté como con un elástico para atrás, me despedí y me fui».

Señala que «en ese instante el respeto que tenía por él empezó a decaer. Me preguntaba ¿para qué vengo para acá, para discernir mi vocación o para que me manosee el cura?».

Para Luchio Lira ese episodio fue decisivo. «El poder que tenía sobre mí empezó a desaparecer. Fue revelador. El 82 yo me alejé de Karadima... pero estuve un año de chule entre dimes y diretes hasta salirme de El Bosque en 1983».

—¿Antes del episodio que viviste, no te habían percatado de coquetos por parte de Karadima?

—No, nunca me tocó el tema ni nada. Lo que sí me llamaba la atención es que había gente que se quedaba con él en la pieza por largas horas en la noche.

—¿Quiénes se quedaban más?

—Jorge Álvarez, el médico, es uno de ellos.

—¿El que apareció defendiendo a Karadima al comienzo?

—Sí, el médico que apareció sacándose el pillo. Y esta gente que pensaba yo que estaban en dirección espiritual. Algunos de mis otros compañeros y gente del redil.

—¿Hasta el momento que estoviste, alcanzaste a percibir si tenía algún preferido?

—Sí, claro que tenía preferidos, por supuesto. El presidente de la Acción Católica de entonces, Gonzalo Tocornal, era uno de sus preferidos sin ningún disimulo. Pero no recuerdo haber visto cosas raras de besapicos o coqueteos, aparte de lo que me tocó vivir.

—¿Quiénes otros constituían su séquito más cercano en esos años?

—Entre los superpoderosos, en su séquito de *yes men* en ese tiempo, estaban Sergio Morales Mena, mormono, hermano de Juan Esteban, el actual párroco de El Bosque. Sergio es un año mayor que yo, es casado y tiene una bonita familia. Juan Esteban es mucho menor, debe tener cuarenta y cinco o cuarenta y seis, como la edad de Juan Carlos Cruz y de Jimmy Hamilton. Éran puros hombres, siempre.

Luis Lira menciona también a los Bulnes Cerdas. «Este abogado que lo defiende ahora, y el otro, Juan Luis, que estaba vinculado al caso Schneider. Tiene bastante asidua esa versión que dice que Karadima lo escondió en el campanario. La deuda que tiene la familia Bulnes con él es de por vida.»

Golpecitos y besos «cuneteados»

Francisco Javier Gómez Barreda, publicista, de cuarenta y ocho años, tenía dieciocho en 1980. Su padre sufría una grave enfermedad y se acercó a la parroquia de El Bosque, «pues sentía la necesidad de rezar por él», explicó al fiscal Xavier Armendariz. No se alcanzó a topar en la parroquia con Jimmy Hamilton ni con Juan Carlos Cruz. «Si conocí a Luis Lora, una muy buena persona, pero lo dejé de ver al salir de El Bosque y nunca más hasta hoy hemos hablado».

A Gómez nadie lo invitó ni lo presentó en la parroquia. Asistió a una reunión un día miércoles, en la que había unos ciento cincuenta jóvenes. Fernando Karadima presidió el encuentro. «Recuerdo que estando yo al final del recinto, de que el padre Karadima me hizo un gesto para que lo esperara después de la reunión. Al terminar nos juntamos y me preguntó quién era y quien me había invitado. Le respondí y me señaló que quería que yo fuera de su grupo y que empezara a venir a la parroquia», relata en el documento firmado ante el fiscal.

Incluso le dijo que volvería el sábado. «Al poco tiempo —continúa Gómez en su testimonio—, me pidió que yo fuera su secretario, lo que acepté, aunque lo cierto es que nunca tuve tareas concretas en esa calidad, fue solo como darme un cargo o un título».

Señala Francisco Javier Gómez en su declaración que como al mes y medio de estar asistiendo a la parroquia se empezó a dar cuenta de que «había algo como inconsistente en el padre Karadima». Él lo ilustra así: «Por una parte, se mostraba en las reuniones públicas como un fiel seguidor de Dios y, ya más en privado, en su grupo más cercano, hacía burlas de alguno de los jóvenes o personas que asistían al recinto». «Decía cosas hirientes —cuenta— y además tenía una franca competencia con el párroco de la época, el padre Daniel Iglesias y con los demás sacerdotes».

¹ Declaración de Francisco Javier Gómez Barreda, de cuarenta y ocho años, en marzo de 1982, ante el fiscal Xavier Armendariz, Santiago. El 19 de mayo de 1982.

Definía a Karadima como "magmático", muy influente en las personas y señala que «trataba de que la gente lo siguiera solo a él». Continúa que el sacerdote «trataba de controlar todos los aspectos de la vida de las personas y siempre estaba enterado de lo que hacía cada cual». Y que de los apuros al grupo o de quienes estaban en contradicción con «el decia que estaban con el diablo o que tenían el diablo en el cuerpo».

Su labor sacerdotal, según Francisco Javier Gómez, «no era ni muy organizada ni profunda y recuerdo que cuando le comenté que quería explorar su vocación lo integro con otras tres personas que estaban con la misma inquietud, pero que «no hacían nada especial».

De todo lo visto y vivido en El Bosque, lo que más me desconcertaba era su actitud física: «amata». Era la costumbre habitual de dar golpecitos en la zona genital como a la paxada, pero solo en esa zona; eso lo vi muchas veces, era corriente y también lo hacía conmigo. No recuerdo que me haya tocado el hombre, se iba a esa parte del cuerpo y también daba besos en la cara muy cerca de la boca, había que correrse la, y a veces los besos quedaban "en retendos"».

«Algunos de los jóvenes — relata Gómez — eran como expertos en esquivar la situación, como Horacio Valenzuela, el obispo de Talca, que era nuestro. Sin embargo, de esto no se hablaba formalmente, aunque, obvio, todos los veíamos», agrega.

Debilidad por un ombligo

En una entrevista en *El Mercurio* que apareció dos días después de que el arzobispo Ezzati diera a conocer el fallo del Vaticano, Francisco Javier Gómez amplió su relato. Cuenta que, poco después de estar en El Bosque, se dio cuenta de que «los carnosos de él no eran de padre ni tampoco de tata. Si te daba un beso no era en

¹ El Mercurio, 14 de febrero de 2011. «El magmático», la primera persona que Karadima «seguía» era el sacerdote de Madrid por el que el obispo de Talca se había interesado.

la mano o aquí [muestra la mejilla], sino por aquí [muestra la comisura de la boca]. Y había que correrse, porque si no te pintaba un beso en la boca».

—Y estando todos presentes? —le preguntaron los periodistas Pauli Córdova y Cristian Rodríguez.

—Sí... sí. Cuando se despedía siempre se acercaba mucho. Empezaba a hablarme en secreto: «Ya mi hijito, cándese, mace» y ahí empezaba a correr la cara. Esto iba acompañado con que metía los dedos en el cinturón, por dentro del pantalón y muchas veces los metía bien alto. Y corregía cuando le quedaban los dedos por fuera del calzoncillo, los sacaba un poco y los volvía a meter.

Contó también Gómez en esa entrevista que le llamaba la atención que ese tipo de cosas no causaran extrañeza en los otros jóvenes: «Ya pasados los cuatro meses, tenía claro que había un tema de desviaciones de él y me seguí preguntando, hasta el día en que me fui, por qué los demás no hacían nada, por qué nadie miraba raro».

¿Nunca lo comentó? —le preguntaron los periodistas.

—Nunca. Dentro de la gente que había, los que eran rega-lones permanentes de Kardina, había uno de una familia muy importante, cuyo hermano era seminarista. Kardina tenía una debilidad por el ombligo de él y «era una cosa vergonzosa». Le pedía que le mostrara el ombligo y él otra se lo tocaba. Los demás se reían. Pero esto no era de repente. Era siempre. Si no, agarraba un palo o una antena y le abría con eso la camisa, y todos muertos de la risa.

«Pero lo que definitivamente me colmó» —dice Francisco Javier Gómez en su declaración en la fiscalía— «ocurrió un fin de semana, en marzo de 1982, después de que fue a la casa de una niña de El Bosque y se estuvieron bañando en la piscina. Algo totalmente inocente, e incluso rozamos el roscón. Cuando Kardina se enteró, tuvo una actitud muy brusca, me tomó del brazo y me dijo que me tenía que alejar de esa niña, que ella tenía al diablo adentro». Ante esa situación, de ahí que esto temblaba un

riendo que me me gustaba y me fui del recinto. Lo dejé hablando solo. Ya no valgo.

Cuenta Francisco Javier Gómez que la gente que había conocido en El Bosque lo dejó de saludar. Pero la cosa no terminó ahí. Un par de semanas después, Karadima fue a la Catedral, donde trabajaba su mamá, y habló con ella. «Le dijo que se me había metido el demonio».

• *Practica de laboratorio*

En octubre de 1979, poco antes de que Francisco Javier Gómez Iglesias a la parroquia El Bosque, se acercó también Juan Luis Edwards Viqueo, en ese entonces un joven de dieciséis años.

Ingeniero y músico, Edwards compareció también ante el fiscal Armendáriz a quien explicó: "Empecé a acercarme, porque era una charla dada por Karolína y me gustó su discurso espiritual, como que me deslumbró".

Juan Luis Edwards fue a la parroquia durante cinco años, aunque asegura que nunca fue del círculo más íntimo. Sin embargo, el cura le detectó vocación: «Karolina es muy posesivo y muy petisismo en su discurso, al poco tiempo me dijo que yo debía ser sacerdote, lo cual me trajo grandes conflictos personales, pues él era en ese entonces la religión católica era para mí muy importante, pero al mismo tiempo, no me sentía para nada capaz de asumir el sacerdocio, no sentía vocación de celibato, por lo que me sentía no obedeciendo o no siguiendo a Dios», dijo ante el fiscal.

Ante la consulta sobre «actitudes impropias», señaló que no era mucho lo que podía decir, pero recordo que sumas tres veces, conversando con él, como a la pasada, me tocó el trasero, lo que me hacía reaccionar de inmediato con rechazo, lo cual pasó dentro del claustro de los sacerdotes.

The Journal of Law, Economics, & Organization, V16 N1
 Copyright © 2000 by Oxford University Press
 Printed in the United States of America
 All rights reserved.

1. The first two items are the same as in the first list. The third item is a new one, and the fourth item is a new one. The fifth item is a new one, and the sixth item is a new one. The seventh item is a new one, and the eighth item is a new one. The ninth item is a new one, and the tenth item is a new one. The eleventh item is a new one, and the twelfth item is a new one. The thirteenth item is a new one, and the fourteenth item is a new one. The fifteenth item is a new one, and the sixteenth item is a new one. The seventeenth item is a new one, and the eighteenth item is a new one. The nineteenth item is a new one, and the twentieth item is a new one. The twenty-first item is a new one, and the twenty-second item is a new one. The twenty-third item is a new one, and the twenty-fourth item is a new one. The twenty-fifth item is a new one, and the twenty-sixth item is a new one. The twenty-seventh item is a new one, and the twenty-eighth item is a new one. The twenty-ninth item is a new one, and the thirtieth item is a new one. The thirty-first item is a new one, and the thirty-second item is a new one. The thirty-third item is a new one, and the thirty-fourth item is a new one. The thirty-fifth item is a new one, and the thirty-sixth item is a new one. The thirty-seventh item is a new one, and the thirty-eighth item is a new one. The thirty-ninth item is a new one, and the fortieth item is a new one. The forty-first item is a new one, and the forty-second item is a new one. The forty-third item is a new one, and the forty-fourth item is a new one. The forty-fifth item is a new one, and the forty-sixth item is a new one. The forty-seventh item is a new one, and the forty-eighth item is a new one. The forty-ninth item is a new one, and the fiftieth item is a new one. The fifty-first item is a new one, and the fifty-second item is a new one. The fifty-third item is a new one, and the fifty-fourth item is a new one. The fifty-fifth item is a new one, and the fifty-sixth item is a new one. The fifty-seventh item is a new one, and the fifty-eighth item is a new one. The fifty-ninth item is a new one, and the sixtieth item is a new one. The sixty-first item is a new one, and the sixty-second item is a new one. The sixty-third item is a new one, and the sixty-fourth item is a new one. The sixty-fifth item is a new one, and the sixty-sixth item is a new one. The sixty-seventh item is a new one, and the sixty-eighth item is a new one. The sixty-ninth item is a new one, and the seventieth item is a new one. The seventy-first item is a new one, and the seventy-second item is a new one. The seventy-third item is a new one, and the seventy-fourth item is a new one. The seventy-fifth item is a new one, and the seventy-sixth item is a new one. The seventy-seventh item is a new one, and the seventy-eighth item is a new one. The seventy-ninth item is a new one, and the eightieth item is a new one. The eighty-first item is a new one, and the eighty-second item is a new one. The eighty-third item is a new one, and the eighty-fourth item is a new one. The eighty-fifth item is a new one, and the eighty-sixth item is a new one. The eighty-seventh item is a new one, and the eighty-eighth item is a new one. The eighty-ninth item is a new one, and the ninetieth item is a new one. The ninety-first item is a new one, and the ninety-second item is a new one. The ninety-third item is a new one, and the ninety-fourth item is a new one. The ninety-fifth item is a new one, and the ninety-sixth item is a new one. The ninety-seventh item is a new one, and the ninety-eighth item is a new one. The ninety-ninth item is a new one, and the hundredth item is a new one.

Edwards agrega en su declaración: «Lo que si tengo memoria es que alrededor de 1982 le bajó la costumbre de dar golpecitos en la zona genital a los jóvenes de su entorno más cercano; recordando que me lo haya hecho a mí, además, como dije, yo jamás fui de los que tema más cercana, pero si lo hacía y ello sucedía con frecuencia, con Guillermo Ovalle».

Y tal vez en he lo curioso: Incluso esto era tan frecuente que recordo haberme puesto de pantalla entre Karadima y señoras que pedían por la sacristía, para que estas no se percataran y esquivaran de los gestos de Karadima hacia los jóvenes.

Juan Luis Edwards se alejó de El Bosque en 1984, según confiesa en su declaración, pese a las insistencias de Karadima sobre su supuesta vocación sacerdotal.

Una carta a la basura

Unos días después de dejar la parroquia, Francisco Javier Gómez Barrmiller se sintió muy confundido. En ese estado, llamó al sacerdote José Miguel Urrutia Langlois, el primer sacerdote chileno del Opus Dei, que según indicó Gómez en *El Mercurio*, es primo de su madre. Le contó todo lo que había vivido y le pidió consejo.

— ¿Le pedíste denunciarlo? — preguntaron los periodistas.

— Me dijo que no solviera. Me preguntó si tema cercana alguna persona con que tuviera parroquia, le nombré uno, y me pidió el apostolado ligado a esa parroquia».

Un tiempo después de dejar de participar en El Bosque, a finales de 1982 Francisco Javier Gómez se trasladó a vivir a Conchalí. Y en 1984, en un viaje a Santiago, supo por una hermana que un grupo de personas, entre los que estaba Juan Luis Edwards, quería advertir lo que estaba sucediendo con Karadima al entonces cardenal arzobispo de Santiago, Francisco Fresno. Lo persuadió, firmó y aceptó.

Se trata de un hecho muy genérico que decía que había una conducta sospechosa, pero sin nombres ni detalles, señala Gómez. «La

titulé y lo curioso es que sabe su destino, pues un amigo mío de Concepción, periodista que se fue al poco tiempo a trabajar con Fresno, arrugado, a pedido mío, que Fresno rompió la carta y la tiró a la basura».

El secretario del arzobispo Fresno era, desde 1983, el actual obispo castrense Juan Barros Madrid, uno de los más cercanos pupilos de Fernando Karadima. Él se había preocupado personalmente de situar a Barros Madrid en esa posición desde el comienzo del mandato de Fresno, incluso antes de que fuera ordenado sacerdote. El obispo Barros, que ha dicho en todos los tonos que jamás vio nada extraño en El Bosque y nada tiene que ocultar, podría tener una explicación sobre el destino de esa carta.

«Oye, anda al Bosque»

Las Lira alcanzó a conocer en El Bosque a Juan Carlos Cruz. La muerte del padre de Cruz había sido un impacto brutal para él y toda su familia. «A mi papá le vino un cáncer, un melanoma, y se murió a los treinta y nueve años, en 1980». Juan Carlos recuerda esta etapa con profundo dolor. «Cuando murió mi papá me sentía muy, muy solo», dice bajando el tono de la voz. «Mi mamá se quedó tremendamente desvalida, incluso físicamente. Ella fue criada como una princesa para ser una buena dueña de casa, y se quedó con estos tres niños, sin mucha plata, porque fue justo en la época de la recesión de los ochenta».

Roberto Cruz tenía negocios en España, pero como se murió muy rápido no tuvo ningún minuto para dejar las cosas arregladas, relata su hijo. «Mi mamá estaba profundamente triste, muy deprimida y yo buscaba a alguien que me pudiera apoyar».

Como muchos de los jóvenes que llegaron hasta El Bosque, Juan Carlos Cruz desde niño había pensado en ser sacerdote. «Pasaba metido ayudando a los pobres y cuando mis hermanos iban

¹ Toda información de *El Mercurio* del 19 de febrero de 2018, donde se le preguntó a la periodista Tina Pabell, que estaba en El Bosque por el caso Barros Madrid, si ella podía

a jugar fútbol los sábados, yo visitaba las poblaciones para ayudar y eso me llenaba el alma.»

Los Cruz Chelley vivían en la calle La Pastora, en el barrio El Golf, detrás de la Municipalidad de Las Condes. «Ahora es un banco, creo. Me fascinaba todo eso, y el Saint George, adonde volví, a pesar de que hubiera estado interviniendo, mantuvo un sentido de solidaridad social que para mí era fundamental.»

Juan Carlos Cruz «probó» con todos los movimientos religiosos que captaban a los estudiantes de su círculo. «Fui al Cípus Dei, pero no le di una oportunidad. Tena amigos del colegio Tabancura que me invitaron a alguna reunión, pero después les dije que no, iba a retiro a Schenstatt con el colegio, porque nos prestaban el santuario de La Florida. Me gustaba mucho esa espiritualidad, pero tampoco funcionó. No sabía por donde buscar, porque todo esto lo hacía solo y me sentía muy desvalido.»

Hasta que en estas búsquedas solitarias, cuando tenía dieciséis años, alguien le dijo un día: «Oye, anda a El Bosque». Me contaron que estaba llena de jóvenes, y que había un cura súper «choro» que hablaba muy bien y que era santo. Y fui.

Un miércoles, a las siete de la tarde, llegué a la parroquia de El Bosque.

—¿Qué pasó allí?

—Me «conejearon» alíto. «Conejear» significa que te hablan y te engrupan para que uno se meta.

—¿Le dicen así?

—Sí, claro. «Conejate a este o a este otro.» En El Bosque está lleno de denominaciones.

—¿Esa ocurría dentro de la parroquia?

—Sí, adentro. Yo llegué a la reunión de los seminaristas y de otros jóvenes de la Acción Católica cercanos al padre. Me «conejearon» y yo me dejé, porque me hablaban de este «santo» que me iba a encantar.

Ese día lo recibió un joven, ahora sacerdote, Antonio Fuenzalida. Era del Tabancura, pero renegaba de su colegio y me decía

que hasta que llegó a El Bosque no había sido feliz. Me "comentó" e me habló maravillas del santo padre Fernando.

A su vez, Juan Carlos Cruz llevó a tres amigos del colegio Saint George, Jaime de la Barra, Germán Domero y Alejandro Foster Tapia, el hijo del ex ministro de Hacienda. Ellos fueron dos veces y dejaron "mucha" masa, cuenta Cruz. Al final, él se quedó solo y sus amigos salieron corriendo, así es que hasta hoy no felicitó por la suerte que tuvieron.

«No le digas a nadie»

Después de un tiempo Juan Carlos Cruz se atrevió a acercarse a Karadima:

— Oiga, padre, me gustaría hablar con usted, siento que tengo vocación — le dijo con timidez el joven.

— Pshh, no le digas a nadie, quedate callado — respondió el sacerdote, haciendo un gesto con el dedo sobre los labios.

Pasó un tiempo, en que Juan Carlos sentía que el cura no lo escuchaba. «Me iba del colegio con mi corbata azul con amarillo del Saint George y me paraba a esperar. Él me decía "puedes venir tal día a las cuatro". Yo iba y no me atendía. Y volví varias veces hasta que un día me recibió.»

En esa primera conversación, el joven le explicó a Karadima que había muerto su papa, que siempre había tenido vocación y que quería ser sacerdote. «Estaba impresionado con que este santo me hablara», cuenta.

— Me han dicho que usted como que se encarga de eso — le señaló Cruz con ingenuidad.

— Sí, tú tienes vocación, pero quedate muy calladito, y no le digas a nadie y menos a los curas de tu colegio — respondió Karadima.

Por esos días, no eran muchos «los curas del colegio» a los que Juan Carlos Cruz podía contar su historia, porque el Saint George había sido el único establecimiento particular interviniendo

tras el golpe militar. Y recién en ese tiempo el gobierno lo había devuelto al Arzobispado de Santiago, pero solo habían regresado uno o dos sacerdotes de la Congregación Santa Cruz (Holy Cross). Quizás esa ausencia de religiosos en su propio colegio lo hizo ir a buscar en otros lados el apoyo que necesitaba.

Seguendo su manual, Fernando Karadima fue categórico con Juan Carlos, como lo había sido unos años antes con El niño Lita.

— De ahora en adelante te confiesis nada más que conmigo. Yo soy tu director espiritual, tú tienes que ser obediente, porque la obediencia es clave y si el diablo se mete lo primero que rompe es la obediencia. Si yo veo algo blanco, tiene que ser blanco, aun que tu lo veas negro —sentenció el cura, según recuerda Cruz.

— Sí, padre — respondía sumiso el muchacho.

Hoy, treinta años después del inicio de la pesadilla que lo acompañó durante su vida, Juan Carlos Cruz levanta la vista. Mira de frente con sus ojos claros y contentos. Y eso lo ha dicho públicamente, cuando habla de la obediencia al director espiritual. A veces esto se lo ha achacado al padre Hurtado. Yo dudé de que el padre Hurtado tuviera el mismo concepto de obediencia. Pero en ese momento le respondí: "bueno padre, si no se preocupa". Sabí casi conlandia. Que este padre santo quisiera ser mi director espiritual, no podía ser mejor. Y me metí para ir a las reuniones desde el día siguiente.

De puro contento, Juan Carlos no se aguantó y se contó a algunos amigos más cercanos que el Señor me llamaba para ser sacerdote. Me dediqué a explicar por el colegio todo lo que aprendía en El Bosque. Lo que decía el padre Fernando era la verdad absoluta y en mi mente se forjó lo que todos los demás «secretarios» me habían dicho. El Bosque y la fidelidad al padre Fernando eran la única y mejor ruta para encontrar la santidad y que los movimientos y demás comunidades estaban llenos de problemas, y no entendían la forma tan simple de ser santo.

Recuerda que a Karadima no le gustaba que le dijeran de que colegio eran ni que participaran en actividades organizadas por

los sacerdotes de los respectivos establecimientos. «Yo, sin embargo, me llevaba muy bien con los sacerdotes de la Holy Cross y los docentes de mi colegio, así es que siempre seguí siendo amigo de ellos. Muchas veces, claro, no estaba para nada de acuerdo en cómo ellos hacían las cosas, pero lo dejaba pasar aunque en mi interior los molestaba y me daba pena que "el diablo los incitase hacer tantas cosas equivocadas", como me aseguraba Karadima», señala Juan Carlos Cruz.

Sus amigos del San Ignacio —dice— «no podían darle ningún crédito a los jesuitas, mis amigos del Talmontá, ningún crédito al Opus Dei; mis amigos del Verbo Divino, ningún crédito a los padres del Verbo Divino». Según Karadima, «había que temer a los Legionarios, que estaban organizando su movimiento en Chile». Los Legionarios de Cristo habían abierto su casa cerca de la parroquia y eso le molestó mucho.

El grupo de «los zapatitos»

Fernando Karadima tenía en ese tiempo cincuenta años. Cruz lo recuerda como «muy dinámico, carismático, rodeado de tipos buena pinta, altos y bien vestidos».

Empezó a ser su director espiritual y el joven trataba de confesarse una vez a la semana con él. Nos mencionó a un grupo secreto que se llamaba «los zapatitos». Es otro de los tantos términos de la jerga interna que usaban en El Bosque. Venía del dicho popular «donde te aprieta el zapato».

Karadima decía: «Te aprieta el zapato o algo así y significa que tienes vocación. El nombre. Eso era entonces "el grupo de los zapatitos", éramos los que podríamos entrar al Seminario, pero que estábamos como en barbecho», recuerda Juan Carlos.

—¿Qué hacían?

—Nos juntábamos con él y decíamos «ver el grupo zapatitos», y entrábamos a una reunión privada. Hablábamos de espiritualidad, no solamente con él, sino entre nosotros. Leíamos algún libro,

algún texto, parte del Evangelio. Y todo en relación con que había que entregarse y ser fiel al director espiritual.

— Hoy Juan Carlos Cruz ve esas conversaciones como un constante lavado de cerebro: se trataba de endosarlo a él, de reconocer que era el dueño de nuestra voluntad, porque Dios así lo quería y que Karadima tenía absoluto poder sobre nosotros, porque si no éramos desobedientes. Y eso era signo de que el diablo se te había metido.

— ¿El diablo era un personaje siempre presente?

— Totalmente. Karadima se agarraba mucho de ese pasaje que creo es de una carta de San Pedro que dice que el diablo como leon rugiente anda buscando a quien devorar.

— ¿Que horror.

— Si yo veía a Satanás, como estando en mi cama. Entonces, ante cualquier mal pensamiento o cualquier falta que uno como adolescente cometiera, sentía que me iba a condenar.

Besos para Carlitos

Se pasó mucho tiempo y Juan Carlos Cruz empezó a recibir los primeros «toqueos» por parte de Karadima. «Tenía como unos siete años y me hacía así: "Hola, m'hijito" [dice mostrando el gesto de tocar la zona de los genitales]. O te pegaba ahí y todas se iban».

— ¿Ese era un saludo público dentro del círculo restringido?

— Sí. Y después empezaban también los besos. Me pedía «dévgame de ti». Y cuando le iba a dar un beso en la cara, porque él me decía que él era mi papá, me corría la cara. Como se acababa de morir mi padre, él me decía «no te preocupes, tú ya tienes papá. Yo soy tu papá». Me llamaba «Carlitos», lo que a mí me daba una rabia tremenda. El cura me cambió el nombre. Me dijo siempre «Carlitos». Y delante de todos me llamaba «Carlitos ven, también es tu papá». Yo le respondía: «Usted, padre», y todos se reían. «Que amorosos comentaban. Era amor».

Juan Carlos recuerda haber sido objeto de un trato especial por parte de Fernando Karadima desde fines de 1980 o principios de 1981. «La primera vez que me toqueteó era tal vez para ver cómo reaccionaba, como prueba».

—¿A ti solo o a varios?

A varios y públicamente. Así como decía mi hijo: «o sación mi hijo». De repente, te daban vueltas y te pegaba como para que uno reaccionara y uno quedaba sorprendido, pero como los demás se reían, te envolvía el ambiente.

Un rito especial donde podía ocurrir de todo era la confesión. No solo les administraba este «sacramento» en el confesionario. En El Bosque, Karadima confesaba a sus seguidores en cualquier parte que él determinara. «Tu la pieza si estabas solo con él o en algún otro lugar. Por ejemplo, si estaban todos comiendo y te ibas a un rincón con él, te confesaba ahí, a vista y paciencia de los otros. Pero, normalmente, cuando están solo era cuando te toqueteaba. Él se acostaba en la cama, uno se arrodillaba al lado y él te ponía la cabeza en su pecho y tú hablabas con él».

—¿Acostado él en la cama y con la cabeza para saber su pecho?

—Sí. Y de repente te toqueteaba y te decía «patate». A mí no me manoseó como manoseó a Jimmy Hamilton, por lo que él me ha contado. Nunca me hizo el cuere. Me toqueteaba por fuera para que yo me excitara. Y me daba una vergüenza horrible, pero ahora sé que a los diecisiete, dieciocho o diecinueve años los chaquillos son unos tontos y cualquier cosa los excita. Y me decía: «¿Qué tienes ahí, Carlitos, pero qué es eso?», como riéndose. Después me invitaba: «Acércate». Y me tomaba la cara para que le diera un beso. Yo trataba de darle un beso en la mejilla para que fuera menos desagradable y me decía: «No, acércate, saca la lengua». Y yo tenía que sacar la lengua y él la tocaba. Yo quedaba paralizado.

Señala Juan Carlos Cruz que sentía horror y una culpa espantosa. «Pero no sé cómo explicar que, por otro lado, no consideraba un sacro. Entonces yo mismo me menta y decía "esto no pasó". Era una cosa tan rara, tan espantosa, que me cuesta hasta explicarlos

Y me da rabia conmigo mismo. Porque en el primer momento debí haberle pegado una patada en los tras y salir corriendo, pero no lo hacía. Me paralizaba. Y reaccionaba a sus tropiezos. Eso era lo más horrible.»

Tensión familiar

Juan Carlos Cruz vivió una tensa relación con su madre, como consecuencia de los «consejos» de su director espiritual, Karadima, quien inducía el distanciamiento de los jóvenes con sus familias. «Yo me rebelaba en contra de todo lo que me dijese mi mamá o mi familia y me alejaba cada vez más de ellos. Karadima me hacía mentir, decirle adúltera a mi mamá y más temía como héroes si los papás nos castigaban o no nos hablaban. Si te echaban de la casa, era el triunfo máximo. Era como que a propósito me hacía pelear con mi familia para quedarse conmigo.»

Admite que era una situación muy extraña, porque alorteó a su familia, sin embargo me peleaba más que nunca con mi mamá y mis hermanos. Ahora miro hacia atrás y no entiendo cómo me aguantaban. Era como que de verdad quería que me echaran de la casa. El asco que sentía hacia mí por permitir toda esta situación con Karadima me hacía inconscientemente encontrar formas para que ellos me odiaran y finalmente se deshicieran de mí.

Tan angustiada estaba Lorraine Chellew, la madre de Juan Carlos, con El Bosque y Karadima, que llamó al cura por teléfono y le pidió hora para hablar con él. «Él me dijo, Juan Carlos, tu mamá va a venir a hablar conmigo mañana». Me quedé helada, porque mi mamá nunca hacía ese tipo de cosas sin decirme. Sin embargo ella estaba tan preocupada que lo llamó, y acordaron verse al día siguiente.»

Por sugerencia del cura, Juan Carlos no fue ese día a clases y llegó a la parroquia temprano. «Me pedía que me mantuyese escondido por si mi mamá llegaba antes de tiempo.»

Estaba asustado y quería gritarle a ella por venir a meterse en algo mío. Karadima me decía que le decía que era una adúltera porque está con un hombre separado, y que si seguía así me iba a ir de la casa. Creo que fue demasiado para ella. Además, en ambiente en la casa se había vuelto una guerra constante y abrumadoramente insostenible, porque yo le daba la pelea todo el tiempo y cuando le contaba a Karadima, me decía, "Bien mi hijo, sigue así. Dile que es una adúltera". Él me decía que él era mi papa y que no me tenía que preocupar. Me daba un beso, y yo seguía pensando que él era la voluntad de Dios para mí.

Juan Carlos Cruz se sentía «herir de las cruzadas», porque estaba «cumpliendo la voluntad de Dios» al pelear con su mamá. Admite que sus hermanos no lo respetaban «y mi pobre mamá ya no sabía qué hacer conmigo porque yo siempre estaba llamando a la atención porque consideraba que no eran buenos cristianos. Toda mi vida giraba en torno a Karadima y su voluntad».

¿Cómo era la relación de los otros jóvenes con sus padres?

—Jaime y Gonzalo Tocornal vivieron en El Bosque y se apesagaron mucho al curi. Su papá estaba en el campo. Jaime entró al Seminario y Gonzalo tenía un conflicto en el sentido de que sus padres no querían que él fuera a El Bosque. Otro de los más cercanos, Jorge Álvarez, terminó viviendo en la parroquia. Jimmy y yo teníamos las situaciones que tú conoces. Diego Ojeda pertenecía a una familia muy controladora, de acuerdo a la versión de El Bosque. Claro que —visto ahora—, igual que mi mamá, verían que le estaban llevando a sus hijos y los papás obviamente quieren protegerlos.

—El medio opacante de él era distanciarlos de la familia. Y nos dirigía nuestro comportamiento. Yo lo veía adiestrando a alguno —“alestando” en el lenguaje de El Bosque— sobre cómo tenía que hablar con su familia. Nos mandaba a “hacer teatro” a la casa —así decía— y después volver a cuenta Juan Carlos Cruz.

Retiro en los benedictinos

Las imágenes del demonio se repiten en los recuerdos de quienes pasaron por El Bosque y han estado bajo el influjo de Karadima. De generación en generación.

Así también se observa en muchos de los testimonios que las salidas se han producido en «manera lenta». A pesar de los abusos, de las impasiones sobre obediencia y de las humillaciones que experimentaron. Retirarse y conquistar su libertad, para la mayoría, ha sido un proceso difícil, doloroso y largo. A veces muy largo.

Fue Liza quien pasó doce meses desde el incidente en el dormitorio de Karadima, y el cura siguió siendo su director espiritual en ese tiempo. «Según pedido como un año», reconoce con su tono amistoso el diseñador que bajo la tutela de Karadima experimentó una crisis vocacional de proporciones que abarcó todos los aspectos de su vida.

Un día, en el verano de 1982, decidió ir a un retiro de tres días al monasterio de los benedictinos en San Carlos de Apoquindo, con el objeto de meditar sobre su situación y «ver si cambiaba de dirección espiritual». Conoció al padre Gabriel Guarda, el superior de los monjes, porque era amigo de su padre. «Fue muy agradable la estancia allá arriba y me ayudó a reflexionar».

Tras mucho darle vuelta, tomó la decisión de dejar el Seminario y no seguir bajo la dirección de Karadima. Fue «muerto de susto» a conversar con él. «Me volvió a retar, me dijo que cómo se me ocurría, y me sacó a colación al demonio de nuevo. Insistió en que mi director espiritual era él y que tenía que hacerle caso solo a él». Pero, en esa ocasión, Liza le comunicó que no seguiría siendo su dirigido.

«Le dije: «¡basta!» Por supuesto se enojó. Para él era muy escandaloso que yo me saliera del recto», comenta.

—Resumiendo, ¿cómo acabaron las cosas que te llevaron a tomar la decisión de irte?

Primero fue el monasterio. Después de eso seguí como dirigido espiritual durante el '82, que era mi cuarto año de Seminario

En ese tiempo me puse a tutar de nuevo, ya no iba todos los miércoles a El Bosque, y me llegaron retos. Mi rendimiento académico no era el que tenía antes. Hubo una serie de cosas que me decían que eso hacía agua y no daba para más.

Pero su despedida final demandó todavía un tiempo. Antes optó por hacer de nuevo los ejercicios de San Ignacio «para confirmar que mi decisión había sido bien tomada y que no tenía vocación ni para cura ni para monje ni para nada». Los efectuó con el sacerdote Juan Díaz, «quien se quedó sin vacaciones en el verano para atenderme a mí. Me hizo los ejercicios a mí solo en la casa de los novicios jesuitas que tenían en Hannover, en Núria. No recuerdo haberle contado esto del monje. No sé por qué razón. Tal vez porque yo no le hacía mucho caso a estos.

Entretanto, confiesa que le había tomado distancia a Karachina: «Me daba gusto estar solo con él en su pieza».

—¿Habías ido a su pieza con frecuencia antes?

—Sí, muchas veces. No me acuerdo si estábamos solos o no.

—¿Que recuerdas tú de esa pieza?

—Era una habitación bastante cómoda, con su baño privado y tenía siempre muchas cosas nuevas, como equipos de música, cantidades interminables de cassetes. Recuerdo que él no hacía nada. Todo el día empataba el tiempo. Nunca lo vi preparando una charla, tomando apuntes de algo o leyendo un libro.

—¿No les comentaba lecturas?

—No. Mi impresión es que era un gran burgués este cura. Le gustaba tener todo tipo de comodidades. Vivir en un buen barrio, tener su buen auto, estar bien contactado.

—¿Qué autos recuerdas que tenía?

—Un Volkswagen que según él era regalado por una fundación alemana, la Fundación Misereor, que se lo cambiaban cada tres años. Eso a fines de los años setenta.

La Fundación Misereor es una institución de la Iglesia Católica alemana dedicada a apoyar el desarrollo y luchar contra la pobreza y la desigualdad social.

Sin saludos

Luis Lora se sintió liberado cuando dejó atrás El Bosque y el Seminario. Volvió a la universidad, esta vez a Arquitectónica en la Católica. Pero tampoco terminó. Dejó huífanamente los estudios en 1985, el año del terremoto. «Llegó el síndrome de los cuatro años. Juro cuatro años donde me meto», dice riendo.

Algunos de sus ex compañeros de la Pia Unión llegaron a ellos por. Otros son pastores de importantes parroquias de Santiago y se mantienen en el entorno más cercano a Karadima. Para ellos, el demérito se había apoderado de Luis Lora y no querían saber más de él.

—¿Qué recuerdas de tus ex compañeros? ¿Este amigo de Andrés Arreaga en esos primeros tiempos de Seminario?

No mucho. Conversábamos cuando nos fuimos en la noche para allá, de ida o vuelta, pero nunca estuve con él ni le pedí sus apuntes. Era todo muy po mal. Cuando me saí, fui el primero de esa generación en descolgarme. Y fue un escándalo. Karadima les dijo a todos que yo estaba enfermado, que no quería saber de nadie más que se saliera. Y después de mí se salió Sebastián Prado, hijo de la Paulina Ruiz-Lagle, que es Opa, una mujer encantadora. Y Sebastián, un siete también. Estaba en año más abajo que yo y se salió del Seminario seis meses después. Nos fuimos muy juntos los dos. Nos compramos unos motos y nos pusimos a estudiar en la universidad. Empezamos a hacer vida normal.

—Y de los otros compañeros que puedes decir? ¿Cómo era Cristóbal Lora, el párese y nual de Lo Barnechea?

—Crete muy po mal de Karadima, muy piadoso, de rezar mucho. Hacía a pies juntillas todo lo que dijera Karadima, siempre lo defendía. Una persona como triste y cuando podía te estaba una talla pesada. No medaba ni rebondad ni paz, era muy cumplidor, muy mal baco, muy monista.

—¿Es pariente tuyo?

—Sí, pero no muy cercano. Él es hijo de Samuel Lora, el que fue ministro de Minería de Pinochet, y de Magdalena Salinas.

— ¿A qué otros recuerdas?

A Rodrigo Polanco, que llegó a ser rector del Seminario y ahora es vicedecano de la Facultad de Teología. Era buen alumno pero muy neurótico, muy perfeccionista. En el Seminario, como rector estaba a la mitad de los profesores y a la mitad de los seminaristas. Juan Debasa, que es disidente de El Bosque, me contó que cuando llegó Polanco lo echó después de hacer elses durante veintinueve años en el Seminario. Es el tema vocacional. Y está feliz y radiante, es muy buen amigo, muy divertido.

Uno de mis compañeros, Jaime Tocornal Vial, es anterior con párroco de Barnechea — dice Luis Lira —, me me saluda. Hace un tiempo nos encontramos en un funeral de la mano de un amigo mío, Sergio delhi Maggiora, que era cura de El Bosque. Y cuando estábamos esperando que llegara el feretro, vi a Tocornal conversando con Antonio Fuenzalida, también de la Pia Unión. Y me acerqué a saludarlo. Aún en el contexto de un funeral, donde se supone que hay un cierto respeto, cuando vio que yo me venía acercando se corrió.

Con Karadima, Luis Lira se encontró una vez a la salida de un edificio en Providencia, después de quince años. Iba solo y Lira también. No se hablaron.

La vivida en la penitencia había quedado para él como un terrible recuerdo. Hasta que un día supo que vendría una denuncia. Aceptó ser entrevistado en TVN. Y solicitó voluntariamente comparecer ante el fiscal Xavier Armendáriz — pues quizás mi testimonio puede ayudar a esclarecer los hechos que se investigan, dijo en el tribunal de la nueva instancia. Por la misma razón aceptó gustoso entregarle para este libro sus vivencias de esos tiempos en que frecuentaba la iglesia colorada. «Mis motivaciones son el prevenir que no haya más víctimas de abuso sexual y psicológico, al menos de parte de Karadima», indica con firmeza.

Capítulo V

JUAN CARLOS Y EL TEJADO DE VIDRIO

El periodista Juan Carlos Cruz Challew, director corporativo de *Mindpower International*, no trepida en calificar la historia de Fernando Karadima como «la mayor red de poder y abuso que hemos visto en la Iglesia Católica chilena». Por eso, cuando ya no esperaba nada de la Iglesia —de la que sigue sintiéndose parte— se entusiasmó al conocer el fallo del Vaticano, el 18 de febrero. Su voz se quebró a través del teléfono cuando Canal 13 lo entrevistaba ese día. Y no era para menos.

El solo hecho de que lo contactaran desde el canal que hasta mediados del año pasado controlaba la Pontificia Universidad y que apenas daba informaciones sobre este caso, marca una diferencia. Era su amiga de toda la vida, Pilar Rodríguez, la editora que se trasladó de Televisión Nacional de Chile después de la compra del grupo *El Nueve*, junto al director de Prensa, Jorge Cabezas, quienes trataron de tomar el primer contacto con él y lo lograron. Y el paso de Andrés Antequa, su antiguo confesor, que antes de obispo auxiliar fue hasta el 7 de marzo vicerrector-canciller de la Pontificia Universidad Católica, había disminuido. Una vez no habría lugar para la censura en el denominado «canal católico», donde la universidad mantiene un 30 por ciento de las acciones. La voz de Roma era clara.

Su entereza y la necesidad de terminar con los abusos llevó un año antes a Juan Carlos Cruz a contactarse en Estados Unidos con organizaciones que ayudan a las víctimas en este tipo de situaciones y a aceptar, con su testimonio en el *New York Times*, la CNN y la Televisión Nacional de Chile, sus amistades

y contratos fueron decisivos para que su caso y el de los otros acusadores de Kradama salieran a la luz pública.

«El abuso sexual que se ha dado en mayor o menor grado en las distintas personas es espantoso y no tiene nombre. Pero también hay otro asunto que puede no advertirse, porque uno se queda impactado por el abuso, los taquetes y toda esa cosa, pero la red de poder que se ha establecido es astronómica, me decía Juan Carlos Cruz hace unos meses.

Contra todo eso ha batallado este ejecutivo de la importante transnacional que, tras la abrumadora pesadilla vivida en Chile, decidió tomar otros rumbos y se fue a vivir a Estados Unidos. Pero debieron pasar años antes de que se decidiera a dar los pasos que lo han llevado a ser la persona que es hoy, tanto en lo humano como en lo profesional.

Las regalías del «santo»

Juan Carlos Cruz calcula que Jimmy Hamilton llegó a El Bosque un año y medio o dos después que él, al comenzar los ochenta. En la parroquia se toparon y «nos caímos super bien desde el principio, Jimmy con sus estudios de Medicina, estaba muy ocupado durante el día y lo veía en las noches y los fines de semana. Él tenía más cercanía con el cura, cuenta.

—¿De todos ustedes era el más cercano?

—De los cuatro que presentamos las denuncias, sí, claro, porque fue presidente de la Acción Católica, porque estuvo tantos años y porque yo me fui al Seminario. Los otros estuvieron por periodos más cortos.

—¿Qué captabas tú en ese tiempo?

—Yo captaba bastante. Cachaba lo que me pasaba a mí y que a ellos algo les pasaba, porque los gocepiños en los genitales eran públicos y nos ocurrían a todos, los besos más «uneteados», como los llamó el fiscal —porque tú le dabas un beso y corría la cara—, y los más privados, como cuando decía «saca la lengua»,

se daban cuando uno se quedaba solo en la pieza con él. Yo veía las cosas que veíamos todos, pero a Jimmús lo veía quedarse solo con él en la pieza.

Según Juan Carlos Cruz había otros predilectos que han estado entre los incondicionales de Karadima: «Próba mucho» con Gonzalo Invernali, que se quedaba solo con él, o con Juan Esteban Morales, el actual primo de El Bosque, para que decir...»

—¿Morales estaba entre los favoritos desde ese tiempo?

—Absolutamente. Él estudiaba Medicina y le tomaba la presión a cada rato. Siempre le han gustado mucho los médicos.

—¿Y como era esto de que le decían «santo» a Karadima?

—Uno a él le decía «santo» o «santitos». No solo se hablaba de él como «el santo digno» o «el santo querido», sino que muchos le decían «onga, santo, le llaman por teléfono». Y, como te he contado, algunos le decían «rev». Y él nos decía a nosotros: «ustedes son mis regalías».

—¿Mis «regalías»?

—Sí, mis regalías. Nos decía: «¿Cómo están mis regalías?». O «ven, regalía». Ese tipo de cosas. Y él tenía sus «regalías máximas».

—¿Quiénes eran?

—La máxima «regalía» a nuestros ojos en esa época era Juan Esteban Morales. Antes había sido Jorge Álvarez, médico pediatra, pero fue menos, aunque retomaba su sitio cuando llegaba. El cura lo endiosaba absolutamente y él lo sabía. También era un tipo buenmozo, rubio, de ojos azules.

—Era bastante total ese perfil entre sus «regalías»...

—Sí, a él le gustan los rubios con ojos azules. Es su ángel, pero también había entre los preferidos algunos morenos, como Diego Ossa o Juan Esteban. Si llegaba Juan Esteban, su «regalía máxima», nos teníamos que ir todos de la pieza. El mismo cura nos echaba y se quedaba solo con él.

—¿Decía que tenía que conversar con él?

—Es que era un normal ya, que no necesitaba decir nada.

—Morales era su regalía máxima incluso cuando estaba Jimmy?

—Jimmy también era de las regalías máximas, lo mismo que Gonzalo Tolorial y Jorge Álvarez.

Recuerda Juan Carlos Cruz que «dentro de los más encumbrados y más cercanos miembros de la Acción Católica» había todo tipo de rangos. «Los que entraban a la pieza, los que salían con el por el fin de semana o los que viajaban con él».

Ensayos y agradecimientos

Y en esa «organización» cada uno sabía dónde estaba ubicado y lo que le correspondía hacer en el día a día. No todo era rezar ni ayudar misas.

Dentro del séquito que siempre rodeaba a Fernando Karadima, sus jóvenes discípulos realizaban diferentes funciones, según el rango que les asignaba. Estaban los que se iban después de la reunión, los que llegaban a tomar té, los que se quedaban a comer, los que entraban a la casa de su mamá —que vivía en una casa pegada a la parroquia—, los que entraban a su pieza, los que le hacían su cama, los que le daban los remedios, los que se iban un poco más temprano, los que se quedaban hasta que se dormía y los que llegaban al día siguiente temprano, y empezaba todo de nuevo, describe Juan Carlos Cruz.

Karadima salía de su pieza tipo nueve y media de la mañana y lo tenían que estar esperando a la salida de su habitación, cuenta. «Normalmente éramos desde uno hasta tres. Corríamos con él por los pasillos de la parte interior de la parroquia hasta llegar a la puerta trasera de la casa de su mamá», señala. El cura acostumbraba tomar desayuno con su madre y los jóvenes debían esperarlo de nuevo para volver a su pieza corriendo tras él, y decía «quien lo acompañaría a hacer las compras de música, al doctor, a ver a algún sacerdote o a esperarlo mientras iba a la reunión de decanato. Los de más confianza iluminos con él o nos

quedáramos haciéndole la pieza, ordenando, haciendo la cama, barriendo, limpiando».

Juan Carlos Cruz indica que entre las costumbres de la parroquia era fundamental el reconocimiento explícito que debían dar los discípulos a su director espiritual.

Cada vez que iba un sacerdote de la diócesis a dar una charla a El Bosque, había que hacer un ensayo general y se determinaba quién hablaba. Era habitual que Karadima invitara a sacerdotes que criticaban a la parroquia para que escucharan de primera mano las maravillas contadas por los mismos jóvenes. ¿Para qué decir cuando venía un obispo o el propio arzobispo? Los ensayos generales eran brutales y pobre del que dijese algo estupido o se le olvidase mencionar al padre, cuenta Cruz.

Recuerda que «siempre había que decir que el padre se quedaba hasta altas horas de la noche confesando y dirigiendo espiritualmente. Que estaba solo y que, sin embargo, lo hacía sin ninguna queja y un sinfín de maravillas más».

Con la mirada de hoy, Juan Carlos anota: «Yo no sé por qué no me chocó tanta mentira. El padre no se quedaba nunca confesando hasta tarde, después de las reuniones se iba a comer a la casa de alguien o comía con todos en el comedor gigante de la parroquia y después él y solo los elegidos subían a su pieza a ver televisión».

Animaba el periodista que vio caer en desgracia a mucha gente por no cumplir los designios del cura. «En muchos casos esto era para siempre, y en El Bosque decían que "estaba con el demonio"». Si se trataba de uno de los preferidos, se te aplicaba la ley del hielito por unos días para que te sintieras muy mal. Las palabras que todos temíamos del padre Karadima, eran: "Te quiero mucho m'hijito, pero te he perdido la confianza". Eso era peor que la condena al Inferno».

«Uno iba a por mantener la cercanía con el padre y cosas como esa te hacían descender en el escalafón», indica Juan Carlos Cruz. «Además, como estabas en desgracia, todos tus amigos te

trataban como tal. Era verdaderamente terrible, o vivir algo así, porque todo lo que uno buscaba lograr se destrina. Sin embargo, después de salir de ese estado, se te decía que esto ayudaba a la humildad».

Un romance que no fue

El extraño ambiente que se vivía en El Bosque producía inquietantes sensaciones. Para Juan Carlos Cruz, después de los toquitos y los besos «cuneteados» que empezaron en 1981, las cosas fueron de mal en peor.

Confundido entre su año por ser sacerdote, sus dudas sobre su sexualidad y el amor que creyó sentir por una niña que frecuentaba la parroquia, el joven contaba sus problemas a Karadima en busca de orientación.

«Maria Angélica Ferraz Cruz Giubbins era preciosa, un año menor que yo. Ella estaba en tercero medio en Las Ursulinas y yo en cuarto medio en el Saint George. A mí me encantaba, me moría por ella. De ahí mi confusión», cuenta Juan Carlos Cruz.

«Era obvio que los dos nos queríamos, pasábamos juntos. Yo le pregunté al padre, mi director espiritual, su opinión, porque yo quería pololear con la Angélica y estaba seguro que ella me iba a decir que sí». Pero —dice— «era tan increíble la manipulación que ejercía Karadima que me respondió que no era la voluntad de Dios, que yo tenía que conservar mi vocación sacerdotal». Por su parte, Maria Angélica le dijo al cura que ella quería pololear con Juan Carlos. «Pero él, a su vez, le señaló que no era la voluntad de Dios para mí ni para ella. Y le propuso que pololeara con Diego Cessa, mi mejor amigo en ese momento».

—¿Mantuvo a ese nivel las relaciones de amistad?

—Todo, absolutamente. Dentro del grupo íntimo comentaba, por ejemplo, «la Angélica cree que quiere a Diego...» y para mí era un dolor grande, porque a mí me gustaba y él sabía que a ella yo le gustaba, pero insistía en que «no era la voluntad de Dios».

Pero como a María Angélica tampoco le gustaba Diego no poleó con él. Después se la presentaron a Enrique Uribe, un drogado, amigo de Roberto Cassinón, de Juan Pablo Bulnes, como doce años mayor. Y a los diecinueve años se casó. Estuvo veinte años casada y tiene unos hijos maravillosos. Después se separó y se anuló, relata Juan Carlos.

Dice el periodista que Karadima lo confundía, lo dominaba y le ponía trabas a su relación con Angélica, pero a la vez lo amenazaba con el tepalo de vidrio por su posible homosexualidad. «Para mí habría sido bien sano polear y experimentar como cualquier adolescente, pero él no me autorizaba. Y después, confesándome en su pieza, seguía con sus prácticas...».

Hoy Angélica Larrazuri es una de las mejores amigas de Juan Carlos. La ve cuando viene a Chile y ella, que conoció El Bosque por dentro en sus años adolescentes, le dio todo su respaldo en la denuncia contra el ex párroco.

—¿En qué momento te diste cuenta de que eras homosexual?

—Hasta el momento de mi amor por la Angélica no había hecho nada gay, pero tenía pensamientos en ese sentido. Vine a salir del closet el año 1995. Era un conflicto espantoso para mí. Fue de las cosas más difíciles de mi vida. Desde la época de Karadima tenía algunas dudas y profundos conflictos. Estaba asustado y eso me sobrepasaba. Le conté a él cosas que las usaba en contra mía. Y me decía que tenía «tepalo de vidrio». Él siempre usaba eso, pero cuando se puso peor el asunto fue después de una situación que ocurrió cuando yo tenía unos dieciocho años.

Bajo amenaza

No recuerda si había terminado el colegio o estaba por salir, cuando una noche en 1981 estaba con otro joven —de nombre Guillermo—, quien tenía por lo menos doce años más que yo. Era muy cercano al cura, un tipo de buena pinta, alto, de buena familia, y el cura se fue a comer con tres integrantes de la Acción

Católica, como había siempre. Y como yo ya estaba en el círculo interno, me dijo: "Tú y el Guille me van a buscar a la comida". El siempre barruso, llegaban dos o tres a comer y cuatro o cinco a buscarlo. Entonces las dueñas de casa sabían que debían tener algo para darle al séquito que llegaba después.

—¿Siempre eran tantos los del séquito?

—Sí, en su tiempo lo formaban Andres Arreaga, Juan Barros todos ellos actualmente obispos o curas, y en mi época, Juan Esteban Morales, Diego Ossa, Gonzalo Loconual y yo, entre otros.

Karadima había arreglado dentro de la casa parroquial una de las piezas que usaban los curas, con un baño, para que dispusieran de ella los jóvenes. «Me quede con Guillermo en esa pieza. Creo que no había televisión, pero estábamos echados conversando. Yo era trece años menor que él, lleno de dudas, y él me empezó como a hacer camino, a manosear. Nunca me había pasado nada parecido y se me vinieron las culpas más horribles. Para mí esto significaba las penas del Infierno. Y le pedí que nunca le contara a nadie.»

A los pocos días, sin embargo, el joven se sintió traicionado cuando Guillermo le dijo: «Le conté todo al padre y el ya me dio la absolución, pero quiere que tú te confieses con él. Juan Carlos no paraba de llorar. Angustiado, se fue a confesar con el cura. «Me pregunta: "¿Pero Caritos, qué pasó?" Yo seguía flotando con lapso. Y le decía: "Espero que esto no afecte mi vocación". Él me respondía: "¿Veníanme como lo hicieron?" y me hacía preguntas para averiguar detalles: "¿Y derramaste tu? ¿Y Guillermo derramó?". Yo quedé para adentro. Después de decirme que lo que habíamos hecho era una "falta a la pureza", me dio la absolución. Pero yo me quería morir.

—¿No siguió la historia con Guillermo?

No, yo me dije totalmente. Él se casó, ya muy viejo.

Después de ese episodio, la vida siguió normal, pero muchas veces me acuerdo que mientras estaba yo conversando con alguien, Karadima con Guillermo me miraban y se reían

borlonamente. Incluso el cura gritaba en voz alta de un lado a otro del comedor "¿Cheditos, que paso?", y Guillermo lo celebraba. Cuenta Juan Carlos Cruz, quien con esa abisión se sentía humillado y muy estroñado de que su secreto de confesión fuera ventilado de esa forma.

«Se me tiró al dulce»

En su declaración ante el fiscal Xavier Armendín, Guillermo Ovalle Chadwick, agricultor de 56 años, afirma que frecuentó la parroquia El Bosque entre 1976 y 1993, cuando se fue a vivir fuera de Santiago, «pero hasta hoy voy esporádicamente y tengo buenos amigos allá».

Defensor acerrimo del «padre Fernando», a quien caracteriza como «una persona muy correcta, que ejerce su ministerio sacerdotal», asegura que no puede creer las acusaciones «que se han levantado en su contra». Su experiencia con Karadima ha sido totalmente distinta, según manifestó al fiscal. Lo percibe —asegura— como «un hombre de bien y que ha despertado muchas vocaciones debido a la intensidad con que se ha entregado todos estos años a su labor sacerdotal».

Niega que el ambiente de El Bosque haya sido de «gente somnolenta o privada de voluntad». Y, por el contrario —señala en su declaración—, «toda persona que va allá puede ejercer su libertad y seguir los caminos que libremente elija».

Indica Guillermo Ovalle que conoce a James Hamilton, y no entiende su comportamiento. «Ha tenido problemas en su vida y eso puede explicar su actitud de levantar las acusaciones que ha hecho», mencionó. No obstante, ante la pregunta del fiscal respecto de si lo consideraba una persona mentirosa cuando lo acusaba, respondió que no.

¹ Declaración de Guillermo Chadwick Ovalle, Chile, 14 marzo 1994, en: *La Marea*, 14 marzo 1994, p. 5, citado aquí con autorización del fiscal Xavier Armendín.

En su declaración, Guillermo Ova le admite haber conocido a Juan Carlos Cruz, y a continuación intenta una explicación que parece poco sostenible, considerando la diferencia de edad entre los protagonistas del episodio vivido en El Bosque: «Una vez se me vino al dulce» lo que le conte al padre Karadima». Lo curioso es que agrega: «Lampoco, aparte de esto, tenía de él una imagen de una persona mentirosa».

Más complicaciones

Un tiempo después, a fines de 1982 y comienzos de 1983, Cruz vivió en El Bosque otra historia que contribuyó a hacer más frágil el tejido de valores aludido por Karadima.

Juan Carlos Cruz se hizo muy amigo de Gonzalo Tocornal Vial, el presidente de la Acción Católica de entonces. «Como Gonzalo tenía problemas en su casa, porque lo fregaban porque pasaba todo el día en la parroquia, Karadima lo mandaba a "hacer el teutino" Gonzalo y yo nos empezamos a acercar, me pedía que lo acompañara a Buina a su campo, y yo lo acompañaba» cuenta Juan Carlos.

Y confiesa que «me empecé a dar cuenta de que nos gustaba estar juntos. Yo lo esperaba que saliera de la pieza del cura a las dos de la mañana y él me llevaba a mi casa, porque vivíamos al lado. Hasta que el padre me convino a ir a Europa con él».

El asunto continuó durante unos meses, pero «nos provocaba conflicto lo que nos estaba pasando. Y a la vez, pensábamos ser curas. Tenía una tremenda confusión y Karadima me confundía aún más. Hasta que un día Gonzalo me dijo: "Me confiese y te conte todo al padre Fernando". Si lo de Guillermo había sido horrible, para mí esto lo superaba aún más. Sentía que se acababa mi vida. Fue donde el cura otra vez angustiado y me empezó a preguntar de nuevo las mismas cosas y que hacíamos. Después me señaló: "Esto es muy grave, Carlos, pero continúa siendo humilde y obediente, y creo que por ahí a lo mejor se solucionará", y me dio la absolución».

Juan Carlos se sentía desesperado. Yo dije: «Ahí aquí me echas un de la parroquia, que era mi vida y mi razón de ser en esa época». Karadima no lo echó, pero cada vez que padre le recordaba que tenía «tejado de vidrio». Pasa a ser este secreto de confesión el arma de cimitarra para someter al joven de diecinueve años que aún soñaba con ser sacerdote.

Negaciones y cargos

Nieto del connotado empresario Carlos Vial Espantoso, Gonzalo Tocornal era uno de los preferidos de Karadima. Presidió durante varios años la Acción Católica y hasta hoy se mantiene cercano a la parroquia. Su hermano Jaime —sacerdote de la Pia Unión— estaba en esa época en el Seminario. Gonzalo Tocornal, Juan Echebarría Morales y Jorge Álvarez eran considerados «rango número uno» en el entorno de Karadima al comenzar los ochenta.

Ingeniero agrónomo, casado y domiciliado en Vitacura, Gonzalo Alejandro Tocornal Vial, hoy de 44 años, declaró el 5 de mayo de 2010 ante el fiscal Xavier Armendáriz. En la oportunidad afirmó que desde que tenía dieciséis, a fines de los setenta, está vinculado a la parroquia El Bosque y «hasta el día de hoy voy a misa allá y a otras actividades como reuniones de matrimonios».

En su declaración fue tajante: «Definitivamente no creo que sean ciertas las acusaciones que se hacen en contra del padre Karadima, dado que en todos estos años no he visto ni oído de nadie ningún comentario o circunstancia que me pueda llevar a pensar en interacciones sexuales del padre con nadie». Además, argumentó, «a la parroquia va mucha gente, él constantemente andaba con varias personas y no es de extrañarse en privado con nadie». Y agregó que «siendo participaba más, iba a su pieza sin avisar y nunca vi nada inapropiado o que se pueda relacionar con lo que se investiga».

Declaración de Gonzalo Alejandro Tocornal Vial, ingeniero agrónomo, 44 años, nacido el 1967, casado, ingeniero agrónomo y empresario, 5 de mayo de 2010, ante el fiscal Xavier Armendáriz.

Dijo luego que a quien más conocía de los denunciados era a James Hamilton que se llamaba Jimmy. Yo fui presidente de la Acción Católica antes que él, fuimos bastante cercanos, aunque hemos perdido contacto hace unos años», señaló Tocornal ante el fiscal.

Sin embargo, afirmó que su testimonio no le parecía creíble. «No me logro terminar de explicar por qué él puede haber inventado algo así, me lo explico porque Jimmy es de personalidad fuerte, manipuladora, bastante temperamental; lo relaciono con conflictos de él relacionados con el tema o la historia de su padre, su fracaso matrimonial, o hecho de que no fue sacerdote u otros conflictos semejantes». Aunque admite que «en todos los casos para ser exacto, nunca vi que fuera una persona mentirosa ni tampoco creo que lo mueva un interés económico, lo veo como conflictos personales de él».

El párrafo dedicado a su antiguo amigo Juan Carlos Cruz apunta en el mismo sentido: «Lo conozco, iba a la parroquia y trato de ser sacerdote, fuimos amigos un par de años. Lo califico de «algo infantil» y «de poco carácter». Y agregó: «No sé por qué habría dicho lo que señala como abusado por Karadima, aunque no era mentiroso, ni tampoco veo que haya que dudar con esto. Él se fue a vivir a Estados Unidos, donde entiendo se siente más cómodo para hacer su vida. No me parece que haya sido amigo de Hamilton».

Nada dice de la historia relatada por Cruz en su declaración referido al «regado de vidrio» con que Karadima lo antecedía. Tampoco quedó registrada alguna referencia en el careo sostenido entre ambos el 11 de mayo de 2010 ante el fiscal Armendáriz. En la ocasión, Tocornal ratificó su declaración anterior: «jamás he visto una conducta indebida del padre Karadima, ni alguna contigo, menos que él diese golpes en los genitales a los jóvenes ni que diese besos indebidos o lo hiciese conmigo».

Regalones episcopales

Juan Carlos Cruz, sin embargo, confirmó lo que ya había denunciado el 7 de mayo de 2010 ante el fiscal: «La costumbre del padre

Karadima de tocar a los jóvenes en los genitales por encima de la ropa, incluso en público, era frecuente, y de dar besos medio "cuneteados". Eso vi personalmente que lo hizo con Juan Esteban Morales Mena —hoy párroco de El Hosque—, Diego Ossa Errázuriz, Jimmy Hamilton Sánchez, Gonzalo Tocornal Vial, Guillermo Ovalle Chadwick, Francisco Prochaska, Samuel Fernández Fyzaguirre y Hans Kast Rist. Lo que yo vi, lo hacía con jóvenes de su círculo más íntimo».

Esa mañana, horas antes de ir a declarar ante el fiscal Xavier Armendariz, Juan Carlos Cruz me aseguró: «Yo lo vi besando a Juan Esteban y a Diego Ossa, y lo voy a declarar hoy en el proceso». Y así lo hizo.

En esa declaración menciona también Juan Carlos Cruz que a algunos los «regaloneaba» en el sentido de que «ponían la cabeza en el pecho de Karadima». Los aludidos son dos altas autoridades de la Iglesia chilena: Tomislav Koljatic Mamoevic, obispo de Linares, y Juan Barros Madrid, actual obispo castrense.

«Tales conductas del padre Karadima electivamente ocurrían, era una costumbre suya, incluso con Gonzalo Tocornal acá presente», reafirmó el periodista en el cargo¹ efectuado ante Armendariz.

Gonzalo Tocornal replicó en esa oportunidad: «No es electivo lo que escucho, respecto de golpecitos en los genitales ni a mí, ni a nadie que yo sepa. A lo más, el padre, en una situación de grupo, para apurarnos o algo semejante, me habrá dado un golpecito en el trasero, pero nada que fuese ni remotamente relevante».

Frente dudas y conflictos, y a pesar de su «tejado de vidrio», Juan Carlos Cruz logró finalmente entrar al Seminario Mayor de Los Santos Ángeles Custodios en Santiago.

¹ Citado ante el fiscal regional Xavier Armendariz, entre Gonzalo Tocornal Vial y Juan Carlos Cruz Chedevy, 11 de mayo de 2010.

Ses jóvenes «listos»

Para Fernando Karadima, la designación del arzobispo Juan Francisco Fresno Larrain por Juan Pablo II, en mayo de 1983, fue motivo de alegría: «Al nuevo arzobispo, un hombre bonachón y manipulable, se le consideraba "amigo de El Bosque". Y tras diversas reuniones y horas de politiquería se logró nombrar a uno de los discípulos de Karadima, Juan Barros Madrid, como su secretario personal», recuerda Juan Carlos Cruz.

«Juan Barros era uno de los cercanos a Karadima, no el preferido, pero bastante próximo y muy manipulable», puntualiza Cruz. «Con eso, El Bosque adquirió acceso directo a todas las decisiones de la Iglesia de Santiago».

Hacia 1984 —relata— había un grupo de unos ses jóvenes «que estábamos listos para entrar al Seminario. Karadima nos decía todo a último minuto, nadie podía hacer planes a futuro porque nuestro ingreso dependía de cuando "Dios lo dispusiese". Eso sería el día de nuestra entrada».

El grupo lo constituían Hans Kast Rist, Samuel Fernández Ezzaguarre, Javier Barros Bascuñán, Diego Ossa Errazuriz, Salvador Gutiérrez Ibarra y Juan Carlos Cruz Chellev.

Karadima continuamente invitaba a la parroquia a sacerdotes y «les mostraba a todos estos jóvenes listos, como él decía, estudiando carreras universitarias, de buenas familias... Le encantaba decir eso a todo el mundo. Sin embargo, nos seguía mandando como un yo yo político. Es decir, nos mostraba y decía todo eso, insistía que éramos increíbles vocaciones, pero que no nos matriculara al Seminario a no ser que cambiara todo. Se habló incluso de armar un Seminario nuevo, pero la idea fracasó».

Finalmente —cuenta— nos invitaron a la casa del cardinal, donde nos presentó y le dijo a monseñor Fresno que ese sería

¹ El arzobispo Juan Francisco Fresno Larrain, que perteneció a la corriente El Sembrador, fue el responsable de la creación del Rectorado de Formación Presbiteral, de un nuevo cargo en 1980. Fue arzobispo de Santiago entre 1984 y 1986 cuando renunció por enfermedad a la fevorista y a favor de Carlos Ovando Cavattoni.

el regalo de El Bosque a la Iglesia y al nuevo arzobispo. Pero, al mismo tiempo, le planteaba que había mucho que cambiar. El cardinal le aseguró que las cosas cambiarían. Había un nuevo rector, el padre Juan de Castro, a quien Karadima no quería nada, pero lo consideraba mejor que a Pereira.

En esa época entró como formador del Seminario Rodrigo Polanco, quien aún no se ordenaba sacerdote. «Polanco es desde ese tiempo uno de los cerebros detrás de la máquina de Karadima», según Juan Carlos Cruz, quien recuerda que Andrés Arteaga, uno de sus más significativos hombres de confianza, también se desempeñaba en esa función pedagógica.

Juan Carlos Cruz estaba feliz de que lo hubieran aceptado en el Seminario, «por Dios me hubiese llamado a algo tan grande. Sentía que tenía la vida por delante y una pasión increíble por entregarme a Dios a la Iglesia. Me sentía seguro, pensaba que el padre Fernando velaría siempre por mí y que era cosa de echarle adelante y caminar hacia Dios».

En ese estado de ánimo, no tuvo espacio para una mirada más crítica. No le pareció extraño que le dieran instrucciones precisas para seguir en su nueva etapa. «Empezamos todo nuestro adoctrinamiento preSeminario. Se nos dijo que íbamos a estar controlados por Rodrigo Polanco, ya que él iba a vivir con nosotros como formador de todos los seminaristas de primer año en la casa del Propedéutico en Las Rosas. Se nos advirtió que la fidelidad a El Bosque y al padre Fernando debía ser incorruptible».

Agrega que Karadima les explicó que tenían que escoger a un director espiritual en el Seminario. «Había cuatro opciones, pero nos dijo que solo podíamos elegir entre dos. Nos indicó que hablásemos con ellos solo de cosas generales de espiritualidad, pero nada sobre El Bosque, ni del padre Fernando, ni de nuestras cosas íntimas. Todo eso quedaba para los domingos, cuando fuéramos del Seminario directo a la parroquia y nos confesaríamos con él».

El ingreso de Juan Carlos Cruz y los otros cinco seminaristas al recinto de La Florida, en Walker Martínez 2021, fue finalmente el 5 de marzo de 1985. Esa tarde, cuando un terremoto sacudió la zona central de Chile, los jóvenes salieron corriendo de la Iglesia. Los vidrios rotos traspasaban como flechas los bancos de madera. Una nueva etapa se iniciaba así, encabezada con extraños signos, en la vida de Juan Carlos Cruz.

Capítulo VI
CANTERA DE VOCACIONES

La oficina pequeña y misteriosa del sacerdote que me recibe contrasta de inmediato con los salones y salidas de la parroquia El Bosque, donde hasta hace unos meses residía Fernando Karadima, rodeado de lujos y atenciones. El contrapunto habla de las diferencias que puede haber en la Iglesia Católica chilena. Tanto como la brecha que separa a los grupos económicos más poderosos de los sectores pobres del país. Lo curioso es que esta parroquia también se llama Sagrado Corazón. Pero no se ubica en Providencia, sino en la Alameda abajo, muy cerca de la Estación Central, en un populoso barrio santiaguino, entre edificios de poca altura mal cuidados y locales de cualquier cosa que compiten con los numerosos comerciantes callejeros.

Mi interlocutor tiene ochenta años, los mismos que Fernando Karadima, a quien conoció en la Facultad de Teología hace más de seis décadas. Es el padre Alfonso Haeza, ex vicario de Pastoral Obrera y después de Pastoral Social y hasta 2010 vicepresidente de Caritas Chile, uno de los pocos sacerdotes que no pudo *off the record* ni manifestó temores para conversar sobre el polémico cura de El Bosque, meses antes de que se supiera el fallo de Roma.

En su reducida en las dependencias parroquiales hay espacio solo para un escritorio, unos artesanales muebles con libros, su computador y dos sillas. En la muralla destaca un retrato del padre Alberto Hurtado.

Alfonso Haeza Donoso ya era ingeniero civil de la Universidad Católica cuando entró al Seminario a estudiar Teología a la misma UC. Recuerda que en su tiempo ingresaron muchos jóvenes con formación universitaria. Entre sus compañeros estaba el

Los Andes», dice Alfonso Baeza, quien gracias a los contactos de su hermano Francisco —explica— se atendió en ese centro vinculado al Opus Dei. «Y llegó Karadima mientras yo estaba esperando. Lo hicieron pasar antes que yo. Lo acompañaba un señor que había de choir.»

También fue sorprendente para Baeza que Karadima llegara a ser quien fue en términos de poder e influencia en la Iglesia Católica. Según él, no puntaba para eso en sus tiempos de estudiante.

Baeza entró a Teología en 1957. Fernando era un tipo muy piadoso que siempre andaba con un rosario en la mano y en todos los temas poniendo a Dios en todas las cosas. Lo encontramos beato. Pero confiesa que, en esa época, a ojos de sus compañeros no brillaba por su talento.

«Era un gallo muy sercillo», señala Alfonso Baeza. «Teníamos la impresión de que era poco dotado.» Por eso —dice— la sorpresa para nosotros fue lo que pasó con él después, el poder que fue adquiriendo y la escuela que fue forjando.

Prehistoria de la Pía Unión

El presbítero Alejandro Huneeus había sido el brazo derecho del cardenal José María Caro, el primer cardenal que tuvo Chile, quien fue ungido en 1939, bajo el gobierno del presidente Pedro Aguirre Cerda. Alfonso Baeza conoció a Alejandro Huneeus, figura gravitante de la Iglesia chilena de esos años. «Don Alejandro, que era vicario general del Arzobispado, era un hombre de gran personalidad, y “muy piadoso”».

Baeza recuerda también que El Bosque antes de ser parroquia era un hogar sacerdotal. La parroquia como tal nació en 1948. Su primer párroco fue monseñor Alejandro Huneeus y lo siguió su discípulo Daniel Iglesias Beaumont.

Según Baeza, la impronta piadosa de Huneeus —impulso de la Pía Unión del Amor Misericordioso— caracterizaba a los sacerdotes de El Bosque. Además de Daniel Iglesias, que era profesor

de Sagrada Escritura, mencionan a Jorge Yacks, que fue capellán del hospital Barros Luco durante muchos años, y otros sacerdotes que le decíamos El Pajarito Errázuriz.

Por esos signos insólitos que rodean esta historia, dignos de una novela de realismo mágico, hay dos sacerdotes que con el nombre de Francisco Javier Errázuriz han jugado un rol significativo en la vida de las víctimas de Fernando Karadima: el cardinal Francisco Javier Errázuriz Ossa, y el confesor Francisco Javier Errázuriz Huneeus.

— El mismo Francisco Javier Errázuriz que ha vivido con Karadima todos los últimos años y que confesaba a los jóvenes? —le pregunta al padre Barza.

Debe ser ese. Uno delgadito, mayor que nosotros, era un sacerdote en ese tiempo. En ese grupo tenía mucha influencia don Alejandro Huneeus.

Con cierta ironía acompañada de expresivos ademanes, Alejandro Barza describe: «Todos eran de esos que andan con las manos por aquí arriba [hace el gesto de cruz con las manos juntas en actitud permanente de oración] o con el coplete [la cabeza también hace el movimiento]. El Pajarito creo que debe haber sido Errázuriz Huneeus o algo así».

En efecto, Francisco Javier Errázuriz, el cura «Panchito», como lo conocieron después los jóvenes de El Bosque y los empleados de la parroquia, era sobrino de Alejandro Huneeus.

«El más sustoso, a juicio de Barza, era Daniel Iglesias, «que ya era cura y casi contemporáneo de don Alejandro». Mientras estudiaba Teología «aquí» —Karadima vivía en El Bosque— «No estaba en el Seminario sino en la Pía Unión Yacks y El Pajarito y todos ellos eran parte de la Pía Unión, e iban a estudiar Teología a la facultad de la Universidad Católica, como lo hacían los mercedarios y los de otras congregaciones».

Y agrega: «Así como nosotros fuimos desde Apoquando, donde estaba el Seminario Mayor en esa época, ellos iban desde El Bosque, donde vivían como comunidad, a la Facultad de Teología

en La Alameda, frente a lo que es hoy el Centro Cultural Gabriela Mistral.

«Teníamos cuatro años de teología», explica Baeza, «la diferencia que había entonces es que los del Seminario salían después de ese periodo y los que no lo eran, tenían que hacer una tesis».

Sentido de imitación

En prédicas y conversaciones, Fernando Karadima vinculaba su vocación al padre Alberto Hurtado, el segundo santo de la Iglesia chilena, con quien dice haber trabajado alrededor de diez años antes de iniciar sus estudios teológicos. El santo jesuita habría sido su «director espiritual» y, en cierto modo, este antecedente fue durante años un aval de presentación ante los jóvenes que llegaban a El Bosque en busca de orientación.

El padre Alfonso Baeza supo también «que había en él, consciente o inconscientemente, un sentido de imitación al padre Hurtado». Pero comenta que «el padre Hurtado no era tan dominante, a pesar de que se puede decir que generó un montón de vocaciones. El padre Hurtado fue famoso por sus retiros y las vocaciones que despertaba».

—¿Será cierta esa cercanía de Karadima con el padre Hurtado?

—Es posible que sí, pero no en cuanto a una preocupación más social, como la que puedo tener yo o muchos otros sacerdotes cercanos al padre Hurtado. Al parecer, Karadima toma el lado místico de un sacerdote muy piadoso que dirigía espiritualmente a mucha gente. Pero para nada el aspecto sociopolítico del padre Hurtado.

Alfonso Baeza también habla del padre Hurtado a los jóvenes, pero cuando uno les habla del padre Hurtado les señala que su camino de santidad está relacionado con su aspecto social. He usado seguramente el otro lado de la moneda. Porque el padre

¹ La ceremonia en el Pío Santa Teresita de Jesús Antequera comenzó el 21 de junio de 1993.

era un gran predicador de retiros, un gran director espiritual que influía en mucha gente, pero al mismo tiempo se jugó por la cuestión sindical, por los más débiles, fundó la revista *Morán*, él se preocupaba de la acción de la Iglesia en el sentido transformador del Evangelio y en conexión con la sociedad.

Cortados por la misma tijera

Hacia finales de los años setenta, el cardenal Raúl Silva Henríquez era arzobispo de Santiago y Alfonso Baeza era vicario de Pastoral Obrera. Fernando Karadima seguía en El Bosque, aunque todavía no era párroco. No obstante, ya se advertía como un cura con influencia. Se empezaba a hablar de los «Karadima boys», haciendo alusión a los «Chicago boys», tan mentados por esos años. Comenzaron en ese tiempo a entrar cada vez más jóvenes de El Bosque al Seminario. «Y jóvenes universitarios de esa clase alta que no son de mente muy abierta. En ese sentido uno llegaba a decir: «¿alguna gracia tiene este gallo?». Uno se extraña de cierta influencia».

«Lo que uno captaba y escuchaba es que todos los Karadima boys eran cortados por la misma tijera», dice Alfonso Baeza. «Todos los que son párrocos, por ejemplo, hacen una permanente referencia al padre Hurtado, pero en su parte más asistencial, no en la fuerza en que fue conflictivo con la gente de la derecha, sino el padre Hurtado impiccato, con el Hugar de Cristo, la piedad sacerdotal, la veneración a la Virgen María y la adoración al Santísimo, todo eso muy fuerte».

Recuerda que un día, siendo vicario de Pastoral Obrera, visitó la parroquia San José de la plaza Carín, en la zona oeste de Santiago, y vio que al lado del altar tenían una capilla para el Santísimo en el tabernáculo. «Y había gente joven en adoración al Santísimo. Lo mismo que hacía Karadima en El Bosque. Y esto era en una parroquia muy popular. Me parece

que era launc Isconual y que estaba illa. Debe haber sido por el año 1961».

Según Alfonso Baeza todos los discípulos de Karadima son así: «En Santa Clara, donde estaba Javier Monterot, tenían el mismo estilo. Todos eran muy religiosos, pero no se metían para nada en la parte social, siempre separando, haciendo la dicotomía entre lo religioso y la realidad social. Eso es muy característico de ellos, aunque estuvieran en esas parroquias de sectores populares.»

—En los años setenta y ochenta, cuando empezaban a disminuir las vocaciones sacerdotales, el hecho de que Karadima fuera desarrollando esta librería de novicios, ¿lo hacía ser bien mirado por la Iglesia?

—Claro. Uno pensaba que si despertaba tantas vocaciones, eso tendría que tener algo de obra de Dios. Como él era un devoto de la Virgen María y del Rosario —el Rosario y la adoración al Santísimo eran como sus dos bases fundamentales, según decía— y se empezó a ver esta proliferación de gente que entraba al Seminario, uno decía “algo tendrá que tener Fernando y no debe ser para nada de tanto escándalo”.

—¿Se percipen la compaña otra gente dentro de la Iglesia?

—Creo que sí, porque nadie se atrevía a criticar a Karadima en ese tiempo, salvo que uno lo criticara pastoralmente, porque no entraba en la conflictividad social.

—¿Se advertía esa característica más espiritualista y conservadora del pensamiento de Karadima en ese tiempo?

—Sí, pero nunca he sido muy cercano a esa gente, yo no iba nunca al sector alto, así es que no tenía una percepción directa.

—¿No veían como un problema la posición conservadora y la influencia de Karadima dentro de una Iglesia que era más progresista?

—No, el problema tal vez empezó cuando comenzó a tener más autoridad en el Seminario. Nos empezó a preocupar a algunos de nosotros que tuvieran tanta influencia. Y se fue generando

una división en el Seminario entre los que eran de El Bosque y los que no lo eran.

— ¿En qué época?

— Desde los ochenta y hasta hace poco.

Influencia perdurable

Para Alfonso Baeza, una de las cosas que más llamaba la atención era que la influencia de Karadima perdurara después de que los seminaristas ingresaban. Si yo acudaba a alguno a entrar al Seminario, no seguía después con el Padre sino a vez o me iban a ver alguna vez, pero no existía esa dependencia tan grande. En cambio, entre estos "gallos" sí. Los seminaristas de El Bosque solo recibían instrucciones de Karadima y eso era muy impresionante. Y eso generaba distancia hacia los bosquinosos.

El periodista Juan Carlos Cruz confirma las palabras del padre Baeza con sus propias vivencias: «Karadima había mandado ya a varios jóvenes al Seminario, los criticaban porque no se integraban porque vivían para El Bosque y el padre Fernando, y no para la Iglesia de Santiago».

Cuenta Cruz que él vivió con los seminaristas de El Bosque ir y venir y convivir con el cura incluso antes de que ingresara en el Seminario. «Como era de los que estaban cerca, escuchaba lo que decían. El los "aleccionaba" — término de El Bosque — y les decía cómo tenían que portarse. Cuando entré en el Seminario, viví las mismas cosas».

Los seminaristas llegaban escondidos los miércoles a la parroquia — cuenta Cruz — y algunos sábados y domingos. «Siempre se iban en grupos chicos para que nadie los viera, y evitar así mencionar lo que ya se decía de ellos, que no se integraban».

«Karadima hacía alarde —continúa Cruz— de que él mandaba los mejores seminaristas, que el Bosque era un hervidero de vocaciones y que quería hacer a la Iglesia de Chile andar con sus vocaciones por los cuatro costados. Que algún día estos jóvenes serían obispos y transmitirían todo lo que él les había enseñado».

Tarjetas de negociación

Jimmy Hamilton, quien entró en El Bosque en 1983, también recuerda desde entonces que «Karadima mandaba sacerdotes al Seminario». Era su manera —dice— de tener un control. «Este es mi semillero, respetenme, ya corto el queso. Y si me muestran no mando ninguno.»

«Esa ocurría — dice — en momentos en que las vicarías sacerdotales escaseaban y Karadima mandaba de repente una oleada de siete jóvenes al Seminario para ser sacerdotes, lo que significaba que casi un tercio de los postulantes eran de El Bosque», indica.

Juan Carlos Cruz afirma que el cardinal Raúl Silva Henríquez, quien debió dejar su cargo de arzobispo de Santiago en 1983, nunca fue santo de la devoción de Karadima.

También recuerda esa tensión Jimmy Hamilton. «Francisco Sepúlveda el cardinal Raúl Silva Henríquez a comienzos de los ochenta o el rector del Seminario y no les aceptaba ninguna cuestión. Si no, no les enviaba seminaristas o los sacaba y los mandaba al seminario de los Legionarios de Cristo, como muchas veces amenazó hacerlos».

Una vez, Hamilton fue con Karadima a una casa de los Legionarios en La Florida. «Llegamos y nos entrevistamos con los curas. Y nos explicaron que ellos trabajaban mucho la voluntad y nos dieron una charla. A Karadima no le gustó mucho el voluntarismo del que hablaban y nos retiramos. Y empezó a tantear otros terrenos donde poder derivar las vicarías, si es que no era al Seminario Pontificio. Era su arma de negociación».

Un mundo diferente

Dentro del Seminario, Juan Carlos Cruz empezó a compartir con otros jóvenes. Y como él dice, eso le cambió la mirada. Sus compañeros venían de diferentes partes y de las más variadas experiencias

religioso. Pero me fue un shock, porque yo estaba acostumbrado a ver a los jóvenes presurosos de fe que ve aprendía en El Bosque y en la escuela. Rodrigo Polanco estaba ahí para decirnos que queríamos mantenernos fieles a Karadima. Pero me empezó a caer mal a los muchachos de mis compañeros y me empecé a hacer amigos de los terminadores», cuenta el ex seminarista.

En la escuela especial recuerda al padre Cristian Carr, al que conoció cuando él hacía un tiempo y venía de en Agarrobo, igual que él. Carr siempre fue un tipo excelente, riguroso en sus enseñanzas, respetado por los conserjes, sólido en su doctrina y no le faltaban los cuentos. Empecé a ver que los mejores curas no eran de El Bosque, que la Iglesia tenía muchos sabores y gustos, y que los conserjes contribuían. Creo que mis compañeros apreciaban eso, entonces muchos se hicieron amigos míos. Incluso había uno que era muy humilde y había sido el cadáver de mi abuelo en el campamento. Me hablaba de don Armando y lo bueno que era, pero me daba mucha vergüenza.

Alfonso Carlos Cruz rompió las barreras y empezó a conocer a otros chicos amigos. Algunos también venían del barrio alto, pero eran una gente abierta como Alvaro Velepucha, Eduardo Herrera, Rodrigo Tupper, Tomás Scherz. Me mostraron un mundo nuevo. Me tuvo que ver lo del padre André Jarlud en La Victoria, cosa que no me habría imaginado.

Con honestidad, Juan Carlos Cruz admite hoy: «Nunca en mi vida hasta ahí había salido de Las Candelas. A lo más, había ido a Pichinuel para tomarme un avión a Europa. Vivía en una burca. Y yo cambié absolutamente. No me puse tan radical como para ingresar al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, pero se me abrió la mente y me libere de todo lo que arrastraba. Ahora soy más liberal, democrata en términos de Estados Unidos, pero igual tengo todavía algunas cosas de conservador, aunque me las voy abriendo». Y cuando vea todo esto —reflexiona— «me preguntó cómo en El Bosque los curas pueden pensar de una manera tan distinta. Entiendo que ese cambio de

perspectiva se relaciona también en cierta medida con mi caída en desgracia para ellos, porque fui haciendo estos amigos, ellos no soportan a quienes difieren de lo que ellos predicán. Por eso —afirma— «las redes de poder de Andrés Arteaga, de Juan Barros, me han tocado».

El paseo dominical

Cuando entró al Seminario, como todos los Karadima loys, Juan Carlos Cruz debía seguir yendo a El Bosque en sus días de salida. «El domingo después de misa y desayuno, uno se podía ir a la casa», explica. Pero «los de El Bosque teníamos que partir todos a la parroquia a ver al padre. Llegábamos tipo diez y media y teníamos que ayudar en la misa de once y estar presentes en la de doce que la decía Karadima. Antes, había que hacer de confesores con él y quizás en una arenga de cómo había que ser fiel y cómo él lo había sido al padre Hurtado y a sus directores, y así había llegado adonde estaba».

En esas ocasiones no faltaba el recuerdo del demonio. «Nos recordaba cómo el diablo estaba muy presente, haciendo como león rugiente a quien devorar. Nos decía que lo que más le gustaba era destruir la obediencia que a su vez destruía la vocación. Nosotros escuchábamos atentos y nos recargábamos para la siguiente semana de Seminario.»

¿Venían a la familia?

—Me empecé a dar cuenta de que si los papás venían a la misa de Karadima me podía ir con mi mamá terminada la misa y no tenía que quedarme como muchos a que «el santo» los despachara. Le rogaba a mi mamá que me fuese a buscar. A ella no le gustaba la misa de Karadima y le cargaba cuando se recitaba el padre y le decía que era una santa por entregar un hijo a Dios y que se le acercarían todos mis compañeros a decirle cosas. Era parte de toda la máquina para mantener a las familias contentas y hacer cundir la hipocresía. Yo perpetuaba eso con tal de que mi

materna me hacía a buscar para irme lo más luego posible a la casa. Me encantaba almorzar con mi familia.

Claro que Juan Carlos Cruz recuerda que en esa época todavía era un fanático y trataba todo el tiempo de evangelizar a mis pobres hermanos y a todos en la casa. Y lo hacía con el ímpetu de Karadima, con su arrogancia y sintiéndose que yo estaba al otro lado y que venía a salvarlos. Por supuesto, mi familia me quería y aceptaba, pero seguro me encontraban si no raro un poco... y con razón.

La tarde dominical la pasaba en la casa, y ya a las seis estaba haciendo la maleta para llegar a El Bosque tipo siete y participar en la misa de ocho. «Comíamos con "el santo", recibíamos más doctrina, hablábamos con el que estaba descarnado esa semana, y seguíamos adelante. Ahí nos tomábamos la misa para el Seminario, donde había que llegar antes de las once de la noche. Las miércoles también podíamos salir en las tardes, pero eso no se lo debíamos decir a la familia, porque era sagrada la visita a El Bosque, donde pasaban casi las mismas cosas que los domingos».

Entretanto, la vida en el Seminario continuaba para Juan Carlos Cruz. El contraste con la figura de Karadima lo marcaban para él otros sacerdotes como Vicente Ahumada, Juan de Castro y Sergio Correa, y entre los jóvenes de entonces además de Cristian Caro, recuerda con aprecio a Pedro Osandon —actual obispo auxiliar de Concepción—, Cristian Contreras —obispo auxiliar de Santiago—, Francisco Astaburuaga, Tomás Schetz, Eduardo Howard Roschigo Tupper —actual vicario de Pastoral Social—. «De cada uno de estos personajes aprendí tanto y me ayudaron en momentos difíciles. Esto sucedía mucho en el Bosque y Polanco se aparecía a cada rato a relatarme por algo. Me llamaba la atención porque era muy amigo de Tulio o me había reído mucho con megarina».

Para los bosquianos, en los ochenta el clima se enfriaba en la medida en que tomaban contacto con otros curas o seminaristas ajenos a la influencia de Karadima. «Le impedía la angustia que me producía vivir en un constante estado de que te

iban a delatar, y nosotros nos protegíamos, pero uno nunca podía confiar mucho en los otros porque con tal de hacer meritos también te podían delatar. Era un sistema de constante autodefensa y de destrucción de tu libertad.

Juan Carlos Cruz era buen alumno y era querido en el Seminario. Sin embargo, afirma que Rodrigo Polanco, «que oficiaba como funcionario de una policía secreta, me veía encontrando fallos que me hacían sentir mal. Me acusaba cada cierto tiempo a Karadima y me tenía que humillar delante del "santo", oreando sus filipinas sobre cómo yo era un maldito y que no podía lograr la santidad con tanto amigo y que le debía fidelidad solo a él. Se encargaba de recordarme lo que él sabía de mí y que mi vida dependía de él. Yo prometía fidelidad y el miedo me mantenía "fiel" a El Bosque y sus mandatos por un tiempo, pero pronto volvía a estos amigos que te habían encontrado que me hacían ver una Iglesia tan distinta y libre. Vivía, así, una suerte de doble vida, y Karadima a veces me insinuaba que podía estar gustándome a guisa de esas personas y que debía separarme de ellos».

En su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz, Juan Carlos Cruz enfatizó: «Mi conducta en el Seminario fue intachable, nunca se me castigó por nada y nadie me puede imputar algo indebido en esa época».

Vicarios y obispos

Ajeno a lo que sucedía dentro de la parroquia de Providencia, el padre Alfonso Baeza advierte que los sacerdotes de El Bosque iban tomando más relevancia dentro de la curia.

«Después que Juan Barros fue nombrado secretario de Fresno, empezaron a designar en cargos importantes a otros miembros de este grupo. Horacio Valenzuela, el actual obispo de Talca, fue vicario de la zona oeste. Después conocí a Andrés Arteaga, que pasó a ser obispo auxiliar de Santiago y el arzobispo Francisco

Javier Errazuriz lo puso también de viceregente en la Universidad Católica», señala.

«Tomás Kolpatik tiene una relación estrechísima con Katadina. Y me imagino que Juanito Harris también. Y en el Seminario había sacerdotes que dirigan que también eran de El Bosque, como Rodrigo Polanco, que llegó a ser rector», comenta Alfonso Baeza.

—Parece que con Fresno tuvieron su primer tiempo muy halagador.

—Claro, Fresno era muy pidoista. Con él empezaron esos nombramientos de vicarios de zonas de los de El Bosque, y después continuaron con Carlos Oyiedo.

—¿Ustedes no sabían que dentro de la parroquia El Bosque se pintaba Katadina con el nuncio Angelo Sodano?

—No, no tenía idea. Por eso será que hay tantos obispos de El Bosque. Pero los nuncios consultaban así es que deben haberle preguntado su parecer a un sacerdote que tenía tanta influencia.

—Se interpreta entonces que la cantidad de vocaciones de Katadina eran una suerte de arma de presión, una «tarjeta de presentación» que usaba para influir.

—Claro. Yo creo que hacía eso.

—¿Ustedes abundaban estos temas?

—Comentábamos «siguen nombrando obispos de El Bosque», por supuesto que llamaba la atención.

—Y dentro de esos comentarios, ¿les parecía derechista la línea de El Bosque?

—Sí, desde luego. No se veían tan sólidos como el Opus Dei, pero de derecha de todas maneras.

—¿Qué opinión tienes de Rodrigo Polanco, actual vicedecano de la Facultad de Teología?

—No lo conozco mucho, pero la otra cosa que tienen los de la Conat —así les decíamos también a los de El Bosque en alusión a la Corporación Nacional Forestal— es que son muy educados. Te tratan a ti con un afecto notable. Y en eso está cru-

la influencia de don Alejandro Hunez, que costaba imaginar que fuera hacer un pelambre.

—¿Y a Samuel Fernández, que fue decano, lo conoces?

—Sí, tiene las mismas características, un tipo muy educado, muy caballero. Samuel ha sido un investigador del padre Hurtado, ha sacado muchas libranas.

—Todos se los dedica a Karadima, su director espiritual.

—Y una de sus características es que no profundiza nunca en lo social del padre Hurtado. Muy pura, se nota la obra de El Bosque en estas cosas. Puede ser muy buena su investigación, pero ha destacado siempre al padre Hurtado en el aspecto de la oración, de la santidad entendida como tradicionalmente se hace, como un sacerdote mismo y contemplativo, pero no como el lo fue y anda sobre justicia. El padre Hurtado decía que la caridad empieza donde termina la justicia.

Bacarreza y el diablo

Una de las historias casi legendarias entre los ex integrantes de la Acción Católica es la disidencia de uno de los cinco obispos formados por Fernando Karadima con su ex director espiritual Felipe Bacarreza. Un tipo brillante —dice Juan Carlos Cruz—. Se fue a Roma a estudiar cuando ya era sacerdote. Al poco tiempo empezó a trabajar en la curia en Roma y le fue increíblemente bien. Sin embargo, no fue lo mismo en el Bosque.

La leyenda dice que Fernando Karadima pregonaba que a Felipe Bacarreza, uno de los primeros sacerdotes nacidos de su semillero, «se le había metido el diablo» en los años ochenta. Juan Carlos Cruz asegura haber escuchado a su ex director espiritual profetizar esa sentencia, a la vez que lo calificaba de extremadamente orgulloso.

Jimmy Hamilton agrega más antecedentes a la historia del actual obispo de Los Ángeles. Fue uno de los primeros sacerdotes de El Bosque y tenía dos hijos espirituales, entre los cuales

se encontraba Francisco Gómez. Entonces se produjeron unas celos espantosos de Karadima con este sacerdote que es mucho más inteligente que el y empezó a aumentar la rivalidad».

Bacarreza se fue a Roma, donde se doctoró. Se quedó en Roma hasta que fue nombrado obispo. Fue obispo auxiliar de Concepción y rector de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, pero se fue de El Bosque. «Karadima y los de El Bosque nos decían que también se le había metido el demonio. Que se puso orgulloso porque tanta gente ahí en Roma lo habían santiguado». No es parte de esta inimitaria Karadima lo consideraba "medio lequito" nos decía. "Muy inteligente, pero lequito, mi hijo, ensiberbeado." Cualquiera persona que se le cruzara en el camino a Karadima era una persona que desafiaba. Alguien que a él le desagradara o que le llevara la contra en lo más mínimo.

Recuerda Juan Carlos Cruz: «Las relaciones entre Karadima y Felipe se congelaron, y cada vez que venía a Santiago e iba a El Bosque teníamos que ser cordiales con él, pero por ningún motivo dirigíame la palabra. Nada de amistad con él o cercanía. Yo le tenía terror, porque no sé qué pasaba ya que nunca supe el motivo de la pelea salvo lo del orgullo. Yo conocía a su hermano, Juan Carlos Bacarreza, era de mi edad y me caía excelente, fue uno de mis primeros amigos en los veraneos en Concepción, donde ellos tenían casa. Y por supuesto que sabía de este hermano cura que le decían Pilo. Sin embargo, para mí y los de El Bosque, era Father».

Cuando Juan Carlos estaba en el Seminario, el padre Felipe Bacarreza fue invitado a celebrar misa y tomar desayuno con los seminaristas de primer año. «Por supuesto Karadima supo esto de inmediato por Polanco, que informaba todo. Ese domingo se nos advirtió en la parroquia que por ningún motivo nosotros

¹ Francisco Gómez Gómez fue uno de los primeros seminaristas que se fueron de misión a Europa del sacerdote, uno de los jesuitas de El Bosque. (1981, según cuenta en un documental con el título *Verano de misión*, emitido el 2 de mayo de 2010. Más tarde editado en videos IV. El documento, el Seminario Gómez declaró ante la prensa que con Gómez comenzó el 15 de marzo de 20.

debíamos hablar con Bacarteza ni hacerle preguntas, ni la menor observación. Además, en el Seminario, Polanco me hizo por pieza a realíznanos la prohibición de acercarnos a Bacarteza.

Terminada la misa, Juan Carlos fue a su habitación a dejar sus libros. Se demoró unos minutos y llegó tarde al comedor. Todos estaban sentados. Los de El Bosque —recuerda como si fuera ayer—, bien lejos cada uno en mesas distintas, pero muy distantes de Felipe, tal como les habían ordenado sus jefes. En eso, veo que el padre Cristian Caro me llama y me dice: "Juan Carlos, siéntate acá". Y era justo la mesa donde estaba sentado Bacarteza. Bajo la mirada feroz de Polanco y de todos mis amigos de El Bosque me tuve que sentar a tomar desayuno con ellos. Fui amable, hablé cuando correspondía, pero no dije nada de lo que consideraban inapropiado. Al terminar el desayuno, me despedí y me fui a clases sin saber lo que me esperaba.

Bajo vigilancia

Tras el hecho, Polanco llamó con rapidez a Karadima para informarle como había sido el encuentro con Bacarteza, relata Cruz. «Y aprovecho de acusarme porque me había sentido con Felipe y los demás. Se le dio la orden inmediata de hablarme fuerte y duro. Como a las dos de la tarde, llegó Polanco a mi pieza. Me dijo que quería hablar conmigo y que fueramos al lago, porque ahí era tradicionalmente donde nos llevaba para que padre oyesse lo que estábamos conversando. Para que te cuento la que me llegó. Desde llamarme traidor hasta que el padre Karadima estaba tan delido conmigo. Me decía que hasta cuándo yo iba a hacer mi voluntad, que era un rebelde, que tenía que rezar más, porque con toda claridad no estaba haciendo lo suficiente y el diablo me estaba tomando entero. Me dejó increíblemente preocupado y angustiado. No pude dormir. Solo pensar en que todavía me quedaba enfrentarme a Karadima me daba dolor de estómago».

Llegó el día del encuentro con el parroco. Yo iba armado de un sinnúmero de excusas y disculpas por mi "mal actuar"; varios ya sabían de mi "maldad" y no me hablaban o me daban consejos para obedecer mejor. Karadima me ignora —cosa común con el que está en desgracia— y al final me trató con dureza, me repudió lo del tejido de vidrio... yo le pedí perdón y seguimos adelante. Pero este episodio que surgió a partir de una situación tan simple sembró algo en mí que me ayudaría en los años siguientes a salirme de esta secta.»

Pero faltaba aún tiempo para que Juan Carlos Cruz perdiera el temor a todo lo que implicaba El Bosque para él. «Los meses siguientes se me hicieron difíciles a causa de Rodrigo Polanco, a cada minuto vigilaba mis acciones. Lo peor era que tenía acceso a las reuniones de formadores, donde se discutía tu caso, tu desarrollo, lo que te faltaba... Obviamente eso significaba línea directa con Karadima, así que aprendí a cuidarme y cuando hablaba con algún formador lo hacía de manera que ellos discuyesen lo menos posible en la reunión donde estaba Polanco.»

Y describe otra situación que fundamenta el apelativo de «secta» que da a la convivencia de El Bosque: «Por desgracia, una manera de subir en el escalafón ante Karadima era delatar a otros. Mis amigos que entraron conmigo al Seminario se convirtieron en informantes, y no solo respecto de mí, sino también en relación con ellos mismos. Nadie podía vivir en paz. Y lo triste es que uno pensaba que eso era tu vida, eso era lo que te había tocado y había que vivir con eso. Sin darme cuenta, me ponía cada día más triste y esa felicidad enorme de estar haciendo la labor que Dios me pedía, se disipaba.»

Don Vicente vetado

Una de las personas que más lo ayudó en esa dura etapa —cuenta el ex seminarista— fue monseñor Vicente Abamaila, «uno de los grandes apoyos que he tenido en mi vida». Por aquel entonces,

«mandaba los ofendidos mas a gozaba de un gran respeto intelectual. Sin embargo, no lo podíamos tener de director espiritual, ya que Karadima lo tenía vetado», dice Juan Carlos Cruz.

«De a poco don Vicente me empezó a mostrar lo que era la verdadera santidad, lo que significa ser humano. Aceptar las caídas que te hacen mejor. Que Dios te quiere a pesar de todo lo que uno considere malo. En fin, una teología de amor y tan humana que me cautivó. Pasábamos horas hablando de Santa Teresa, de los benedictinos, de la contemplación, de la humanidad. Me enseñó a querermos y a aceptarnos con todas nuestras faltas. No tengo palabras para decir lo que este hombre santo hizo por mí», señala.

Pero como peraba los ojos vigilantes encima, Juan Carlos Cruz trataba de ver al padre Alimada en secreto, para que nadie de El Bosque me acusara. Evitaba sentarme en la misma mesa en las comidas y almuerzos para que nadie me llamara la atención.

Cuenta que, escondado de los de El Bosque, iba a las Carmelitas, donde el padre Alimada celebraba misa. Ellas son mis amigas hasta hoy, y me presentaron a las oblatas que él fundió. Sin embargo, esto no podía durar mucho y me pillaron. Me acusaron a Karadima y se me prohibió ser amigo de don Vicho.

Pero esta vez Juan Carlos no obedeció. «Segui siendo su amigo y mas encima le pedí que fuese mi director espiritual. El no era para nada tonto y sabia que yo le hablaba de los peces de colores en mis confesiones y charlas espirituales. Sin embargo el siempre se las ingeniaba para hacerme ver la te libre, la Iglesia libre y mi propia vida en libertad. De a poco, me fui sufriendo con el y le conté sobre las presiones de El Bosque y que me sentía tan atrapado. Pero el temor persistía. «Nunca hable mal del padre Karadima, porque sentía que él de alguna forma me podría pillar».

En medio de esas tensiones, la salud de Juan Carlos Cruz se deterioró. Se le complicó una cirugía de apendicitis. Se fue a cuidar a su casa, pero no mejoraba. Mi cuerpo, como se supiese, empezó a llenarse de infecciones y heridas que no sanaban. Me operaron varias veces y la herida no se curaba, incluía. «El padre

Fernando no quería que estuviese en mi casa con mi mamá, pero los médicos y el rector del Seminario me pedían que me quedara en la casa para que me cuidaran bien».

Cuando iba a conversar con Karadima —recuerda Juan Carlos—, «apenas me preguntaba por mi salud, pero me hacía insinuaciones sobre cómo tenía que ser leal, porque él tenía tanta información mía».

La angustia se hizo cada vez más fuerte. Sentía que no daba más. «Decidí que me quería suicidar», confiesa. «Pensé en tantas formas de hacerlo, pero ninguna me convencía. Pensé en tratar de no mejorar me de mis heridas e infecciones, y así eso sería una muerte digna y se hablaría de este pobre que se murió y Karadima nunca más me podría amenazar, darme la vida, tenerme de rehén, tocarme y darme besos. Pensé que si él pretendía dañarme, podría decir mi secreto, pero yo ya no estaría ahí para ser rechazado y quedarme solo».

No obstante, el joven seminarista logró salir adelante, dejando atrás las ideas suicidas. «Quería mucho a mi familia. Mi mamá no se recuperaría nunca de mi muerte, y a mis hermanos, aunque peleábamos mucho, los quería mucho para hacerles eso. Después pensé también que no iba a dejar a Karadima salirse con la suya y lograr lo que durante tanto tiempo había tratado conmigo y con otros: sacarnos de nuestras familias y dedicarnos solo a él».

Juicio en El Bosque

Un episodio decisivo para Juan Carlos Cruz ocurrió el 25 de octubre de 1987. Se estaba reintegrando de a poco al Seminario después de su enfermedad y antes de salir recibió un llamado para una reunión en El Bosque.

Se fue de su casa a la parroquia antes de partir al Seminario. «Cuando subí a la pieza de Karadima para saludarlo, me mandaron a la capilla para que rezara porque el santo quería hablar conmigo. Esperé en la capilla y sentí sus pasos. Entré a una de las

«Las donde me esperaban todos mis compañeros del Seminario que pertenecían a El Bosque: un grupo de doce personas, bastante intimidante. Al padre Fernando lo rodeaban todos como en un semicírculo: había una silla al medio para mí, como en un juicio, reñida.

Registra en su memoria los nombres de casi todos los presentes: Andrés Arteaga, Rodrigo Polanco, Juan Barros, Javier Barros, Samuel Fernández, Diego Ossa, Salvador Gutiérrez, Andrés Arzúa, y algunos más. «Ese día empecé a ser un nuevo "traidor" para El Bosque».

Karadima tomó la palabra diciendo que esto era por mi bien y que nadie le había dicho nada, pero que todos creían que debía hablar conmigo, recuerda Juan Carlos Cruz. «Empezó a indicarme que mi conducta dejaba mucho que desear. Que no era leal a El Bosque, que tenía muchos amigos que no eran de la parroquia, que no estaba rezando suficiente y que yo le debía todo a El Bosque y a mi padre espiritual que me había dado tanto».

Mientras escuchaba a Karadima —señala Juan Carlos Cruz—, pensaba en toda la preparación que hay detrás de algo como esto y como el padre personalmente prepara o "adrena" —por usar su término— a alguien que va a enfrentar a otro porque se ha salido de la "correcta doctrina" que es actuar como lo manda El Bosque. Yo pienso que estaba todo urdido y organizado, porque yo lo había hecho a otras personas. Él te prepara y dice: "Tu próxima dirás esto y esto y esto otro y yo no diré que he hablado con ustedes". Él instruye antes sobre lo que tenían que plantear.

«El padre seguía con su discurso. Decía que mi enfermedad era una excusa para no estar por completo dedicado a El Bosque, mientras yo estaba sentado manteniéndome de enfermo sin saber qué hacer. Se me vino todo al suelo. Y escuche las palabras tan repetidas en otras oportunidades: "Mira, Cachitos, tu tienes teja de de vidrio y tú sabes muy bien por qué. No voy a ir al Seminario a contar esto para que te echen si tu no cambias y te vuelves absolutamente obediencia a mi otra vez. He sabido que estás de

amigo de otro sacerdote, supe que te confiesas con el padre Vicente Almonada"», continúa Juan Carlos Cruz.

«Yo seguí muerto, por lo que él sabía y lo estaba hablando delante de todos esos otros. Y los otros me miraban fijamente», agrega.

En su memoria está grabado cómo que hubiera ocurrido hace unas horas, ese «juicio», como él lo llama. No puede olvidar la gran sala circular y los más de veinte ojos clavados en él.

Después de hablar el cura —recuerda—, tocó el turno a cada uno de los sacerdotes presentes de la Pía Unión. El hoy cuestionado Diego Ossa —dice— abrió el fuego: «Es que tú no rezas suficiente y estás siendo muy infiel al padre Fernando que te ha dado todo, es nuestro padre espiritual», manifestó según Cruz. Otro espetó: «Tú estás muy amigo del padre Ursula Precht, de Rodrigo Lupper y te ríes mucho con ellos y ellos critican a El Bosque y al padre». Uno de más allá te enostraba que no estudiaba suficiente, y el «acusado» tenía un promedio de 6.7 en el Seminario.

Antes las críticas, «me quedé helado frente a todo lo que ocurría, tenía un miedo horrible, no solo porque me podían echar del Seminario, sino por lo que Karadima me dijo y las insinuaciones sobre cosas que sabía en confesión. Estaba aterrado por mi reputación y lo que dirían mis amigos y mi familia. Delante de todos prometí cumplir con lo que se me estaba pidiendo y pedí públicamente perdón. ¿De qué? Nunca supe... pero bien humillado delante del grupo, pedí perdón. Y le dije: Padre, yo le debo todo a usted"», como querían que dijera.

Esa noche de vuelta al Seminario, Juan Carlos Cruz no durmió ni una pestañada. «Esperé una hora decente para que el padre rector Juan de Castro despertara y le fui a golpear la puerta para pedir su ayuda y saber qué hacer ante esta situación que me estaba matando». El rector se portó muy bien, dice Cruz.

«Le conte de toda la manipulación de El Bosque, menos de los abusos sexuales. Entonces me dijo: vádate a la pieza de don Vicente, cuéntale a él, no vayas a casa ahora, yo me voy a encargar. Fui a

en a don Vicente y también a Jorge. Ese mismo día tuvieron reunión de formación. Y como Bolanco y Arteaga eran formadores del Seminario se enteraron de inmediato que yo había confesado. Y fueron donde el cura Karadima y le dijeron que yo había hablado con De Castro y Ahumada. Entonces el párroco dio la orden de que ninguno de El Bosque me hablara nunca más en el Seminario.

Y la sentencia fue cumplida. Yo caminaba por uno de esos eternos pasillos y cuando me topaba con uno de El Bosque me daba vuelta la cara. Yo me sentía enfermo, angustiado. Pero, por otro lado, en esa época estaban happen Fernando Chomali —que después no se ha quietado quemar ayudando a victimas, porque como tantos, está en una carrera por el poder—, y otros amigos, y un verdadero padre espiritual, don Vicente Ahumada. Ellos me apoyaron mucho.

Los de El Bosque no le hablaban más «dijo», aunque muchos de ellos eran sus amigos desde los quince años. «A partir de ese momento me ignoraban. Y la única vez que recibí alguna comunicación fue cuando Andrés Arteaga se me acercó y me dijo que el padre Karadima estaba muy dolido y que yo le había hecho mucho daño. A pesar de ser formador del Seminario, se portó pasivo conmigo y obviamente me hablaba solo cuando era necesario».

Secreto de confesión violado

Pero las tribulaciones no terminaban para Juan Carlos Cruz en su acontecido paso por el Seminario. Después del «juicio» del 25 de octubre de 1987 en la parroquia El Bosque, el rector Juan de Castro y el padre Vicente Ahumada le mandaron llamar. Dos semanas después me llamó el padre Juan a la pieza de don Vicente. Y él me dijo: «Quedate muy tranquilo por lo que vas a oír, pero te tenemos que decir algo». Me dijeron que había llegado una carta escrita por Juan Barros, entonces sacerdote y secretario de

monseñor Fresno Juan Barros se la había dado a Fresno y él arzobispo la mandó al Seminario.

La carta era una bomba de tiempo que al final rompía el mentado «tejado de vidrio» tan temido por Cruz. El rector del Seminario, Juan de Castro, se la mostró. «En ella decía que dos jóvenes de la Acción Católica fueran a hablar con el padre Juan Barros para decirle que Juan Carlos Cruz había hecho intentos de seducirlos, que los había acorralado o algo así. Como Karadima tenía secreto de confesión sobre lo que yo le había contado que no era precisamente eso, es posible que los dos "jóvenes" fueran manipulados por Karadima para hablar con Juan Barros.»

«Y esto es verdad?», le preguntó Juan de Castro. «Yo le respondí: "padre, algo hay, pero no fue así". Me dijeron que me creían. Yo no me había atrevido a contarle a nadie los abusos ni toqueteos de Karadima. Ni a ellos. En esa época a nadie me iba a creer, pensaba yo.»

De Castro y Añumala, según Cruz, hablaron con monseñor Sergio Valech, «quien intervinó para que no me echaran del Seminario. Se partió super bien».

Juan Carlos Cruz concluye: «Karadima cumplió su promesa de cagarme y de revelar el secreto de confesión, como dije en el tribunal eclesástico».

«Si tu tienes un director espiritual que te está confesando no estás obligado por el secreto de confesión, aunque éticamente no debería hablar. Pero como él nos confesaba, él estaba obligado a no revelar nada. Por eso, como es tan perverso, manipulaba a otros, y como cada uno le obedecía ciegamente, hacían las barbaridades en nombre de la santidad de Karadima. El entusiasmo es de él. Es el dios, es el santo, el omnipotente», indica Juan Carlos Cruz.

«A mí me arrumó, me curó de nuevo, me avisaron que volver a operar. Estaba tan enfermo, tan feo, que dije "esto me lo está mandando Dios como para irme con dignidad y no causarle más dolor a mi mamá", que era lo más que me preocupaba.»

Después de la renuncia de octubre de 1987, dejó de ir a la parroquia. Se mantuvo un tiempo más entre su casa y el Seminario, pero ya alejado de El Bosque, hasta que a fines de 1989 decidió dejar el Seminario. «Ya no daba más de la tensión, viviendo en silencio y con la presión de que los de El Bosque no me hablaban y me hacían la vida imposible. Eran muchos y amigos míos de la infancia, algunos me daban vuelta la cara cuando pasaban por los pasillos del Seminario.»

Entre ellos, mencionó a Diego Ossa, Samuel Fernández, Salvador Gutiérrez —quien se salió después de cura—, Andrés Arteaga y Rodrigo Polanco —que eran formadores—. «Ellos eran los que te delataban al padre si tú hacías algo en el Seminario».

Periodista en Estados Unidos

En 1990, Juan Carlos Cruz entró a la Universidad Diego Portales a estudiar Periodismo. Pero las dudas continuaban. No terminó de estudiar en la Portales, porque consideraba que todavía tenía vocación. Y se fue a la Universidad de Notre Dame, a la Holy Cross, en Estados Unidos, «a probar si yo podía ser sacerdote». Estuvo otro año estudiando Teología «que fue el más feliz de mi vida. Conoció una realidad maravillosa, pero me di cuenta de que el sacerdocio no era lo mío».

Volvió a Santiago y terminó en la Universidad de Las Condes. Me reconocieron todo lo que había hecho y terminé en vespertino, porque necesitaba trabajar, y salió como licenciado en Ciencias de la Comunicación. Después, en Estados Unidos el Estado me convalidó mis estudios y quedé con un Bachelor of Journalism and Communication.

En Chile alcanzó a trabajar en el canal La Red en los años noventa, con Gemma Contreiras y Fernando Paulsen, recuerda. «Me encantaba lo que hacía. Pero alguien que nunca supe quién fue me llamó para decirme: "Se que tú eres maricón y yo voy a contarlo"». Tenía todas esas tensiones y decidió irme de Chile

No podía estar en este país. Ya tenía claro que yo era homosexual, pero no lo tenía asumido y me daba un miedo espantoso, me daba vergüenza por lo que dijeran y que humillaran a mi familia. Y con lo que me decía Karadima, creía que todo era culpa mía. Entonces me fui de este país para empezar de alguna forma en otro país.

Fuiste como sobrecargo en la línea aérea United y llegó a ser el gerente de Relaciones Públicas. Tray un paso por el Banco Popular de Puerto Rico, desde hace dos años es director de comunicaciones en las Américas de Manpower. Vive en Milwaukee Wisconsin, a una hora veinte de Chicago, donde está la sede mundial de Manpower. Viaja por todo el mundo para dar a conocer los estudios que realiza la compañía, en particular sobre asuntos laborales, y participa en importantes foros internacionales.

—Fueron tus contactos en Estados Unidos los que llevaron la historia a *New York Times* en abril de 2010?

—Sí. Yo estaba tan angustiado con esto de que la Iglesia no decía nada, y que ya me andaban en el mundo porque filtraron los rumores. Y me intentaban descalificar diciendo que Juan Carlos Cruz es un homosexual enfermo, que su declaración no es válida.

Entonces me preocupé, porque no solo me estaban descalificando a mí, sino que pensaba en mi familia y mis amigos que iban a ser con Aduanas, ya estaba dispuesto a presentar la querrela en la justicia civil, señala.

Yo no contacté con la gente de SNAP*, que es una fundación que ayuda a gente abusada por sacerdotes, a hombres y mujeres en todo Estados Unidos. Me junté un viernes con ellos y no podían creer lo que les contaba. Acababan de llegar de Roma, porque descubrieron toda la historia del padre Laurence Murphy que abusó de doscientos niños sordos en Milwaukee, en Milwaukee. Entonces me propusieron: «Nosotros vamos a llamar al *New York Times*, ¿te importa?». Y yo llame a Jimmy Hamilton y le

* SNAP es el *Survivors Network of those Abused by Priests*.

conté que me habían ploteado esto. «Ya, hagámoslo, me dijo». En ese momento, José Andrés Murillo quería hablar nomás, pero no aparecer en la televisión, y Fernando Barile no se atrevía. Así es que aceptamos los dos. Y la periodista que es la experta de asuntos de religión en Nueva York se interesó tanto y me pareció tan sólida, que le conté todo. Es Laurie Gubstein. Entonces ella habló con su editor y mandaron un periodista a Chile que hablara español. Entrevistó a los otros e hizo el reportaje.»

«Así se gestó eso — comenta Juan Carlos Cruz — y hasta el día de hoy Laurie me pregunta cómo estoy, cómo fue la ida a Chile. Y han ido haciendo un seguimiento con la historia nuestra cuando hay noticias.»

El hecho de que Juan Carlos Cruz fuera periodista le ayudó también en la acogida que su situación tuvo en medios chilenos. El denunciante era conocido de muchos profesionales de los medios de comunicación. Sin ir más lejos, Paulina de Allende Salazar, la periodista de *Informe Especial* que desarrolló el importante reportaje, y Pilar Rodríguez —la editora del programa, quien después se trasladó al Canal 13—, son amigas suyas desde muchos años.

Capítulo VII

EL INFIERNO DE JIMMY HAMILTON

Durante la semana siguiente de 1983, James Hamilton conoció a Pilar Covarrubias, una estudiante de Medicina que, sin el menor género de duda, sería decisiva en el cambio que tendría su vida.

Él tenía diecisiete años y había entrado a estudiar Tecnología Médica en la Universidad de Chile. Aspiraba llegar a Medicina, pero a pesar de que dio una buena Prueba de Aptitud Académica, su promedio de notas de enseñanza media de la Alianza Francesa no le permitió alcanzar el puntaje.

Pilar vivía a dos cuadras de Jimmy en Vitacura y empezó a llevarlo en auto todos los días a la facultad de la avenida Independencia. En las conversaciones que sostenían en el trayecto, le contó maravillas de un cura al que le decían «santos» Fernando Escobedo Larraín.

Junto a su primo hermano, el hoy sacerdote y vicario de la zona centro del Arzobispado de Santiago, Francisco Javier Mantecón, Pilar Covarrubias formó un grupo de estudiantes de Medicina y Tecnología Médica que participaba en las reuniones de la parroquia del Sagrado Corazón de El Bosque.

Una tarde, Jimmy aceptó la invitación de Pilar y fue hasta la iglesia colorada de Providencia.

La llegada a la parroquia y la convivencia con otros jóvenes significó para Hamilton un encuentro muy enriquecedor con la fe. Se incorporó con entusiasmo al grupo de «los médicos», como lo llamaban.

Un miércoles de ese mismo de 1983, unos doscientos jóvenes levoteros y rectos repletaban el salón parroquial. James Hamilton

estaba al fondo del recinto, apoyado contra la pared, en una actitud que denotaba una humildad.

Terminó Karadima vestido con sus ropajes sacerdotales, estaba sentado tras una mesa. De pronto, levanto la vista e indicó con el dedo, mientras traba su mirada en Hamilton: «Tú, espérame para conversar con mi gente».

El sacerdote miró hacia el lado para ver a quien se refería. «¿Y era yo?», carita mostrada la sorpresa que le provocó.

Lo mismo como en caso de elección de Dios. El poder misterioso de Cristo como un signo divino inequívoco. Era Dios que estaba hablando con mi que me decía "tú". Fue un acto de reconocimiento a una porción. (Cómo va, tú indigno, merecedor de cualquier cosa con mi consentimiento de toda la vida, con mi necesidad de amor, me eligió por este santo sacerdote?)

En ese instante vino «Dios en persona, a través de su mensajero» y desde entonces quiero hablar, quiero que tú me sigas, quiero que tú te entregues porque esto es lo que Dios quiere.

Ya no era para Juanes Hamilton un problema que su papá — quien no ven desde 1976 — ni su mamá, ni la gente de su alrededor se fijaran en él. Ya no tenía que estar buscando reconocimiento de ellos sino que se había involucrado en algo superior. Quería me el reconocimiento divino, ser merecedor de esa elección.

Ambiente erotizado

Al llegar a participar en la parroquia, como al presbítero Leonardo Karadima, a quien considere una persona maravillosa, de Juanes Hamilton el 2 de agosto de 2010, ante el juez suplente, Leonardo Valdivieso, del Decano Juzgado del Crimen. Él era un líder masculino, carismático en grado absoluto, nadie le contradecía ni discutía sus dichos, todos los adolescentes que participaban en la parroquia querían estar cerca de él, ser sus discípulos más cercanos y se referían a él como "el santo". Yo lo

admiraba por su sana doctrina y su apego a la Iglesia, y personalmente también lo consideraba como un santo. Como el mismo lo decía a todos, expresó con mucha claridad su testimonio judicial.

Poco después, Fernando Karadima lo designó —como tantas veces lo había hecho con otros jóvenes— su secretario personal. Y le señaló que él sería su confesor y director espiritual. Jimmy confió plenamente en este guía, que venía del Cielo. El cura, además, le pidió que lo llamara «papa» y que lo saludara de beso, como un hijo con su padre.

Fra tal la satisfacción espiritual y psicológica de Jimmy Hamilton que nada de eso le pareció extraño. Estaba hechizado. «La verdad me sentía frente a un verdadero santo de la Iglesia, con un papa preocupado y representando a Dios. Y, al poco tiempo, tuve el honor de ser elegido dentro de su círculo más cercano, me había para mí una alegría mayor».

Pasaron algunos meses antes de que el cura empezara con «chuchuleos» y otras manifestaciones físicas hacia él. Con ojos de hijo, James Hamilton admite que en el círculo interno de Karadima se vivía un ambiente cativado:

—¿Desde el comienzo captaste eso o es tu reflexión posterior?

Yo cachaba algo y me acomodaba un poco. Hay gente que dice «no, pero este huevon estaba grande». Pero no se tiene idea de lo que ocurre cuando se está vivenciado eso y uno confía en las personas. ¿Cómo no iba a confiar en este hombre? ¿Por qué iba a pensar mal?

Al comienzo —símbol—, debería sido como pensar mal cuando un papa le da un beso o llena de besos a sus hijos. A mí como hijo, nunca me dieron un beso, tampoco recibí una caricia. Nada. Entonces, cuando tú no has tenido nada, no tienes un punto de referencia. Por lo tanto, cualquier cosa que sea distinta de eso es perfectamente posible. Y no me parecía tan extraña, aunque

¹ Que el curial posea dicho poder es un hecho sacramental. Decretum 1963, Canon 850, § 1, de 1963, n. 2.

en un momento interno había algo en las tripas que me llamaba la atención.

Eran pequeñas cosas, tal vez intuiciones, dice hoy, «pero que no tenían importancia al lado del maravilloso premio de ser elegido por este hombre santo. Podría haber dejado pasar de largo ahora estas cosas. Además, había otros jóvenes de mi misma edad —pero maravillosos, inteligentes, líderes, a los que les pasaba lo mismo».

En ocasiones —recuerda—, «me castigaba con ciertas actitudes del cura, como que golpeaba sumamente en los genitales a los jóvenes del grupo más cercano, lo que nos causaba risa, y con el hecho de que los más íntimos se quedaran en su pieza hasta tarde».

«Jugueteos» y «cuetos»

Muy luego, como en otros casos, cuando Jimmy Hamilton se le daba al sacerdote Karadima, él empezó con la práctica de los «besos» «uniteados», como le sucedió a Luis Lira, a Juan Carlos Cruz y —afirman ellos— a muchos otros.

El médico describe así esas situaciones: «Como me había pasado que lo saludara de beso, varias veces corría la mejilla y me daba un beso en la boca. Después él se reía y ante mi asombro me indicaba que solo eran jugueteos». También fue testigo desde ese momento de los golpes en los genitales a otros jóvenes del círculo catano. Me llamaba la atención que no se irritaban, era como una prueba a su templanza sexual.

Tenía diecisiete años —y así lo especificó también en su declaración ante la Iglesia para la nulidad de su matrimonio religioso—, cuando «empezaron los toqueteos en mis genitales», lo que en el contexto anterior no le causó gran escándalo.

El 17 de agosto de 2010, tras ratificar su denuncia efectuada ante el fiscal regional Xavier Armendariz, Hamilton declaró también ante la actuación del Decano Juzgado del Crimen: «Conforme a lo que recuerdo, el primer episodio de abuso de índole sexual

que sufrió por parte de Fernando Karadima la fama, ocurrió cuando yo tenía unos diecisiete años de edad, es decir, el año 1983. Este "incidente" —ocurrió al interior de la parroquia El Bosque, se decía que en la casa del sacerdote y consistió en toquetos sobre mi ropa en la zona genital y besos con la de mi boca—

—¿Comentaban entre ustedes sobre alguna situación extraña?

—Se comentaba e incluso había hasta palabras para la risa. La casa de los toqueteos se llamaba «el cueto». No me acuerdo por qué se llamaba así, pero se llamaba «cueto» y todos se reían.

La referencia al «cueto» se repite en muchos testimonios de diferentes épocas entre los jóvenes bosquianos. Por lo que se puede concluir, Karadima se inspiró en el nombre del profesor español radicado en Chile, Enrique Cueto Sierra, quien trabajó en la Universidad Católica hasta antes del golpe militar y fue uno de los primeros en efectuar charlas de educación sexual y preparación para el matrimonio en colegios católicos desde la década de sesenta. Cueto fue rector del Instituto Carlos Casanueva, vinculado a la UC, donde se formaban las orientadoras familiares y juveniles desde 1952 a 2002. En los años sesenta, cuando nació la televisión universitaria, y hasta comienzos de los setenta, tuvo un programa en Canal 13, *Reflexiones al rezo*.

En el círculo más próximo a Karadima se entendía el sentido que el ex párasito diera a esa expresión, aunque algunos sostienen que también la utilizaba para hablar de demostraciones de cariño sin connotación sexual.

De repente llegaba alguno y decía "¡te cueto!". Eso significaba que llegaba el cura en esa onda, continúa Juanita Hamilton. Pero precisa que esto era con todos, porque a él le gustaban solo algunos, y a otros los despreciaba. O le servían como vocaciones sacerdotales que mandaba al Seminario y aumentaba su prestigio dentro de la Iglesia. Pero solo algunos eran sus cercanos y los solía besar.

—¿Y entre ustedes se gustaban?

Yo no me sentía atraído por los hombres. Siempre me gustaron las mujeres. Pero pensaba que debía tener a este gallo de amigos, tener un amigo como Gonzalo Tocornal, como Francisco Prohaska, como Guillermo Lagie o Hans Kast. Sentía que era un privilegio estar juntos con ellos.

En ese inquietante mundo de El Bosque, Karadima les inculcaba «el deseo de santidad», como relata Jimmy Hamilton. Y ponía a los santos de ejemplo: «los santos evangélicos, libros espirituales, como *Introducción a la vida divina* de San Francisco de Sales y muchos otros. Me sentía capaz de transformar el mundo, y si era obediente como Teresa de Ávila, no tenía como equivocarme. Con mi guía espiritual y confesor monseñor Karadima, tenía mi camino a la santidad casi asegurado».

Su gran tema de confesión — como el de tantos chiquillos de su edad — era la masturbación. Su confesor lo orientó hacia una «vida casta» con la intención de que se preparara para el sacerdocio. «Dejé de salir con niñas y pensé que podía ser ejemplo de muchos de mis nuevos amigos que también pertenecían al movimiento y aspiraban al sacerdocio».

Había pasado menos de un año de la llegada de Jimmy Hamilton a El Bosque. Se quedaba con frecuencia a comer en la parroquia con diez o quince jóvenes que reverenciaban a Karadima. «Siempre me sentía algo culpable, ya que en mi corazón no lograba participar de esa actitud en la que se le consideraba un santo como le decían algunos».

Cuando hizo sus primeras declaraciones en la Iglesia, en 2005, lo que anoté fue lo que me pasó desde los dieciocho años para adelante, que era el tema de las masturbaciones. Pero no me había percatado que todos esos roqueteos de los gemitales y las besas chuecas en que te corría la cara eran abusos y no gestos de amor paternal. Eso lo tuve claro después de conversarlo con los abogados, comencé. Y lo incluí en las declaraciones que le puse:

Oraciones y culpas

En marzo de 1984, James Hamilton Sánchez entró finalmente a Medicina en la Universidad de Chile. «Hicte mis estudios con el corazón dividido entre mi carrera y la aspiración al sacerdocio». En su casa se le veía poco. Apenas llegaba a dormir. La vida de "secretario personal" empezó a hacerse intensa y me quedaba cada tarde en El Bosque, comía en abundancia y disfrutaba de hacer ejercicio, además, era mal visto gastar tiempo en ello.

Muy pronto fui ascendido a vicepresidente de la Acción Católica, el grupo selecto de estudiantes universitarios de familias acomodadas, otros y grupos dispuestos a servir a Dios al modo de Karadima.

James Hamilton estaba feliz. Rezaba mucho y sentía un gran anhelo en la vida espiritual. «Deseara ser un santo como los de los libros, como San Bernardo o "la familia que alcanzó a Cristo"». Sinceramente creía que en algún momento me llegaría la vocación y podría cristizar mi vida en la más absoluta entrega. Sin embargo, sentía frustración al ver a sus amigos ingresar cada año al Seminario, y yo no era capaz de tocar a fondo el tema con mi director espiritual.

Los lunes, la rutina era diferente. Los sacerdotes y los seminaristas formados en la parroquia se juntaban y algunos solían ir fuera de Santiago. Los acompañaban estudiantes de la Acción Católica. Al atardecer salían en auto para llegar a comer a algún lugar. Era una real aventura y me sentía con verdaderos hermanos. Después de la comida, nos quedábamos en la sobremesa hablando temas de espiritualidad y de la realidad política. Todos éramos pinochetistas y bastante conservadores, y el resto del mundo, gente equivocada, incluidos gran parte del clero y, en particular, los directores del Seminario de Santiago de la época, decía James Hamilton.

En el país se habían iniciado en 1983 las protestas nacionales por la demanda de democracia. La represión se hacía sentir, los derechos humanos eran pisoteados y arreciaba la crisis económica.

con el consiguiente desempleo. En las universidades, en los seminarios, en los colegios profesionales y en las poblaciones prendía un movimiento opuesto al régimen militar. En El Bosque se vivía un mundo nuevo a todo eso. «Pinochet es un enviado de Dios», repetía Karadima.

Dudas en medio del túnel

Durante un paseo a Viña del Mar, un día de otoño de 1984, en el que no volvió a clases, «el invierno comenzó» para él.

Fueron al departamento de Jorge Karadima, uno de los hermanos del cura. Era hora de comer y decidieron cocinar allí. Los seminaristas y un sacerdote que los acompañaba fueron a comprar al supermercado. Karadima me pidió que me quedara con él, recuerda Jimmy Hamilton.

El joven aceptó gustoso. Creyó que por fin había llegado el momento de tener la conversación que ansiaba hacía tiempo. Su director espiritual le daría la oportunidad para ayudarlo a descubrir el misterio de su vocación, pensaba. «Uno de los factores más importantes de la influencia que tenía sobre nosotros era su autoatribución de que él era capaz de detectar la vocación, en su forma más germinal, lo que comparaba con un embarazo», señala el médico.

—¿La detecta así?

—Tal cual. Detecta que él era capaz de saber cuándo una persona tenía una vocación recién gestada en sí. Y que para uno poder verla, igual que la embarazada, temen que pasar como cuatro o cinco meses para notarla. Y sostenía que él era el único capaz de verla nacer.

—¿Que exigencias les ponía en ese periodo de «gestación»?

—Nos hacía en el fondo una suerte de ejercicio que era como entrar a una especie de túnel en el que uno tenía que dejar todas las actividades, entre corrientes, humanas o mundanas, para dedicarse enteramente a la parroquia y a él, por el riesgo de que

se perdiera ese gemido. Y siempre nos advertía que si se mostraba esa vocación, miles de almas no podrían salvarse y se irían al Infierno por culpa nuestra, lo que nos provocaba terror.

La incertidumbre continuaba — explica Hamilton —, porque nunca nos decía si teníamos o no vocación, sino que nos mantenía en la duda durante un largo periodo. Y a diferencia del embarazo, podían ser cinco años en esta espera en el discernimiento y en cuidar la vocación. Y sólo él — con esa especie de atribución mágica que lo empoderaba — era quien sabía cuál sería el momento. Él sabía lo que Dios quería para uno.

Jimmy Hamilton buscaba ingenuamente momentos de soledad con su director espiritual para abordar estos temas que lo inquietaban. Quedarse solo con él era una oportunidad de conversar para tratar de ver si tenía o no vocación. «Me sentía lleno de energía y generosidad, quería entregar mi vida, tenía ganas de encajar los atributos que creía tener. Y él retenía este flujo para su propio beneficio. Nos mantenía en un estado de limbo en este túnel oscuro del que queríamos salir lo antes posible para definir nuestras vidas y enfocar toda nuestra energía.»

En ese momento era impensable la posibilidad de que pudiera pasar algo distinto a una conversación espiritual, a una decisión vocacional. En ese estado estaba yo en ese departamento en Vinia, sostiene Jimmy Hamilton.

A solas en el sofá

El cura y el joven «secretario personal» se instalaron en el sofá del living del departamento del hermano de Karadima a ver las noticias de la tarde. «Me apoyó la mano en el muslo con suavidad y seguridad con una actitud que me podía parecer cariñosa, como la de un padre.»

Pero a los pocos minutos, la escena cambió de tono. «Comenzó a acercar su mano a mis genitales y me empezó a masturbar. Rápidamente tuve un orgasmo. Quedé parado. Nunca imagine

una situación tan tremenda que me produjese pánico, fue profundamente perturbador. Perdí las referencias de lo apropiado, de lo bueno, lo malo, y me sumí en una gran confusión», señala Jimmy Hamilton con serenidad y un brillo en sus ojos azules, mezcla todavía de enojo y dolor. Con similares palabras, su conmovedora confesión impactó a medio Chile cuando la reveló en Televisión Nacional, la noche del 26 de abril de 2011.

Mira de frente, se detiene unos segundos, toma aliento y su relato continúa. Llegó el resto del grupo y me sentía abrumado, exhausto. Nos sentamos a comer y Karadima permanecía imperturbable. Después de la comida, los seminaristas se desolvieron a Santiago.

Juan Esteban Morales, en ese entonces estudiante de Medicina de la Universidad Católica, y Jimmy Hamilton, que paralizado no atinaba a nada, se quedaron a algar. «No era capaz de tomar ninguna decisión y la compañía de Juan Esteban me daba algo de calma. Nos quedamos en la pieza contigua y durante la noche revisaba mentalmente lo que había ocurrido».

Desvelado e inquieto, barajaba la posibilidad de volverse solo pero ni eso pudo decidir. Al final se quedó. «No era capaz de hilar una explicación congruente y me sentía culpable por haber desvirtuado algo así. Temía que ser una equivocación, imposible, un hombre tan santo... debía ser una prueba divina para mi obediencia y templanza, un hecho de importancia menor en mi camino a la santidad. Debía ser una excepción... debía estar siendo aleccionado o probado».

Al día siguiente «un sentimiento de horror inundaba mi alma, solo la culpa atoraba. Monsenor no daba muestras de perturbación. Era impresionante», relata.

Partieron de regreso a Santiago después del desayuno, como si nada hubiese ocurrido. Hasta que al tomar el camino de vuelta, Fernando Karadima hizo detenerse el auto en la parroquia de Agua Santa, que tiene un santuario de Lourdes. «Me pidió que lo acompañara. Me dijo que lo que había pasado había sido un error

y que nunca se repetiría, que no tenía ninguna importancia», cuenta Jimmy Hamilton.

Entraron ambos a la iglesia y Karadima pasó a hablar con un sacerdote, recuerda el médico: «El cura me indicó que me confesara con uno que estaba en el contenedor y que solo le dijese que había tenido un pecado de pureza y así todo quedaría arreglado».

Ese fue el principio del horror, del terror, de la culpa y su transformación», señala Hamilton.

Entre culpas y «mañas»

A las pocas semanas del episodio viñamarino, Jimmy Hamilton fue premiado con un gesto de máxima confianza: «En mi mundo en el grupo íntimo que ingresaba a su pieza».

Por esa época, también Karadima le sugirió restablecer contacto con su padre James Hamilton Deriso. Así lo hizo y retomó el vínculo familiar. Fue acogido por él y su segunda mujer, Isabel Cruzaga, y conoció a los cuatro hijos del matrimonio, a los que veía como hermanos. Pero nada imaginaban ellos de las inquietudes y sufrimientos del estudiante de Medicina, mientras continuaban los premios de su «director espiritual». Tampoco su madre, Consuelo Sánchez, sospechó nunca algo extraño.

Las contradicciones aumentaban entre el sentirse parte de ese grupo y elegido de Dios, y lo que iba ocurriendo con el cura, explica Jimmy Hamilton: «Mi vida era la paterfamilia y él era mi director espiritual, decenas de sacerdotes habían salido de allí, numerosos seminaristas le seguían, amigos míos compartían en vida, esos principios y añoranzas, algo o alguien debía estar equivocado... sin duda era yo. A pesar de no entender lo que podía seguramente era mi culpa, yo lo desmentaba».

En su declaración ante el Primer Juzgado del Crimen, James Hamilton señala: «A partir de entonces se inició un período muy largo de mi vida de contradicciones, angustia, repugnancia y culpa por aquello que yo sentía que estaba provocando, y por

otra parte, Karadima seguía siendo mi guía espiritual y estaba totalmente sometida a su voluntad».

Las noches se le hacían cada vez más largas, dormía poco, pero la juventud —dice— le permitía aguantar. «Ya no solo me quedaba a comer, sino también permanecía hasta la madrugada en la pieza de monseñor, quien sufría de insomnio. Esperábamos hasta que le entrara el sueño para irnos. Fue en una de esas noches, en que me pidió que lo acompañara un poco más, que se produjo el segundo evento. Esta vez no solo me masturbó, sino que me pidió que lo masturbara a él y le practicara sexo oral. Me resistí al comienzo, pero el temor de perder su favor fue mayor. De ahí ya no tuvo vuelta, no fue de sorpresa, no podía resistirme. Me odiaba a mí mismo y la repugnancia de los hechos la dirigí hacia mí», manifestó James Hamilton en su denuncia ante el fiscal regional el 23 de abril de 2010.

Más distanciados al comienzo, frecuentes después, los «episodios» continuaron. En algunas ocasiones incluyeron la penetración por parte del cura, como quedó consignado en la declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz. En términos técnicos, Karadima sería un «sodomita activo». Al médico le cuesta hablar de esto. Solo asiente con la mirada cuando le digo que leí completo el expediente. La preocupación por sus hijos está presente: «¿Has pensado que si ellos lo pueden leer mis niños?», me pregunta.

Describe Jimmy Hamilton el proceso que vivía en esa época: «Mi mente se fue racionando y mi alma perturbada profundamente. Ya no era el mismo, mi fe se fue debilitando y no lograba estar como antes. Cumplía con los ritos y trataba de ausentarme e irme a la capilla. Ni eso lograba darme paz, me sentía profundamente solo y no podía confiar».

«Me entoque en mi carrera —continúa— y traté de resistir numerosas veces, pero cada vez que lo hacía y evitaba subir a su pieza, él me reprimaba que estaba con la "maña" y como consecuencia me quitaba su favor, lo cual para mí era terrible, y volvía a ceder», confiesa.

En una oportunidad —recuerda Jimmy Hamilton—, Karadima mandó a varios sacerdotes, entre ellos al hoy obispo auxiliar de Santiago, Andrés Arteaga, que era el presidente de la Pía Unión Sacerdotal, a hablar con él. Estaba también el actual obispo castrense Juan Barros Madrid. «Eran al menos seis», señala. «En una de las salas de reuniones de la casa contigua al templo, me indicaron que mi fe flaqueaba y que no meñor no estaba contento conmigo, que debía rezar más y comprometerme con la parroquia. Cuenta que la arremetida fue superior a sus fuerzas y cedió nuevamente».

Esa noche, Jimmy Hamilton, «angustiado y maltreado psicológicamente por Arteaga y los otros sacerdotes», tocó la puerta de la pieza de su «director», quien lo acogió. «Trataba de resuñir todas estas cuestiones sexuales de él, que sabía que estaban mal, pero no lo lograba».

Se sentía atrapado en estas prácticas a las que había sido inducido por quien oficiaba el rol de padre, guía espiritual y representante de Dios en la tierra. Casi Dios mismo.

En nombre de los santos

—Cuando Arteaga y los demás te daban el recado de que cambiabas con la maña, ¿era una cosa tacita? ¿Arteaga sabía de qué estaba hablando? —le pregunto.

—Quizás no, porque es posible que esto operara como celulas en que la información estuviera compartimentada.

Pero tanto Jimmy Hamilton como otras víctimas y testigos aseguran que Andrés Arteaga era muy enérgico para hacer cumplir la voluntad de Karadima. Y en el ambiente en que se vivía, una persona inteligente —como se le consideraba a él— era difícil que no captara algo extraño en las relaciones del cura con los jóvenes.

—¿Supiste de alguna otra historia similar anterior a la tuya?

—A mí el cura una vez me reveló que le había pasado antiguamente algo similar con un famoso médico al que yo conocía, pero que había sido un momento, que esto no le había ocurrido con nadie más, y que solo le sucedía conmigo. Eso reforzaba en mí la sensación de que yo estaba dañado. Que por mi manera de ser alegre, estaba generando en él esos sentimientos. Lo interprete como actitud coqueta, provocadora mía. Entonces me fui a la mierda. Porque me sentía el culpable de todo lo que ocurría y el me mandaba a contárselo.

—¿Cómo siguió el proceso? Al comienzo te sorprendió despreviendo...

—Sí... como te decía, la primera vez yo esperaba tener un espacio para hablar de mi vocación, para discernir si sería sacerdote, y terminó en esta pesadilla. Después la frecuencia fue muy variable. Al principio, transcurrió un buen tiempo en que después del primer evento no pasó nada. Y tuvo una actitud como de premio. Me nombró vicepresidente de la Acción Católica.

No fue lo único. También le llegaron otras gratificaciones. «En ese tiempo, el marido de mi mamá me había regalado un auto, un Suzuki jeep checo; yo nunca tenía plata para gasolina y el cura me llevaba a echar gasolina, me invitaba a comer, me regalaba alguna radio. Había una serie de premios, que yo los interpretaba como muestras de cariño. Yo venía generando una especie de relación de dependencia muy fuerte hacia él, muy poderosa», cuenta.

Jimmy Hamilton trata de explicar ese dominio que el sacerdote ejercía sobre él: «Él tenía la llave para abrir el libro sagrado que decía hacia donde iba a ir yo, qué es lo que Dios quería de mí. Eso estuvo siempre presente. Era permanente. A pesar del daño que me generaba y de la atrocidad de todo esto, yo no me daba cuenta de que era tan brutal. Sabía que estaba mal, pero él me decía: "No hay que preocuparse, son pecadillos menores. Piensa en San Agustín, que tuvo una vida licenciosa durante tantos años y después fue santo de la Iglesia, piensa tú en San Pablo, que decía

"me regocijo en mis debilidades porque me acercan a Dios", me planteaba.

—¿Trabaja a los otros santos para humillarse?

—Claro, tenía toda una batería de santos y de citas para minimizar estas cosas. Decía que no tenían importancia. El camino a la santidad, insistía, era un camino de humildad y obediencia. Y había que ser ciento por ciento obediente al director espiritual y ser humilde para reconocer todas estas debilidades que uno tenía.

—¿Se ponía en su rol de director espiritual en todo momento?

—Siempre. De hecho, yo tenía que preguntarle hasta si me podía comprar un par de zapatos nuevos.

—¿Y qué pasaba si no le hacías caso?

—Me quitaba su gracia. Dios me quitaba la gracia. Yo me transformaba en una persona réproba, un ser del demonio. Si yo no hacía lo que él quería, yo caía en las redes del mal y me terrorizaba con la posibilidad de caer en las manos del maligno y de perder mi alma. Él manifestaba que solo junto a su camino, bajo su dirección y su discrecionalidad tenía la posibilidad de la salvación y de encontrar la santidad.

Agrega Jimmy Hamilton: «Aunque esta cuestión pareciera inentendible para muchos, te aseguro que la mitad de la clase alta chilena vinculada fuertemente a la Iglesia Católica, que sabe de directores espirituales y todo esto, entiende de lo que estoy hablando: del sentido de obediencia que generan estos personajes, en especial, los que forman parte de los Legionarios de Cristo, del Opus Dei, o los schornstattianos. Diría que se salvan los jesuitas y otras pocas congregaciones. Pero del resto — hay muchos que conciben así a los directores espirituales. Y lo que me inquieta más es que hay muchos dirigidos por pupilos de Karaduna».

Presidente de la Acción Católica

En 1987, el año de la visita del papa Juan Pablo II a Chile, James Hamilton fue nombrado presidente de la Acción Católica

de El Bosque. «Ibata debajo a los vicepresidentes y secretarios, frecuentemente me tocaba realizar charlas de espiritualidad y cristianismo a los jóvenes del movimiento. En verdad sentía que el mundo podía transformarse a imagen de las enseñanzas de Cristo». Los asiduos a El Bosque lo veían como uno de los más cercanos al párroco. Y muchos jóvenes envidiaban su posición.

«En ese tiempo ya no solo acompañaba a Karadima los lunes y a comer después de la misa, sino que también a las casas de sus amigos fuera de Santiago, incluso los fines de semana», declaró ante el fiscal Armendáriz. A pesar de su profundo desgaste mental, James Hamilton se sentía todavía un elegido. Seguía en Mediano, aunque durante un tiempo disminuyó su interés por la carrera e incluso pensó dejarla, porque no abandonaba la idea de ser sacerdote.

Los demás integrantes de la parroquia «vivían su vida como siempre, aparentemente sin sospechar nada, pues todo seguía el sistema establecido con anterioridad. No era extraño que un joven de confianza se quedara hasta altas horas de la madrugada, muchos lo hacían», continúa Jimmy Hamilton.

Transcurrió así la década de los ochenta y la estrecha relación de James Hamilton con su «director espiritual» continuó.

Confesiones con el padre Panchi

Durante toda esa época, debía confesarse con el padre Francisco Javier Errazuriz Huneeus, el padre Panchi, quien vivía en la casa parroquial. «Un sacerdote viejo de El Bosque, que tiene un alcázar de nombre con el cardenal», aclara Jimmy Hamilton.

Por designio de Karadima, como relatan todos los denunciados, Errazuriz —el sobrino del fundador de la parroquia, monseñor Alejandro Huneeus—, se convirtió en el «confesor oficial» para estos casos. «El me indicaba que tuviese paciencia. Además, cuando nos íbamos a confesar teníamos que decir que los culpables éramos

nosotros. Lo más impresionante de todo era que Karadima confirmaba esa culpabilidad nuestra», señala Hamilton.

—¿Le contabas al cura Puchi en confesión lo que pasaba realmente?

—Le contaba como me decía Karadima que le dijera que había tenido «un pecado de pureza». Pero más de alguna vez le mencioné con quién, aunque no lo nombraba, le decía «con el parruco». Entonces me decía «M' hijo, no te preocupes, ten paciencia».

Muchas veces, cuenta Jimmy Hamilton en su denuncia, «debía ayudar en la misa y a dar la comunión, sin embargo había estado la noche anterior con él y ocurría que no lograba ubicar a Puchi, como llamábamos al padre Francisco Javier, con quien me mandaba a confesarme; entonces subía a la preza de Karadima y le pedía que me absolviera por pecados de pureza».

A pesar del estado de subyugación en que se encontraba, Jacques Hamilton tuvo en ese tiempo su minuto de desobediencia.

Un buen día me fui a confesar a escondidas con un sacerdote dominico que encontré en el templo de Pompeya. Le conte lo que estaba ocurriendo, aunque no le mencioné el nombre de Karadima. Me indicó que me alejara de «ese sacerdote». Cuando le conté a «mi director», me reiteró que solo me debía confesar con el padre Puchi. Y una vez más obedeció.

—¿En que momento empezó a asomarse en ti una mirada crítica?

—Desde que comenzó con los abusos mayores. Desde ese primer abuso en Yula, empecé a tener internamente un dolor que nunca más me abandonó. Se comenzó a resquebrajar mi alma y yo vivía en la culpa, en el temor, en el miedo de ser desconocido por él. Porque se genera un vínculo. Y cuando él me quitaba su gracia, con todo este tipo de reuniones con estos «matones» espirituales que me mandaba —dice refiriéndose a los otros sacerdotes enviados por Karadima para llamarle la atención—, me destruía.

Se sentía abandonado por el mundo. «No tenía a nadie más. Me había dejado de mi familia, de mis amigos de colegio. Lo único que tenía eran mis estudios en la universidad, pero nunca salí con mis compañeros de Medicina. Durante siete años dejé de salir con mujeres, porque tenía que mantener el celibato, probando si me iba o no de sacerdote.»

—¿Te planteaba Karadima lo del celibato?

—Él me lo exigía. Y en esos siete años fui célibe, salvo para sus gustos.

Con el correr del tiempo, tampoco estaba tan motivado por el sacerdocio como en la primera época. «Y pensaba que todo era consecuencia de mi falta de generosidad para con Cristo, al no haberme ido al Seminario cuando recién salí del colegio. Ya no tenía respeto por mí mismo y tampoco por Karadima, pero sentía que me dominaba. Pensaba que solo me quedaba tener paciencia y que en el fondo todo podría ser explicable. Fui insensibilizando mi corazón y dejando de sentir. La tristeza, la alegría fueron reemplazados por la angustia y la ansiedad. Me concentre en los estudios de Medicina, casi como un escape.»

—¿Él no te comentaba la posibilidad de irte al Seminario?

—No, yo muchas veces traté de conversarlo con él, pero a la vez era tanta la podredumbre dentro de mí que me decía "Como estoy pensando en el Seminario", si va no creía en nada. Trataba de rezar horas y horas con la esperanza de encontrar un consuelo. Pero me daba cuenta de que no tendría nada que hacer en el Seminario. Porque cuando tu estás dañado y sientes que eres desechable, no existen proyectos.

«Vivo al día»

En una de las conversaciones que sostuvimos después de hacer pública su denuncia, Jimmy Hamilton me señaló: «Hasta el día de hoy, si tú me preguntas cuál es tu proyecto de vida, no tengo. Vivo al día. ¿No quieres ser el mejor doctor, no quieres ganar plata?

—¿No quieres ser un dirigente político? No, no quiero. Yo, feliz me dedicaría a viajar por el mundo, me encantaría estar excavando ruinas como arqueólogo, metido en la naturaleza... Y sólo. No quisiera me encuentre capaz de mantener una relación estable.

—«Y un daño...» continúa... me hizo sentir durante años que era incapaz de ser un buen papa. Para mí es un milagro que mis hijos estén como están y probablemente ese milagro se debe a su madre. El daño para mí ha sido profundo y total. ¿Cómo te explico que no hay daño mayor?». —

El médico se detiene unos instantes detrás del escritorio en una consulta de la Clínica Santa María. Está vestido con el uniforme blanco y susurra las palabras para expresar lo que ha sentido: «A la mujer que la violan, la violan contra su voluntad. Ella sabe que la están violando. Al que lo meten preso por política, por una causa y le hacen cualquier cosa, es contra su voluntad, no están destruyendo su ser y sus creencias. A uno le destruyen todo. Y al final, pasan por arriba de la voluntad de uno».

—¿Dices «no tengo proyectos» pero quieres salir adelante con tu vida...?

—Mi proyecto hoy es, te lo voy a decir de una manera que puede ser un poquito ingenua, que me gusta operar, me gusta atender pacientes. Adoro a mis niños, me encanta la naturaleza, me gusta pintar, me gusta salir en una moto al aire, pero vivo al día. No soy una persona que diga voy para allá, quiero hacer eso. Quizá los designios de Dios no son esos. El plan de Dios quizás es otra cosa.

—¿Crees todavía en Dios?

—Claro que tengo esa especie de sombra como de un diavito que está acá encima de mí.

—¿Te sientes católico?

—No me siento católico. Me siento cristiano... bueno, ni siquiera. Siento que hay algo en mí que está metido en mis entrañas que si me ponen dentro de una iglesia y de una misa voy a tener recogimiento. Si me dan la comunión, la voy a recibir con amor pero... como puedo recibir con amor también una

ceremonias de iniciación indígena en el Amazonas o una ceremonia de iniciación por los apaches en Norteamérica. Porque siento que soy parte de una cultura, entonces no me puedo desarrancar de nada. ¿Verdad?

—¿Qué sentías tú por el cura Karadima?

—Al principio sentía que era mi opción de salud espiritual. Mi opción de conexión humana. Mi opción de imagen de padre. Mi opción de completar un pedazo enorme de mi vida y de mi estructura que había quedado ausente por mi falta de padre y porque tuve una mamá un poco ausente. Ella se casó a los trece o catorce años, cuando todavía no terminaba el colegio y luego se enfermó, mi sensación eterna desde niño era de abandono permanente. Recuerdo haberme escondido a los seis o siete años en el jardín de mi casa a llorar dentro de las plantas con profundo dolor, porque sentía que no me querían. Y toda mi vida me acompañó esa sensación de no ser digno de amar.

—¿Llegó entonces a un lugar donde un sacerdote, nada menos que un hombre que consideraban todos un santo, un hombre de Dios, se tiró en mí y me pone el dedo, y me dice "tú", cuando yo estoy al final de la iglesia. Este hombre, que era representante de Dios y — como se decía — heredero de un hombre santo que era el padre Hurtado, provoca una transformación profunda, sentí que era mi gran opción espiritual.

—¿Se embarcó explicando tu permanencia en El Bosque por tantos años?

—Claro. Pero mi era la moral adecuada a la sana doctrina. Uno sabe que hay algo que está mal, le duele, se quiere resistir. Pero al mismo tiempo, está todo este otro argumento casi teológico espiritual con el temor y la culpa. Yo creo que ni hasta hoy me he sacado esa culpa. Entonces eso pseudocrítica es lo que plantea. Se crea una nueva moralidad a la pinta del perverso Karadima. Y este perverso malvado convierte a la gente.

—¿No había algunos que se retiraban de El Bosque? ¿No te llamaba la atención eso?

—Se iban retirando algunos y me llamaba la atención, pero siempre había una explicación: llamadosa teológica, psicológica o psiquiátrica. O se iba porque tenía «lo malo», lo que significaba que tenía «el demonio adentro», o se retiraba porque era un portado o un soberbio, porque quería hacer lo que a él le parecía. O se iba porque era «laquino». Además, el cura se presentaba como pitonisa, en capacidad profética de determinar quien tenía vocación. Y si alguien se iba, venía una situación de descredición total de la persona. Y a nosotros nos entregaba la versión oficial, como cuando Pinochet decía «en Chile no hay detenidos desaparecidos», o en Chile «no se cometen atrocidades». Nosotros vivíamos con esa versión oficial.

Jimmy Hamilton señala que ha reflexionado mucho para comprender por qué se quedaba. «Tal vez era porque cuando uno entra a este lugar realmente uno entra a una familia. Por eso, se me viene a la cabeza esta idea de Colonia Dignidad. Porque uno empieza a tener su vida adentro y, como en toda pseudofamilia, uno empieza a aceptar las cosas como son, a adaptarse, casi a encontrar normal ciertos hechos y situaciones. Siempre hay una intución interna que a uno le dice esto está mal. De hecho, cada vez que Karadima abusaba de mí, como te contaba, me mandaba a confesar donde Francisco Javier Errázuriz, al que llamábamos Pacho. Pero yo me tenía que confesar, confirmando que yo era culpable.

«Que otro sacerdote me torzara a esta situación de que había que tener paciencia y que no lo consideraran "pecado grave" también influyó en esa pérdida de sentido», indica.

La culpa y el miedo, entretanto, hacían de las suyas. «Cualquier cosa debía ser asesorada por Karadima — dice Jimmy Hamilton — y ni siquiera la ropa podía ser a su disgusto. Muchas veces criticaba abiertamente a otros integrantes de la Acción Católica e incluso los echaba del "movimiento" por la más mínima acción autónoma que no contara con su beneplácito. Les decía que se les había metido el diablo y los mostraba como

ejemplo de falta de humildad y de cómo era fácil caer en las manos del demonio. Si yo no obedecía, me decía que yo estaba poseído por el demonio».

El demonio vivía por El Bosque...

—Era su alado permanente. Si estábamos en cualquier cosa en desacuerdo con él, era porque estábamos cayendo en manos del demonio. Eso era de vida o muerte, de salvación o de condenación eterna. Y aparecía siempre presente la amenaza del Infierno. Entonces, era la perversión perfecta, donde la moralidad la crea él. El dominio total de las conciencias, de los cuerpos y de los espíritus lo tiene él; él crea un nuevo mundo, una nueva cultura, una nueva realidad. Y es una realidad totalmente centrada en él.

Un señor feudal de El Bosque, cuya voluntad absoluta era la ley por la cual todo se regía, hasta que el escándalo estalló.

Capítulo VIII

MATRIMONIO INTERVENIDO

En esta sorbida historia que se empezó a tejer hace ya varios decenios hay un personaje que impactó a todos los que han seguido la narración vivida en torno a la parroquia de El Hosque. Es Verónica Miranda Llaulis, médico e ingeniera de cuarenta y tres años, ex mujer de James Hamilton Sánchez, y madre de sus tres hijos: Verónica, de diecisiete años, Diego, de quince, y Teresita, de catorce.

Verónica Miranda apareció en el programa *Intimidad* de Abel de 2010, apoyando los dichos de su ex marido. Su testimonio, precisamente por haber estado casada once años con Jimmy Hamilton, contribuyó a afianzar la credibilidad en la atónita audiencia.

El abogado querellante Juan Pablo Hermasilla, quien ha acompañado a los denunciantes desde esa fecha, la califica como una persona notable. No conoce a nadie que no le haya impresionado. Es un portento.

Delgada, de pelo largo castaño, que acentúa su figura menuda, alguna vez pensó en ser monja, hasta que se enamoró de James Hamilton en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Con un amor íntimo por Jimmy, entendió lo que le había pasado y que él no habría podido desahogarse con ella, porque estaba atrapado por Kanakina. Salir en la televisión apoyando a su ex marido, después de todo lo ocurrido, muestra que es una mujer notable, afirma el abogado.

Fue ella la primera en conversar con un cura amigo sobre lo sucedido y formalizar una denuncia ante la Iglesia Católica en 2004. «¡Y cómo ha cuidado y apoxado a sus chiquillos! Tú la

con la resistencia de esa gente en dictadura que era pura entrega. Como es lógico, me preguntó Juan Pablo Hermosilla.

Aunque me fue titulado así en ningún proceso y sus declaraciones por la justicia son las de una testigo hasta recorrer de ser testigo lo que ha vivido y para comprender que esta mujer ha sido una de las principales víctimas de Fernando Kuczma.

Polideo culposo

En marzo de 1990, cuando se iniciaba la recuperación de la democracia en Chile, Juanes Hamilton cursaba el séptimo año de Medicina. A pesar del infierno interior que vivía, había vuelto a poner su foco en los estudios. Pero le faltaba ya para titularse cuando conoció a Verónica Miranda, estudiante de cuarto año de la misma facultad. Nueve meses después empezaron a poliolear. «Después de tantísimos y deseos durante mucho tiempo elvados por mí. Por espermizador y teracvador», cuenta Hamilton.

Para el impuberto sexual no duró mucho. «Al tercer día de polioleo Jimmy me dijo que no podía poliolear conmigo», señaló Verónica en su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz.

Jimmy, su sobrito Verónica, había contraído una regla importante: Kuczma se arrogaba la atribución de dar el pase a cualquier decisión afectiva de sus niños de la Acción Católica. Ellos tenían que consultar cuando podían poliolear, con quien hacerlo y si podían tomar la mano o dar un beso a la poliolea. Cualquier paso debía ser sometido a consulta y contar con la aprobación del «santo» que dirigía sus vidas.

«Sentí culpa, ya que no era aprobado por mi director espiritual que yo conociera a alguien, debía ser planteado y solo podía hacerlo cuando Dios lo dispusiese para mí», explica Jimmy Hamilton. «Tanta fue la pugna interna, que me puse a poliolear de manera oculta. Pero luego se lo conté a Kuczma».

¹ Declaración de Verónica Miranda Tallafra ante el fiscal Xavier Armendáriz, 22 de mayo de 2010.

La confidencia la desató una noche con cuenta Jimmy Hamilton: «Me cito con un grupo selecto de sacerdotes de su confianza al restaurante Villa Real, en Providencia, donde iba a menudo, y me enteré que dejaba la relación».

Después de eso Jimmy Hamilton corrió mal: «Y me pareció que la única posibilidad de seguir con Verónica era incorporarla a la parroquia, así que la invité a las reuniones de los muertecitos. Poco a poco empezó a participar».

Unos días después se volvió a acercar a Verónica en la universidad y la invitó a El Bosque, donde él seguía siendo presidente de la Acción Católica. Hasta ese momento, «Jimmy no me había llevado nunca para allí. Sin embargo, la religión no era nueva para mí, pues estuve en un colegio católico y, de hecho, antes de entrar a la universidad había estado pensando en ser monja», dice ella.

Cuando comenzó a ir a misa a El Bosque, solía sentarse en los bancos del fondo de la iglesia. No conocía a nadie. Sintió entonces la inquietud de conversar con algún sacerdote. Jimmy le propuso a Andrés Arango, en aquella época vicario parroquial, con la idea de que se transformara en su director espiritual. Ella no sabía mucho de qué se trataba todo esto, pero le pareció una buena idea. Alcanzó a sostener algunas conversaciones con Arango, pero Karachuma decidió que ella también estaba bajo su tutela.

Verónica Miranda declaró el 4 de junio de 2004 ante Euseo Escudero y Gustavo Adolfo García Lucenzano, de los Sagrados Corazones, quien actuó como notario ad hoc. Es la primera declaración ante la justicia eclesial sobre este caso. En el escrito, elaborado por los sacerdotes García y Escudero — que lleva sus firmas y la de Verónica Miranda —, se consigna: «El padre Fernando le sugirió que su director espiritual debía ser él, porque ya lo era con Jimmy y que era conveniente que así fuera. Ella asintió sin poner mayor dificultad, pensando que así tenía que ser, aunque habría preferido al padre Andrés».

¹ El documento que se firmó el 4 de junio de 2004 en el momento de la declaración de Verónica Miranda ante el primer juez penal de familia, Euseo Escudero y Gustavo Adolfo García Lucenzano, notario ad hoc, está contenido en el expediente de la causa penal de N.º 1.000.000.000.

La declaración del promotor de justicia eclesiástica ante el tribunal espiritual comenzó con una confesión general. Aún el padre no hizo toda la vida de Verónica, diciéndole que él debía confesarle todo lo que le había sucedido hasta ese instante. Le preguntó si sabía sobre lo que ya había sido confesado con el padre Andre y si había sucedido "algo" durante el período con Jimmy.

La reacción de los jóvenes estudiantes de Medicina se reunió cinco o seis semanas después de que ella empezó a ir a la iglesia. Jimmy me invitó para lograr la aprobación de Karadima de nuestro pueblo, según me dijeron otros jóvenes y sacerdotes de la parroquia, consignó Verónica en su declaración ante el fiscal Armendariz.⁸ Y expresa que por la cercanía de Jimmy con el cura rápidamente tomó confianza y de hecho, como mujer, tuvo muchos privilegios que ninguna otra tenía en El Bosque, como entrar y tener libertad para circular en los pasillos interiores y el corredor.

Las esclavitas

La situación privilegiada a la que alude Verónica Miranda se relaciona con el octavo y segundo plano en que Fernando Karadima se refiere a las mujeres.

En El Bosque las mujeres eran "las esclavitas", como les decía el Servicio para limpiar los copones y lavar la ropa, señaló Jimmy Hamilton. «Las tenía ahí con la expectativa de que algunos de estos "holos" no se fueran de casa y las podía casar con ellos. Había una perfecta manipulación de todo. El tipo es espía. Le importaba un pucha lo que pasara con ellas o con nosotros. La única persona de la iglesia a la cual él le tenía

⁸ Este tipo de información es un ejemplo de la información suministrada. No obstante, como lo muestra Miró Quesada, el testimonio de la víctima y el testimonio del sacerdote Armendariz, el promotor de justicia eclesiástica es parte de la investigación de la Pontificia Comisión Interamericana.

⁹ Verónica Miranda, Verónica Miranda, un año después del juicio a Neri y Verónica, en: M. S. Miranda, 1997.

miedo era a su madre. Hoy creo que amor no sentía por nadie. Todos éramos objetos.»

—¿Cómo era la madre de Karadima?

—Doña Elena Larraín era una madre terrible, dominadora, desputa, afirma Hamilton.

El periodista Juan Carlos Cruz recuerda con nitidez el rol inenoscrito que el sacerdote atribuía a las mujeres. «A sus jóvenes que no enviaba al Seminario, él les elegía estas mujeres de buenas familias pero en extremo sumisas. Les organizaba literalmente los matrimonios. Les decía “es la voluntad de Dios” que tú pololees con ella. A las mujeres las miraba en menos. Las llamaba “las esclavitas” y decía que las tareas menores que les encomendaba les hacían bien para practicar la humildad. Una lo único que servían en la parroquia era para limpiar los copones y hacer catequesis.»

Este desprecio por las mujeres es una característica que surge en diferentes testimonios. Otros agregan que también les encomendaba repartir medallitas y pasar la colecta.

Según Juan Carlos Cruz, muchas de las niñas de El Bosque habían querido ser monjas, «veran al padre como lo veramos nosotros, como este santo enviado de Dios. Ellas también le decían “santo o santito”. Y nunca cuestionaban que se quedara tanto tiempo con sus maridos. Si alguna reclamaba, decía “Está con la maña”, y hacía que otras mujeres o algún otro cura hablara con ella; o él mismo las encaraba. Y, para variar, decía que se les había metido el demonio. Y como eran sumisas y querían hacer la voluntad de Dios, acataban».

«Cásate pu'h m'hijo»

En 1991, Jimmy Hamilton ganó una beca de cirugía en la Universidad de Chile, en la sede del Hospital del Salvador de Santiago. «Durante ese año, a pesar de mi pololeo, las cosas no cambiaban, salvo que ahora debía esconderme para que Veronica no se enterara de lo que ocurría con monseñor.»

Al mismo tiempo, relata, la intensidad del pololeo se hacía mayor y —tortuosamente me tenía que confesar con el padre Fernando por lo que consideraba “mis pecados de pureza”, más allá del respeto mismo que nos manteníamos; probablemente pasaba lo mismo con Verónica.

Ese año al llegar el verano, un día en el estacionamiento de la casa sacerdotal en El Bosque, tratando de ver cómo resolvía esos “pecados”, le pregunté a Karadima que podía hacer de mi vida, a lo que me contestó: “Cásate p’hí m’hi”. Después del drama interno que me supuso una supuesta vocación sacerdotal, todo se resolvía de pronto al salir el año para acompañarlo a alguna de sus actividades.

Meses más tarde, Hamilton siguió el consejo. Venía llegando de un viaje a Nueva York, junto con Gonzalo Tocornal, al que me hospedó por Karadima. Entonces, a su regreso, le propuso matrimonio a Verónica Miranda. Pero no obtuvo una respuesta definitiva. Para mi sorpresa, Verónica me indicó que se iba de viaje a Europa con su hermana Claudia y que me contestaría a la vuelta. Solo años después supe que, como había pensado en ser religiosa, iba a decidir sobre su vocación allá, cosa que supongo sería fatal para Karadima.

Ese verano Jimmy Hamilton tuvo muchos turnos médicos después de dos semanas de vacaciones. Se sentía angustiado por el maltrato sufrido ante la respuesta de Verónica y la presión siempre presente de Karadima. Estaba agotado y deprimido. Durante su viaje por el mundo algunas cartas y en ocasiones hablaron por teléfono.

Verónica tuvo un nuevo acercamiento a la Iglesia y a la idea de dedicarse de lleno a ella. Por eso, tras la propuesta matrimonial, prefirió tomarse un tiempo para despejar sus dudas. Y comentó el asunto con Karadima. El como que fue desinflando mi vocación, dice. Ya de vuelta de Europa, a principios de marzo, Verónica aceptó el matrimonio.

Entonces Jimmy me regaló un anillo de compromiso y me decidió. Nos casamos en diciembre de 1992, en un matrimonio muy bonito, declaró Verónica Miranda ante el fiscal.

Sin embargo, para Jimmie Hamilton, va antes de efectuarse el matrimonio, «la comunión entre Verónica y yo estaba bien, quedaba todo pasado por nuestro director espiritual común por lo que nunca logramos establecer una intimidad cómplice».

La ceremonia religiosa realizada en El Bosque, oficiada por el propio Karachina, con prédica melancólica, fue sumo punto en escena grandiosa, una misa con decenas de sacerdotes salidos de la parroquia», describe.

«El día del matrimonio —cuanto Jimmie— yo estaba muy ansioso y angustiado, estaba haciendo lo que Dios quería, pero yo estaba contento, sentía que era el premio de consuelo por no haber sido sacerdote —no hubo caso, no lo podía disfrutar. Durante la prédica del padre Fernando, yo trataba de olvidarme de toda la historia previa y trataba de ver el futuro con esperanza y afirmación de libertad».

Después hubo una celebración en el Hotel Hyatt. Brindis, exquisiteces y bailes. «Fue una gran fiesta, pero yo sufrí desde el principio. La única que quería era irme de luna de miel», dice el novio.

En la «colonia virtual»

Las cosas no mejoraron. La dependencia frente al director espiritual seguía. De vuelta a Chile, tras un viaje a México, el sometimiento de la pareja respecto del cura siguió intacto. Jimmie y Verónica se instalaron en Santiago. «Llegamos a un departamento arrendado que monseñor mandó a pintar, lo que genuinamente agudizó, como las numerosas visitas en bicicleta para mi auto, invitaciones a comer y algunos regalos más. Lo que yo pensaba que había acabado, continuó. La rutina era la misma, pero ahora se agregaba Verónica, que nos acompañaba a comer al comedor de la casa sacerdotal, después de la comida, el padre me pedía que lo fuera a examinar a su pieza», señala Jimmie Hamilton.

Jimmy y Verónica iban a mudarse a la parroquia. Después de un tiempo a consideraron de casa, pero tuvieron que decidirse por un nuevo domicilio cerca de El Bosque. Así lo dispuso Fernando Karadima: «No nos podíamos ir de la parroquia, teníamos que estar dentro de lo que era su jurisdicción. Teníamos que ir todos los días a misa de ocho de la tarde o llegar al Rosario veinte para las ocho», comenta Jimmy. Y Verónica agrega: «Ilegue a ir para allá en la mañana y en la tarde, es decir, dos veces al día a misa, la verdad era mi casa».

El padre Fernando siempre quiso que como matrimonio vivieran cerca de la parroquia, los quería tener allí, señala el informe ante el promotor Escudero que consigna el testimonio de Verónica. Incluso le pidió a un sacerdote que comprara un departamento en el barrio para luego arrendárselo a ellos. Ellos estaban viviendo en otro lugar entonces, pero a instancias del padre tuvieron que trasladarse al que el les ofrecía, señala.

Durante un tiempo en que vivieron cerca de El Bosque, en el barrio no iban a misa a la parroquia del lugar (11), pero el padre Fernando les cobraba sentimientos y comentaba que esas misas no eran válidas. Lo peor del caso es que se les decía en versos, señala el informe.

El mundo de El Bosque era muy encerrado. De hecho, en tiempos de mi matrimonio nos tenían que cambiar de casa para estar cerca de la parroquia, continúa Jimmy Hamilton. «La casa donde vivíamos era de los papás de Gonzalo Lacortnal, que se lo había regalado aparentemente a Francisco Proshaska, otro de los chiquillos de la parroquia, pero decían que era administrada por Fernando Karadima. Y nosotros pagábamos el arriendo a Proshaska. No tengo idea donde terminaban esas platas. Pero eso no la cambia casa que tuvimos en común con Verónica».

—¿Cómo es el sistema de vida?

—Completamente controlado. Había un control total. Karadima era una especie de Paul Schuler, pero El Bosque es una Colonia Dignidad sin reglas a su alrededor. Hay en este caso

un límite material, pero a una gente nos mantenía dentro de esta especie de colonia virtual, incluso desde el punto de vista físico.

Padrino de bautismo

Nuestra cercanía con Karachina era total —contina Verónica Miranda en su testimonio ante el fiscal—, él nos influenciaba totalmente a ambos, no quería que fuésemos a otras misas; él decidía lo que yo debía decirle a Jimmy, no podía pensar ni hacer nada de forma autónoma. Karachina sabía nuestra intimidad como matrimonio y hablaba de ello, era como una preocupación permanente de él. Ahora lo pienso como si hubiese sido un matrimonio de tres. Por esto también siento una suerte de abuso psicológico y espiritual hacia mí.

El documento del procurador Euseo Escudero y el notario Gustavo Adolfo García señala en uno de los primeros párrafos: «Al nacer la hija mayor de Verónica y Jimmy, el padre Fernando les pidió ser padrinos de bautismo de la pargua, pero en esa ocasión Jimmy no aceptó tal petición». No obstante, al nacer el segundo hijo, la insistencia continuó y «se le entregaron como su ahijada».

Aunque en el ambiente de El Bosque se asumía con naturalidad ese pedido de Karachina de ser padrino —y de hecho innumerables matrimonios son «compadres» del cura— es una costumbre que llama la atención incluso dentro de la Iglesia ya que lo habitual es que el sacerdote bautice a un niño, pero que los padrinos sean familiares o amigos.

¿Qué rol le daba él a Verónica? —le consulto a Jimmy.

—Como la meretriz de los hijos que yo le iba a entregar a él. De hecho me pidió ser el padrino de mi hijo hombre. Y a mí me hubiera encantado darle a otra persona la posibilidad de ser el padrino. Pero era imposible.

—¿Lo bautizó y fue el padrino?

—Si... pero no le podía decir que no, porque por cualquier cosa que hiciera en contra de sus deseos me hacía un berrincho, era como si me iba a quitar el favor de Dios.

—¿En qué se manifestaba el berrincho?

—De... para muestra, te dejaba de hablar, o si tú ibas a misa o lo ibas a salir, no te devolvía el saludo. O te decía: «Estoy muy ocupado, tengo que hacer, m' huyto». Siempre había como una ley del hielo. Un chantaje emocional. Y era una situación que al principio no afectaba muchísimo, sin embargo, en la medida en que fue pasando el tiempo, uno va se somete como por entero, pero trata de que estas cosas no perturben el resto de la vida. Pero cuando uno empieza a insensibilizarse con todo esto, comienza también a insensibilizar su corazón. Empieza a olvidarse de que es persona. Y que vive y tiene sentimientos. Es como uno lo, uno deja de vivir.

La retención del cura en el matrimonio de la tres, como lo dice Verónica, se manifestaba en todos los planos. Incluso en estos, más domésticos.

Jimmy relata un episodio que sucedió después de casado, cuando se le ocurrió comprar un televisor: «Vivíamos muy justos, pero había guardado un poco y compré un aparato de televisión. Cuando nos hacía llevarle a comer a la casa. Y un día llegó y vio el televisor nuevo, me llamó a un lado y me dijo "M'hijo, no me comas este la de tu tele". Entonces yo le contesté: "Pucha, en realidad padre, no se me ocurrió". Y su respuesta fue "Recuerda que me tienes que consultar". Para todo era así».

Relaciones trianguladas

Entretanto, bajo su dirección espiritual, Verónica se aferró a todas las directrices que el padre le daba, anota el informe eclesástico. En alguna oportunidad, cuando no le hizo caso, Verónica fue reprimida por Jimmy, su esposo, quien le pidió que fuera obediencia con el padre. Ella acató lo ordenado.

«El problema era que Jimmy no se atrevía a contradecir al padre —continúa el documento— y hacía exactamente lo que le ordenaba, incluso hasta las piqueñices más nimias, como qué quizá usar en la cama». Y si al padre no le gustaba el lápiz, simplemente no lo usaba más.»

Señala la denuncia de Veronica, registrada por el procurador fiscal y el notario Cianci: «El padre utilizaba a Verónica o a otro sacerdote para averiguar información sobre Jimmy cuando este andaba de mal talante. Le gustaba indagar el porqué de su estado de ánimo y por qué no quería ir a conversar con él».

Jimmy Hamilton ratifica: «Mi ex mujer —que es una mujer notable, honorable, buena— y yo llegamos a confesar a Karadima ciertos personales, problemas propios del ser humano, puesto que él era nuestro director espiritual y confesor. En este juego entre la dirección espiritual y la confesión, de repente era el quien definía que cosas se le habían dicho en confesión y qué otras en dirección espiritual. Se daba una situación de profunda confusión y dominación».

¿Cómo establecerías tú la diferencia entre confesión y dirección espiritual?

«El director espiritual es una suerte de consejero, un *advisor*, pero en estos casos se atribuye la visión de Dios. El director espiritual le dice a su dirigido lo que a él, de acuerdo a su intuición y su inteligencia le parece que es lo que Dios quiere para su dirigido. Es un *counseling* divino. Pero el confesor es el que te quita las culpas. Te cuenta tus pecados mortales y veniales, con quién fuiste mal, a quien le mentaste, a quien robaste, a quien mataste... toda la gama de lo que se consideran pecados dentro de la Iglesia».

Jimmy Hamilton explica que algunas congregaciones dividen estos roles casi de manera obligatoria y no dejan que la persona del confesor sea a la vez el director espiritual. Acá, este hombre cumplía ese doble rol. Según su teoría, esta era la única

trabaja en los gobiernos en profundidad para poder ver que era lo que ellos querían de nosotros. Existía un control total sobre la vida de nosotros, porque él era, además, la voz divina.

Vestimenta dirigida

El primer hijo que el Heraldo — generó dentro del matrimonio una situación en la cual no quedaba claro lo que uno le decía en relación al deber espiritual, porque al final el tema lo discutí con el Jefe de del Sur Y con la información que obtenía podía compararla con lo que los dos Verónicas le había contado cosas que siempre después de quince años.

Y con respecto a una comunicación muy inmediata, de manera más directa, más — Jefe —, él tenía sobre ella la amenaza permanente de que si no hacía las cosas que a él le parecían o se resistía como él quería, podía tener consecuencias.

— ¿Como, decía como él quería?

Si como él, repente si llegaba en un momento y consideraba que una cosa podía gustar, en otras que ella estaba muy provocativa. Entonces en cierto modo él le fue matando su feminidad. Fue destruyendo su feminidad para mantenerme en una situación de frustración en este aspecto, lo que por otra parte facilitaba el abuso. A pesar de llevar algunos años casado con Verónica, la presión de la mamá seguía y en ocasiones nos poníamos en su pieza.

El aspecto de su vestuario y aspecto externo también lo abordó Verónica con Escobar y García en 2014. El informe lo resume así: «Verónica vivió una influencia fuerte del padre Fernando, quien opacó mucho su feminidad. Siempre le decía que no es posible que una mujer casada vaya pintada o tan bien arreglada. Al principio lo tomaba como una broma, pero al final le comenzó a molestar. Sin embargo, logró cambiar sus costumbres para ser una mujer que pasaba más bien desapercibida. Esta situación se relaciona con otras mujeres. Los padres de Verónica advirtieron ese cambio y se lo cuestionaron».

James Hamilton señala en *Kardinal* debía entresacar la comprensión de que «cosas más que él sabía también se las podía contar a Verónica». Entender es, dice, «se genera una ruptura total de comunicación en la pareja. Como comprendió, como me indicó, toda esa situación atendido contra lo más profundo que puede haber en una pareja, como lo es el mundo de la libido y la energía del eros, que es una energía vital. Esa triangulación en el fondo lograba impedir cualquier tipo de matrimonio como corresponde».

En el documento que recogió la denuncia de Verónica hay otros antecedentes que pueden haber contribuido al distanciamiento afectivo de la pareja: el segundo y tercer embarazo fueron difíciles, con largos periodos de camas.

Información cruzada

Pero la «triangulación» no ocurría solo en el espacio del matrimonio, según Hamilton. «Esto mismo también lo hacía con amigos. Siempre estaba cruzando la información, porque era director espiritual y confesor de todos».

—¿Con cuánta gente cruzaba información?

—Con todos los que circulaban en torno a la parroquia, cuarenta y cinco o cincuenta personas. Además, sin contar a los sacerdotes, los obispos y la periferia que constituye su red de influencias que pueden ser miles de personas a las que confesaba cada cierto tiempo.

—¿Con qué frecuencia tenía tú estas sesiones de confesión y dirección espiritual?

—Semanalmente y cuando tenía alguna duda o necesidad de consultar algo, podía ser más seguido. Por ejemplo, si era invitado a un congreso o me estaban ofreciendo una beca.

—¿Todo eso pasaba por la dirección espiritual? ¿Un congreso médico también?

—Todo. Porque él sostenía que quedaba conveniente que yo viajara, porque el congreso me podía aumentar la vanidad, faltarle,

por humildad y a tanta que dejar de ir al congreso. Había que hacer pruebas de humildad. Él contaba que una vez que lo habían mandado a vigar, el padre Hurtado le había hecho romper los platos porque no convenía que él vigara en ese momento. Siempre estaba dando ejemplos de cosas que le habían hecho a él y siempre había obedecido a su director espiritual que, según él era el padre Hurtado.

Leíamos una doble referencia de santos: el padre Hurtado que va en Siero de Dios o Santo en vida, a quien después la Iglesia canoniza, y luego venía este otro santo que se decía hereje de toda la doctrina del padre Hurtado. Pero lo que hacía la Iglesia, en relación con la defensa de los derechos humanos, tenía que ver con catay comunistas.

Un hombre triste y opacado

El informe basado en la denuncia de Verónica Miranda reitera la estrecha vinculación que Verónica y Jimmy mantenían con Kirradima. «Lo llevaban a diferentes lugares, cenaban juntos en su casa. No eran muchos los matrimonios que mantenían este grado de intimidad». Destaca también que «tenían cargos especiales en la parroquia. Jimmy fue durante cinco años presidente de la Acción Católica. Lo fue desde antes de su matrimonio. Después de casados se les encargó impartir charlas de preparación a los novios para el matrimonio».

Pero mientras daban charlas para los demás, la situación de ellos como pareja, en este matrimonio intervenido, se hacía imposible. «Seguimos yendo juntos a misa y tras la llegada de nuestros hijos todo siguió igual... Me sentía profundamente solo, en una casa con una buena mujer, lindos niños, pero no era mi hogar. Me volqué con intensidad a mi trabajo, el cual me consumía gran parte del tiempo y energía. Nos cambiamos varias veces de casa, siempre con la orden de que fuese cerca de la parroquia. Me gustaba pintar óleo y tener varios cuadros... nunca quise ponerlos

en las paredes, no tenía el sentimiento de pertenencia», relata Jimmy.

Según él, en ese tiempo «como papá era pésimo, no era capaz de acompañar a mis hijos en nada, ni siquiera me dedicó a amarlos desde el jardín si es que jugaban afuera o en la calle. Llegaba solo a dormir siesta y me empecé a deprimir. Despertaba agotado en las mañanas, engorde, y buque en un año como cuatro veces por quedarme dormido, incluso contraté a un choler. Y solo tenía treinta y cuatro o treinta y cinco».

En ese estado de ánimo decidió recurrir a un siquiatra, «pero un señor me sugirió que era mejor aumentar la oración en la capilla». Al final, acudió al médico personal de Karadima, Santiago Soto, «a quien no fui capaz de contarle lo que me ocurría y me recetó un antidepresivo y ansiolíticos». Los empezó a tomar, pero el asunto era bastante más de fondo.

«En el tiempo que vivía su problema, Jimmy era un hombre más bien triste, opacado, cansado, de mal genio. Imaginaba que todo el mundo estaba enojado con él», describe Verónica Miranda al promotor Eliseo Escudero. «Sin embargo, antes de ocurrir estos hechos, él no era así; era un hombre bueno para compartir con sus amigos. Incluso sus compañeros de colegio contaban que al entrar a la parroquia él se transformó, volviéndose un hombre más reservado y con menos vitalidad», apunta el informe.

«A Verónica le ha tocado lo mismo que a otras señoras: esperar a sus mandos mientras estos conversan con el padre Fernando en su dormitorio, arriba en el segundo piso de la casa [...] esa espera le parecía normal y no producía sospechas», dice el documento del proceso eclesástico. «Estas subidas al segundo piso Verónica no las veía con maldad. Las esperas y subidas se suponía eran cosas espirituales y no le provocaban ni dudas ni sospechas.»

Encuentro de doble vida

En medio de las numerosas conversaciones sostenidas con amigos — como en el caso de otros en la Clínica Santa María o en la Universidad de Lima —, seguimos profundizando en esa doble vida que llevamos durante años, tratando de desentrañar lo inexplicable. Yo permanentemente preguntaba sobre el tiempo que estuvo bajo la influencia o el hechizo de Karadima, vuelve a la misma repetitiva escena:

—¿Cuánto tiempo pasó, porque cuando yo me iba a presionar para si uno no le aceptaba la invitación a su pieza te invitaba a tomar. Lo presionaba con la ley del indio, el demonio, el infierno, que no se tranquiliza Dios que estás con la maña y te iba a condenar. Toda la vida cumplía la neología de la condenación, señaló.

—¿Pero después de tantos años menos frecuentes después de que te casaste?

—Sí, pero yo tenía excusas para mí. Si iba a misa tenía excusas para no quedarme, pero tarde o temprano empezaba una presión que aumentaba hasta que finalmente ocurría.

—¿Como tú, eso que publicó un diario que el abuso ocurrió incluso en tu propia casa?

—Fue una situación que hubiera sido en mi propia casa, pero no sé cuándo pisó el edificio de la parroquia, donde estaba la pieza de Karadima. El misa iba a comer y yo iba con mis señores en gangua en coche.

A propósito de esas aproximaciones en distintos escenarios, me acordé, pero antes de romper con todo, él me explicó que nos invitamos de vacaciones a Puerto Varas a unas cañañas al lado suyo y que él y el indio en el fondo una propiedad los Kist y le habían construido una casa para su descanso en los veranos. Invitaron también a Francisco Prió hasta a esos cuartos. Y nos convidaron una tarde a comer. Estaban Andrés Arteaga, Jimmy Kojan, estaba todos "la corte", como la llamaban. Y ahí recuerdo que hasta en esas ocasiones yo intentaba rogarle por besos pero yo nunca recibí.

—¿Cuándo fue eso?

—El verano de 2003 o quizá de 2002. Si esto ocurrió desde que yo tenía diecisiete años hasta que yo me fui a principios de 2004. Fue continuo. Desde 1988 cuando llegue a esa parroquia, empezaron esos toquetees y los besos. Como era «mi papá» y era un gesto que se daba con otros jóvenes, no me di cuenta de que eran abusos. Después vino lo demás.

Verónica Miranda nunca sospechó lo que pasaba entre su marido y Karadima. Aunque ahora recuerdo —le ignora al fiscal Armentáriz— que Karadima a menudo tenía dolencias físicas y quería consultarle a Jimmy como médico, pero él se hacía el que no sabía y Karadima me pedía que yo hablara con Jimmy. Y yo lo retaba, porque Jimmy siempre ha sido muy atento con sus pacientes, su negativa ahora me calza.

Cuenta Verónica, en su relato ante la justicia eclesialista, que el ex párroco se operó de una hernia y lo iba a intervenir Jimmy, pero al final no pudo hacerlo. Y como detalle recuerdo que Karadima nunca aceptaba que le dieran ninguna anestesia cuando le tocaba hacerse endoscopias; él decía que era como una mortificación, pero yo pienso que quería evitar decir cosas impropias bajo los efectos de la anestesia.

La distancia entre Jimmy y Verónica era cada vez mayor. Él llegó a pensar que él tenía a otra mujer. Así se lo hizo saber a su director espiritual en una conversación, pero Karadima le aseguró que no había nadie más, que nunca había existido otra mujer y le pidió que se confesara por haber dudado de su fidelidad.

El día que se perdió Diego

Aunque Jimmy Hamilton sostiene que en ese tiempo era un mal padre, afirma que la «única pequeña branda que me quedaba es la que me orientó a proteger a mis hijos».

Verónica Miranda dejó consignado en su declaración como testigo ante el fiscal un hecho ocurrido en 2003. Cuando mi

hijo Diego tenía unos ocho años, se perdió dentro de la parroquia y no lo encontraba. Al rato apareció y nos dijo a Jimmy y a mí que había estado en la pieza del "cunta", que así le decíamos a Karadima, frente a lo cual a Jimmy se le desencajó la cara, lo increpó y le dijo que nunca más lo hiciera.

El cura —dice Jimmy Hamilton— «siempre me decía "mandame a Dieguito, a mi hijo, mandame a los niños a saludarme" Pero yo nunca les permití que fueran solos a saludarlo a la pieza. Siempre estuve con ellos, siempre los acompañe. Nunca dejé que se fuera a establecer un nexo como el que tuvo con otros niños con los que se quedaba solo».

Y relata una situación que le impresionó. «Al hijo de Jorge Álvarez, al Tote, Karadima lo iba a buscar en auto desde los tres años todos los días, con alguno de nosotros, lo llevaba a pasear, a comprarle cosas, era una obsesión de una persona de sesenta años con un niño de tres. Era un patológico, que cuando Jorge Álvarez se fue a Canadá para hacer una especialización, Karadima se quedó sin este niño de tres o cuatro años y lo suplantó por el hijo de un cuidador de autos de la parroquia que se parecía. Y empezó a ir a verlo y nos llevaba para que lo acompañáramos a ver a este niño, a comprarle cosas y a tratarlo igual que al otro que se había ido».

El niño de tres años de entonces, hijo del doctor Jorge Álvarez, ahora es un joven que pertenece a la Acción Católica y que en estos años ha sido uno de los más próximos a Karadima.

Para Jimmy, el temor que tuvo cuando su hijo estuvo perdido en la parroquia fue uno de los puntos de quiebre que le permitió empezar a mirar su propia situación con otros ojos, según ha reflexionado después.

Venite años, tanto tiempo...

Verónica supo lo que ocurría recién el 25 de enero de 2004, como consta en su declaración ante Escudero: «La confesión se

produjo después de un viaje de cinco horas sales y en medio del silencio más absoluto. Nada se conversó durante todo el trayecto. Finalmente, a esa de las once de la noche, se inició el relato, partiendo por el incidente de Viña del Mar, ocurrido veinte años antes», relató Verónica al promotor de justicia de la Iglesia.

«La gente se pregunta por qué veinte años... tanto tiempo. Yo voy a ser muy sincero. Creo que si no llega a ocurrirme una circunstancia de vida muy especial en un momento en que sentí que mi corazón estaba muerto, hasta el día de hoy podría estar ahí muerdo», explica James Hamilton. «Esa situación tan fuerte rompió el statu quo en que me resignaba a que era lo que me tocaba vivir.»

—¿Te sentiste atraído por otra mujer?

—Sí, volví a sentir un afecto profundamente. Cuando uno tiene el corazón muerto durante años, frío, lo han usado y todo está de set, y el bien y el mal no tienen una especie de separación ya que hay un relativismo absoluto, y uno nota que el corazón siente algo de nuevo, uno se alienta a eso como a una especie de tabla de salvación.

«Y más que el hecho de que uno se haya sentido atraído por una mujer, la pura sensación de volver a sentir algo en el corazón es como decir no estoy muerto, tengo esperanza, hay una posibilidad. Y curiosamente esa especie de llamita fue lo que de manera súbita me hizo alejarme», señala.

«En el verano de 2004 me fue», agrega Hamilton. «Si no, podría estar ahí metido igual que esos jóvenes que aparecen en la tele vestidos de chaqueta y corbata, como nazis, o como Juan Pablo Bulnes, dando testimonio en contra de nosotros. Por eso, hay que tener compasión y comprensión con muchas víctimas que siguen ahí y no tienen la capacidad de darse cuenta de qué está bien y qué está mal o, si ya lo han clarificado, no se atreven a confesar lo que han vivido.»

Reconoce que asumirlo y contarlo «ha sido un proceso desgarrador. Me imagino amigos míos —todavía los considero

la, por eso —y tengo aprecio— que sigan ahí adentro y que de manera silenciosa descubran que todo lo que ellos han visto y sentido es una perversion. Y que esta tierra de Dios Debe ser horrible también».

Verónica Miranda, ante el fiscal Xavier Armendariz, manifestó: «En enero de 2004, Jimmy me contó lo que pasaba con Karadima, me señaló que todo empezó en Villa del Mar y que tuvo intimidad con Karadima en adelante, incluso durante nuestro matrimonio».

Añadió con la entereza que lo caracteriza: «Fue obviamente me pareció tremenda y lloré mucho. Durante juntos... Cuando Jimmy me contó, me cayó todo, como que por primera vez vi a Jimmy al desnudo. Desde ese momento estuvo inquieto, angustiado, sin saber qué hacer. Le dije que esto lo íbamos a solucionar juntos».

Un llamado de Morales

En 2004, Verónica Miranda se encargó de poner la situación vivida por ella y su marido en conocimiento de la jerarquía católica. La situación entre Jimmy y Karadima se la contó ese mismo año al padre Adolfo García, que es familiar político, quien fue a hablar en persona con el cardenal Erazuriz», señaló Verónica. A partir de eso se inició un proceso eclesástico, por lo cual fue a declarar con el sacerdote que estaba a cargo de la investigación, el padre Eliseo Escuderos», señaló ante el fiscal.

El 24 de mayo de 2009, Xavier Armendariz le preguntó a Verónica Miranda si había hablado de esto con Karadima. Su respuesta fue negativa: «La verdad, no soy capaz. Hasta hoy me siento intimidada de hacerlo. Dada la tremenda influencia que tuvo en mí, fue su respuesta».

Relató, en cambio, una conversación con Jimmy Esteban Morales, el actual párroco de El Bosque y una persona totalmente de la confianza de Karadima: «Morales la llamó por teléfono y quedaron de conversar. La reunión se efectuó en la casa de sus padres».

Contó Verónica al fiscal Morales quien, por encargo de Karadima, que volviésemos a El Bosque, lo cual obviamente yo no podía hacer, y también que volviésemos a ver pareja. Le señale que ni yo ni mis hijos jamás íbamos a volver a ese lugar. Le contó que se había enterado de algo muy delicado. Ante eso, sin existir ni la más leve insinuación más, Morales dijo que "si era porque hubo algo sexual entre Jimmy y Karadima, que esto era algo sin importancia". Con esto me descolocó y supe que Morales sabía lo que pasaba entre ambos. Le dije a Juan Esteban que él era sacerdote y que debía actuar como tal y di por finalizada la conversación.

De esta manera, me reafirmó que la gente del círculo de Karadima ya no se encuentra nada y no distingue lo que es propio de lo impropio. Por esto y por todo, además, me di cuenta de que lo que hubo con Karadima no fue una infidelidad de Jimmy.

En la primera declaración de 2001, le preguntaron si podía haber otros casos. Verónica Miranda respondió ante el promotor de justicia Eliseo Escudero que si "el hay un cierto patrón que se repite en ciertos matrimonios que pueden estar viviendo más o menos lo mismo".

El fiscal Armendariz le planteó similar interrogante. «A su pregunta, de otras personas que hayan pasado este tipo de situaciones, puedo tener sospechas con varias, por ejemplo, con Morales o con Francisco Prochaska, pero no me consta», fue su respuesta.

Y agregó Verónica Miranda en esa oportunidad: «Sí, recuerdo que aproximadamente el año 2002 fuimos con Jimmy de improviso a la pieza de Karadima, tocamos la puerta y él se demoró mucho rato en abrir, y cuando al fin lo hizo, estaba sentado en su sillón, pero con características de haber hecho mucho ejercicio, y estaba con él un sacerdote, no recuerdo quién, como que me bloqueó, pero la situación se me que le grabada».

—¿Crees que hay otros hombres casados a los cuales les puede estar pasando algo como lo que tú viviste? —le pregunté a Jimmy Hamilton.

—Sí, claro. Sin duda. El tema del matrimonio no es un obstáculo. Yo pensé que podía ser mi salvación...

En noviembre de 2009, Jimmy Hamilton y Verónica Miranda se divorciaron de común acuerdo. Desde el primer instante ella ha apoyado a su ex marido y a sus hijos. En 2009 iniciaron también el proceso de nulidad religiosa que se vinculó estrechamente a la investigación de la Iglesia contra Karadima, al reconocer que por el abuso del director espiritual el matrimonio se anulaba. Fue un preámbulo de lo que vendría después.

«El curita perdonó a tu papá»

Para Jimmy Hamilton, sus tres hijos están hoy en el primer lugar de sus prioridades. Con ellos estaba en febrero en Val d'Isère, en Los Alpes franceses, cuando se conoció el veredicto del Vaticano. Después de unos días en la montaña, continuaron las vacaciones en la casa de su hermano Philip, quien los invitó a Londres, Inglaterra, donde reside con su familia.

Una semana antes de que estallara el caso, Jimmy había tenido la primera conversación con sus hijos, en la cual les contó «sin mayores detalles lo que me había pasado». Dice que fue «una reacción maravillosa y una de las experiencias más lindas que he tenido en mi vida». Los dos mayores incluso vieron el programa *Informe Especial* en abril. Y han vuelto a hablar sobre el asunto.

Pero las secuelas de El Bosque alcanzaron incluso a sus hijos en el último tiempo.

«Te voy a contar algo bastante truculento», me dijo Jimmy una tarde: «Después del programa *Informe Especial* se le acercó a mi hijo Diego, que estudia en el Verbo Divino, un niño cuyos padres son incondicionales de Karadima. Llegó el cabo de catorce años a decirle a Diego que su director espiritual, Juan Esteban

Morales, el párroco de El Bosque, lo invitaba a las reuniones de la parroquia».

«Nada de tonto, Diego —quien quiere a su amigo al que le dicen Jamón—, le contestó: “¿No te dai cuenta, Jamón, que estás siendo el niño de los mandados? No me digái estas cosas, déjalas entre los grandes y nosotros sigamos siendo amigos”. Pero eso no bastó, y en una segunda oportunidad llegó ese mismo niño con otro, hijo de Gonzalo Tocornal, diciéndole: “Mi padre espiritual te manda decir que el curita —refiriéndose a Karadima— ya perdonó a tu papá”. ¡Imagínate la manipulación! Y como si eso fuera poco, le contó que el padre Juan Esteban lo había subido en el escalafón y lo había nombrado encargado de todos los primeros medios de la Acción Apostólica del Verbo Divino para llevar a los niños a la parroquia de El Bosque.»

Jimmy Hamilton se indigna al recordar el episodio. «¿Te das cuenta el impacto para mi hijo que le vengan a decir una cosa así de parte de un sacerdote? Le transmitían a mi hijo la información de que yo era un criminal al que el padre había perdonado. Es de una atrocidad tan grande el que trataran de afectar mi relación con mi hijo que solo eso es inquietante. Es una perversión meterse en algo tan íntimo y tan sagrado como es la relación entre un hijo y un padre.»

«Eso demuestra que hay sacerdotes que mantienen esa perversión, un concepto de una nueva moralidad, en que lo bueno y malo dependen del criterio de la persona», señala. Pero, a la vez, cuenta orgulloso que su hijo Diego fue a declarar a la Fiscalía, y tuvo la valentía de hacer público ese episodio ante el fiscal, con la encargada de protección de testigos frente a él.

Según Jimmy Hamilton, lo que ocurrió con Diego refleja cómo «operan las redes de esta trama casi delictual de lavado de cerebro a los jóvenes que después quedan en un estado como el que yo estaba y que son perfectamente susceptibles a todo tipo de abusos».

Y agrega: «Hay un proceso que se inicia con los niños chicos abiertos, generosos, cuando están en su despertar de adolescencia;

empiezan a manipular todo su despertar sexual, a decirles que esto es malo, que la masturbación es mala, que esto y esto otro. Y de repente, viene el doble discurso, les empiezan a hacer toqueteos en la confesión o donde sea y ahí comienza un drama como el que he vivido».

El domingo 20 de marzo, desde las cámaras del programa *Tolerancia Cero* de Chilevisión, el doctor James Hamilton Sánchez dio cuenta en parte de ese drama. En esa ocasión aludió al episodio de su hijo Diego y los recados del párroco Juan Esteban Morales, incondicional de Karadima.

Esa noche, a raíz de las demoras, silencios y posibles complicidades de la jerarquía de la Iglesia, apuntó directamente con su voz acusadora al cardenal Francisco Javier Errázuriz, a quien calificó de «criminal» por sus omisiones ante las denuncias formuladas desde hace siete años. Y advirtió de la eventual complicidad o encubrimiento de otras altas figuras de la Iglesia Católica, en particular de los obispos de El Bosque. «Que no se olviden de Tomislav Koljatic, Juan Barros, Horacio Valenzuela, Andrés Arteaga. Ellos son obispos que, como nosotros, vieron las mismas cosas, que los besos, los toqueteos. No estaban metidos en la pieza, porque no creo que se hayan metido de a cuatro, pero vieron las mismas cosas cuando besaba a este o le corría la boca o le agarraba los genitales al otro», señaló Jimmy Hamilton en *Tolerancia Cero*.

A la vez, James Hamilton habló de otros protectores del cura, entre los que están los integrantes de uno de los grupos económicos más influyentes del país, los Matte. Señaló que una persona de ese clan había llamado a su ex jefe de la Clínica Santa María, el doctor Juan Pablo Allamand, para indisponerlo tras el programa *Informe Especial*, bajo la falsa acusación de un acoso sexual en la Clínica Alemana. El impacto de sus palabras y su sinceridad desataron tal vendaval en la sociedad chilena, que sus consecuencias aún no se pueden dimensionar.

Pocas veces alguien había dicho las cosas por su nombre con esa fuerza. Los panelistas Fernando Villegas, Fernando Paulsen y Matías del Río, y quienes veían el programa, quedaron atónitos. Y cuando el abogado Juan Carlos Eichholz trató de recordarle, «estamos en televisión», la respuesta del doctor Hamilton se transformó en una frase que marcará época: «La verdad no se actúa. Es. Y no se enjuicia, es». Y agregó: «Nosotros tomaremos las decisiones que queramos frente a esa verdad. Pero si uno calla estas cosas, ¿quién las dice, cómo proteges a tus hijos?».